

## BIBLIOGRAFIA

# LIBROS

**FONÉTICA INGLESA**, por Daniel Jones; 3.<sup>a</sup> edición, totalmente revisada y aumentada.

Ha llegado hace poco a nuestras manos la última edición de la importante obra del profesor Daniel Jones, «An Outline of English Phonetics», cuidadosamente impresa por la renombrada casa editora B. G. Teubner, de Leipzig. Dieciocho años atrás, el profesor Jones dió a la estampa la primera edición de esta obra fundamental, con la que ampliaba su tratado más sencillo y breve de «Pronunciación Inglesa» publicado en 1909. Este librito, al lado de «Phonetic Readings in English» del mismo Mr. Jones, a pesar de los años transcurridos, sigue siendo el manual obligado y clásico usado en la mayoría de los cursos de fonética inglesa, teórica y práctica, de la Universidades y colleges en que se cultiva esta ciencia, y bien vale decir que pocos son los institutos serios del mundo civilizado que no ofrecen hoy cursos de la naturaleza de los mencionados, en su departamento de lenguas extranjeras.

El profesor Jones desempeña en la actualidad la cátedra de Fonética Teórica en la Universidad de Londres, (University College), y a la vez dirige el Laboratorio de Fonética Experimental, anexo a la cátedra indicada. En los meses del verano londinense preside, además, Mr. Jones, desde hace algunos años, unos cursos breves de fonética inglesa para extranjeros que ofrece la Universidad a que pertenece.

Ha dedicado este hombre de ciencias su vida entera a esta rama de la lingüística; al lado de Paul Passy, en Francia, de W. Viëtor, en Alemania, y de Otto Jespersen, en Dinamarca, puede decirse, sin temor de exagerar, que su nombre es el de uno de aquellos a quien deben más la divulgación y profundización de los estudios fonéticos en los últimos veinticinco años. Junto con Passy, dirige la publicación de la revista «Le Maître Phonétique», que es el órgano oficial de la Asociación Fonética Internacional, la autoridad máxima en esta rama de las ciencias. La obra impresa de Mr. Jones es ya considerable. Además de sus estudios de fo-

nética inglesa, sus investigaciones de fonética experimental y comparada, lo han llevado a menudo a estudiar las particularidades de muchas lenguas y dialectos de Europa y Asia. Fruto de esos trabajos han sido libros sobre algunos dialectos chinos (1); la lengua rusa (2), el singalés (3) y otras lenguas de la India, etc.

Muchas de estas investigaciones y estudios, se resumen ahora en esta tercera edición de su «Fonética Inglesa». En realidad, tan numerosas y de tanta entidad son las adiciones que se encuentran en esta obra, que el libro aparece como un trabajo original y nuevo.

No es nuestra intención, en esta oportunidad, hacer un análisis prolijo y detallado de la obra; sino únicamente señalarla a la atención y estudio de todas aquellas personas profesionales o no, que se interesen por el cultivo o el aprendizaje serio del idioma inglés. Con todo, pensamos que será útil examinar algunos de aquellos tópicos de mayor importancia científica o práctica que se hallan analizados en estos Elementos de Fonética Inglesa.

Desde el momento mismo en que abrimos el libro, nos encontramos con un estudio acabado y profundo de las dificultades más graves que necesariamente ha de encontrar el que aprende una lengua extraña en general, y particularmente el inglés. Los medios prácticos que sugiere Mr. Jones para vencer dichos escollos, así como el examen que hace de los vicios de pronunciación más frecuentes en que caen los individuos de las distintas nacionalidades (francesas, alemanes, españoles, rusos, hindúes, chinos, etc.) debido a idiosincrasias peculiares, son luminosos y del mayor valor. (Cap. II y XIII; párrafos N.º 258, 259, 280, 349, 509, etc.) El examen de las dificultades mencionadas se completa en el capítulo segundo con la atinada discusión de las variedades de pronunciaciões y estilos que pueden observarse en el uso corriente y aceptado del idioma entre las gentes cultas de las Islas Británicas, el Canadá y los Estados Unidos.

Los experimentos recientes del Dr. E. A. Meyer en Estocolmo, con paladares artifi-

ciales, para el estudio de las vocales oscuras inglesas, así como las investigaciones radiográficas de H. Gutzmann, O. Russell, Trevelgan George y otros, sobre este mismo tema, y algunas consonantes compuestas y sonidos invertidos, encuentran adecuado tratamiento en la obra de Jones. (Cap. VIII y XXV).

El análisis minucioso de cada uno de los sonidos vocales y consonantes del inglés, que ya parecía completo y definitivo en la primera edición de este libro, adquiere relieves nuevos de claridad y especiales méritos en la edición que comentamos. Se ha aumentado el número de los clichés, gráficos demostrativos y fotografías de las diversas posiciones de la boca y órganos fonadores con evidentes ventajas prácticas.

Ha constituido desde el principio un valor señalado de la obra de Mr. Jones, su estudio y clasificación de la acentuación de las palabras en inglés, así como del ritmo y entonación de la frase. Esta contribución original del profesor Jones al estudio práctico de la lengua inglesa, debe ser mencionada como un mérito especial; pues, conocidas son las dificultades casi insuperables que este punto presenta al estudiante concienzudo. Las llamadas «curvas de entonación», introducidas en la fonética inglesa por el profesor Jones, desde la publicación en 1909 de su obra «Intonation Curves». (Teubner, Leipzig) complementan el tratamiento del tema ya apuntado. (Cap. XXIX).

Termina el libro con una serie de ejercicios de catenación y adiestramiento del oído, dedicados a aquellos estudiantes que deseen perfeccionar a fondo su dominio del inglés hablado. Nos resta agradecer a Mr. Jones la publicación de esta obra. Están ya lejanos los días en que concurríamos a escuchar las clases de este profesor, en Londres; pero el interés por los estudios fonéticos, que sus sabias lecciones lograron despertar en nuestro espíritu, se ha mantenido vivo, en nosotros, y los conocimientos adquiridos en aquella época nos han prestado siempre la más valiosa y eficaz ayuda en nuestros propios trabajos.—Raúl Ramírez.

**ALVAR, M. F.:** Un gran pensador español señala como característica del hombre actual la ingratitude hacia los principios científicos que informan la técnica de que disfruta. El cinematógrafo, por ejemplo, es por antonomasia el espectáculo de nuestro tiempo. Pero su realización supone una vasta organización técnica, que recurre de continuo a una multitud de principios físicos ignorados las más de las veces por el simple espectador. No hablemos de la proporción de estos que puedan sentirse inclinados a conocer los medios técnicos de que se vale la cinematografía moderna para proporcionarle el espectáculo que tanto aprecia; ni hablemos de cuántos gustarían saber a quienes agradecer el «cine», esto es, conocer su historia. Para ellos se ha publicado, casi por una casualidad editorial, este libro, único en nuestra lengua.

Comienza la obra exponiendo la teoría física de la visión cinematográfica y describiendo algunos de los aparatos más o menos primitivos dedicados a producir en el espectador la sensación del movimiento por la superposición de imágenes. Después desfilan los nombres de Edison, Lumière y Friese-Greeme; junto con sus respectivos inventos. Menos conocido el último de éstos, es considerado por los ingleses como el verdadero precursor del «cine», aunque le dejaron morir en la mayor miseria.

Algunos capítulos van precedidos de las nociones de física indispensable para la comprensión fácil de la parte óptica y acústica de la «cinematografía». En ellos nos enteramos de infinidad de trucos, a cual más sorprendentes, y a cuyo intento de explicación no han dejado de entregarse muchos espectadores profanos en sus secretos.

También nos enseña el libro de Alvar el laborioso procedimiento de confección de las películas de dibujos animados, tan en boga en estos últimos años. Gracias a ellas, el genio de algunos dibujantes iniciados en la flexibilidad de las formas ha logrado hacer de un ratón o de un gato fantásticos personajes que regocijan al mundo entero.

El grueso del libro lo forma la descripción de los aparatos toma-vistas, estudios e iluminación, micrófonos, altavoces, inscripción sonora y, por último, televisión, radio-cinema y cinematografía en colores. El técnico podrá encontrar además una minuciosa descripción de todas las operaciones de laboratorio, y el futuro actor o el director, las necesarias informaciones sobre técnica dramática, del escenario y de la producción.—W. L. E.

**FUENTE SECRETA.** Diversos son los juicios que de este libro de poesías de don Samuel A. Lillo, ha

emitido la prensa nacional; todos ellos favorables, pues todos convienen en algo en que no pueden menos de convenir: en su gran fuerza emotiva y en la delicadeza de afectos e inspiración del autor. El poeta llora la herida abierta en su alma con la muerte de su esposa con lágrimas dulces y silenciosas, abrazado de su lira y con la vista elevada dolorosamente al cielo, donde espera encontrar otra vez a la compañera de su vida. No ha pedido el poeta consuelos e inspiración a la escuela materialista, en que los sentimientos no llegan más allá del sepulcro, porque allí para ella todo naufraga y allí despide para siempre a los suyos, sino a la Religión, que coloca a sus hijos en los campos floridos de la esperanza y espera verlos allí reunidos a todos. No es el navegante de la vida que divisa en lontananza regiones desiertas, playas inhospitalarias, horribles escollos, sino unos brazos cariñosos que se tienden hacia él, porque sabe que dos seres que se aman cristianamente no pueden ser separados por la muerte, porque después que sus cuerpos vuelven al polvo común, sus almas se juntan en el seno de Dios. Así lo expresa el cristiano bardo en estrofas admirables, saturado de fe y de santa resignación,

en que nos cuenta, que, en medio de sus lágrimas, oyó una voz sobrehumana que susurró a su oído:

«Con un gesto rebelde  
No se va a la región  
Donde reinan la paz,  
El amor y el perdón.  
Imita el ejemplo  
De tu compañera,  
Que envuelta en la bruma divina se fué.  
Era alma sufrida,  
Valiente y entera,  
Cumplió con la ley  
Que ordena que nadie se pueda embarcar  
Antes de que suene  
La campana bronca  
Del viaje final».

«Espera, pues, sereno,  
que aquí el dolor será  
un maestro divino  
que te enseñe a volar».

«Y entonces puro y libre  
Algo más tarde irás,  
Pero siempre a tu cita  
Has de llegar puntual,  
Que el tiempo no se mide  
Allá en la eternidad.»

El poeta continúa:

Y la voz se calló.

«Desde entonces camino resignado y sereno  
Apoyado en el brazo de mi amigo, el dolor,  
Esperando que suene adentro de mi pecho  
La deseada campana de mi liberación».

Si esto no es poesía, o no existe la poesía  
o no sabemos lo que ella es.

Este aspecto de la poesía del señor Lillo es digno de ser tomado en cuenta, porque marca un jalón en la vida de su espíritu, que le aleja de sendas que el recorrió un día, cuando el mundo acaso le sonrió, y le lleva por el camino del dolor a buscar resignación y consuelo en las fuentes de la Religión y de las creencias cristianas, que doraron de celajes la mañana de su vida. Tal Chateaubriand y otros como él, lumbreras del mundo de las letras, lloraron y creyeron.

Nadie, pues, se atreva a tachar de anticuadas, las poesías de Lillo. Antiguas sí lo son, como lo son el amor y el dolor, las dos eternas fuentes de inspiración. Cuando el hombre ha sido herido en la mitad del corazón, la poesía es el grito en que se exhala el dolor, y la necesidad de expresar este dolor es tan antigua como el mundo.

El señor Lillo es moderno, pero no es modernista y nada sabe de las horas azules que ruedan por los campos, del hambre celeste ni de las risas que se desgranán, ni usa imagen alguna que, según los cánones de la literatura, no pueda un pintor trasladar al lienzo. Su poesía es clara, nítida, fluida y armoniosa, sin conceptos alambicados, giros violentos, ni voces ocultas, extrañas ni altisonantes. Cuando un poeta canta su dolor y hace que el lector comparta con él y que asome a sus ojos una lágrima, no debe aspirar a más, ya que las lágrimas son los aplausos mudos del alma.

¡Que siga el bardo su camino y llegue un día a tocar con su bordón a las puertas del templo de la Verdad!—Francisco J. Cavada.

**MONOGRAFIA CULTURAL DE LAS DIVERSAS PLANTAS AGRICOLAS, por Roberto Opazo G., Santiago.**

Hemos recibido— en un grueso volumen de más de 900 páginas— el tomo segundo de la segunda edición de esta importante obra,

que ha sido premiada por nuestra Facultad de Agronomía y Veterinaria.

La materia tratada por el señor Opazo ha sido dividida en cinco secciones.

En la imposibilidad de ocuparnos extensamente de este valioso trabajo, copiamos, a continuación, sólo el título de los diversos capítulos, lo que dará una idea de su contenido y del esfuerzo que ha debido hacer su autor para agotar la materia en todo cuanto se refiere a cereales, plantas escardadas y hortalicultura.

Primera Sección: Capítulo I, División y descripción de nuestro territorio agrícola; Capítulo II, Malezas y su destrucción; Capítulo III, Enmiendas y Abonos; Capítulo IV, Accidentes y enfermedades que atacan a los cultivos; Capítulo V, Campos experimentales de selección y mejora.

Segunda Sección: (Plantas Cereales): Capítulo VI, El trigo; Capítulo VII, Cebada; Capítulo VIII, Avena; Capítulo IX, Centeno; Capítulo X, Alpiste; Capítulo XI, Arroz; Capítulo XII, Maíz.

Tercera Sección (Plantas Farináceas): Capítulo XIII, El frejol; Capítulo XIV, Dolicos; Capítulo XV, Lenteja; Capítulo XVI, Arveja; Capítulo XVII, Garbanzo; Capítulo XVIII, Chicharo.

Cuarta Sección (Plantas Tubérculos): Capítulo XIX, Papa.

Quinta Sección: (Plantas de Cultivo hortícola): Capítulo XX, Cebolla; Capítulo XXI, Ajo; Capítulo XXII, Pimentón, Ají; Capítulo XXIII, Tomate; Capítulo XXIV, Melón; Capítulo XXV, Sandía; Capítulo XXVI, Zapallo; Capítulo XXVII, Pepino dulce; Capítulo XXVIII, Camote; Capítulo XXIX, El Espárrago; Capítulo XXX, Alcachofas; Capítulo XXXI, Habas; Capítulo XXXII, La frutilla; Capítulo XXXIII, Frejol, Arveja, Maíz verde; Capítulo XXXIV, Champignon o setos; Capítulo XXXV, Hortalicultura intensiva. Generalidades. Importancia, etc.; Capítulo XXXVI, Clasificación de las legumbres. Primer grupo: tuberosas: Zanahorias. Rábanos. Nabos. etc., etc.,

**DON JUAN MANUEL. BIOGRAFIA Y ESTUDIO CRITICO, por Andrés Giménez Soler. Obra premiada en público certamen por la Academia Española en el concurso de 1906 a 1908 e impresa a sus expensas. Zaragoza.**

No pocas veces habíamos oído a nacionales y hasta extranjeros preguntar al profesor Giménez Soler cuando se decidía a publicar definitivamente su obra sobre Don Juan Manuel; hasta habíamos presenciado el generoso ofrecimiento de algún ilustre profesor alemán que se comprometía a enviar uno de sus alumnos para que, como discípulo de Giménez Soler, ayu-

dase a éste en la publicación de su obra que todos esperaban y ansiaban, pero que nunca llegaba a la luz pública. Por fin, el profesor Giménez Soler ha cumplido con los deseos de todos y ha llenado el compromiso que tenía con la Academia desde que ésta, en el Certamen de 1906-1908, premió el magistral trabajo sobre la gran figura histórica y literaria de Don Juan Manuel.

La obra del profesor Giménez Soler, está integrada por tres partes distintas: la primera (págs. 1-118) que comprende la biografía del gran hombre castellano; la segunda (págs. 119-220) que se refiere al estudio crítico que Giménez Soler hace de Don Juan Manuel; finalmente, la tercera (págs. 217-675) dedicadas a los documentos o Colección Diplomática y que está integrada por 591 documentos más un «Apéndice» en que se han recogido hasta cinco documentos más y en el cual se reproduce el texto del «Libro de las Armas» de don Juan Manuel. Dedicuemos un breve comentario a cada una de ellas; bien los merece la obra del profesor Giménez Soler.

La «primera parte» está constituida por cinco capítulos: Los veinte primeros años de la vida de don Juan Manuel durante el reinado de Fernando IV.—Don Juan Manuel durante la menor edad de Alfonso XI.—La lucha entre el Rey y Don Juan Manuel.—Ultimo años de la vida de Don Juan Manuel.

Es una biografía de Don Juan Manuel, nueva, original y completa, llevada a cabo con todo el rigor de la depuración histórica, en la que se ponen a contribución, además de las fuentes generales y ya del dominio público, las obras mismas del biografiado, los documentos castellanos y los aragoneses, de los que ninguno—a no estar escondido en fondo muy oculto o en colección sustraída al público—ha escapado a la sagacidad del autor. Se pone en acusado claro relieve, así la actitud de Don Juan durante los tiempos que siguen a la muerte de Sancho IV el Bravo como durante la minoría de Alfonso XI, en que llega el gran escritor a ser llamado a co-regente del Reino, de cuya misión sale bien librado, aunque con especiosos pretextos otra cosa pretendieran otros, y al fin lo consiguen pues, falladas sagradas promesas y solemnes compromisos, el ofendido Señor hubo de lanzarse a dura y larga guerra con el Rey.

Lograda la paz entre Rey y Señor, supo éste apartarse a tiempo de la cosa pública, y bien merecieron de tal retraimiento las letras, pues los años 1329 a 1335 señalaron los de mayor actividad literaria de Don Juan Manuel. Una breve intervención pública y militar de Don Juan en la lucha con los moros señala, con la toma de Algeciras, el definitivo retiro del gran escritor a la vida privada en sus castillos y tierras. Murió, según demuestra Giménez Soler, en los meses de Abril, Mayo o Junio del 1348: por lo tanto no cabe ya indicar, ni como probable siquiera, el año 1349 que figura en alguna de nuestras buenas historias de la literatura española como año de su muerte.

El complemento y prueba histórica de la biografía trazada por Giménez Soler son,

además de las mismas obras del biografiado, los numerosos documentos recogidos por el maestro, principalmente en el Archivo de la Corona de Aragón, ya en los Registros de Cancillería, ya en la colección de Cartas Reales. Las colecciones y fondos del Archivo Histórico Nacional de la Academia de la Historia y de la Biblioteca Nacional (Sección Manuscritos) han deparado a Giménez Soler también fuentes inéditas de gran valor e interés. Finalmente, el feliz hallazgo, por la ilustre e infatigable historiadora señora doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros—nuestra primera Académica de la de Historia—del Testamento de Don Juan Manuel en fondos portugueses ha contribuido a que sea completa la colección Diplomática intentada y lograda por don Andrés Giménez Soler para comprobar y completar la historia de su héroe.

No poco han contribuido también a ello las obras mismas del Infante, en lo que tienen claramente de autobiográfico o en lo que de biográfico, con cierto juicio ha descubierto en ellas el profesor Giménez. Esta es la razón por la que reproduce íntegramente en las págs. 678 a 691 el «Libro de las Armas» que, escrito en el año 1342, «es una especie de autobiografía» y que, cuanto al estilo y galanura tiene Giménez Soler por lo «mejor que posee—como prosa histórica—la lengua castellana, indudablemente lo mejor del siglo XIV». Aunque publicado ya el libro por Gayangos en la B. AA. EE. Giménez Soler lo reproduce con transcripción directa hecha por él sobre el Códice.

La «segunda parte», integrada por cuatro capítulos, es dedicada a un estudio crítico de Don Juan Manuel, naturalmente en su condición principal de literato, aunque el capítulo primero sea un vivo y bien logrado retrato del hombre privado y del público, de sus vicios y virtudes, muy interesante, sobre todo en la parte contradictoria que se puede señalar entre el hombre político y el escritor. Decir que Giménez Soler, con esa maestría que le caracteriza cuando, conocedor como muy pocos de las figuras y hechos de la baja edad media relacionada directa o secundariamente con la Corona de Aragón, ha acertado en las sobrias y definitivas pinceladas con que traza la figura de su héroe, sería no decir nada nuevo: no podemos repetir aquí, ni menos juzgar más lo que el autor escribe acerca del político y escritor antiguo: acuda el lector y el estudioso a la obra del profesor Giménez Soler, en la que encontrará ideas, hechos y pruebas, que resisten a toda crítica y que nos hacen presente la figura lejana del héroe como si revivieran las escenas de aquellos tiempos remotos.

Giménez Soler nos había presentado a su héroe, en las primeras páginas de la «parte primera», alternando los ejercicios del cuerpo con los de la inteligencia, dedicado a «fazer conjugación, et declinar, et derivar i fazer proverbios o letras», obediente al principio de que los jóvenes deben estudiar y trabajar «a lo menos fasta que sepan hablar et entender el latín», simultaneando estas lecturas con la de la Historia, en la que tan versado aparecerá el ilustre literato castellano.

En las primeras páginas de la «segunda parte» reconstruye la erudición y cultura de Don Juan Manuel: conocía éste, según demuestra el examen interno de sus obras, la Biblia, Vegecio, San Juan Damasceno, el libro «De Regimine Principum», de Egidio Colonna; se había encargado de traducir, del latín al romance, un tratado que sobre el Pater Noster había compuesto el Arzobispo de Toledo; parece haber conocido el italiano y el francés; seguramente conocía el árabe. Indudablemente, de los nombres citados—añádase el de Boecio—el que con más extensión e intensidad llamaba su atención y objeto preferente de su estudio era la Biblia, el gran libro de la época. Sin embargo, dado el carácter del mismo Don Juan Manuel y su marcado interés en despreciar su ciencia y su cultura: «yo so lego que nunca aprendí nin ley nin ninguna sciencia», dada así mismo su poca afición—que no lo era tampoco de la época—a citar autores, no puede ser larga la lista de éstos si se ha de deducir de la clara y evidente cuita de los mismos. Sólo un detenido examen riguroso y crítico de todas las fuentes históricas, literarias y culturales de las obras de Don Juan Manuel llegarán en su día a descubrir al detalle las lecturas y cultura del escritor castellano. Concluamos con Giménez Soler: «Respecto a la erudición de Don Juan Manuel, debe decirse que para su tiempo no era un leido, sino un sabio».

Reconstruidas las fuentes de la formación y erudición de Don Juan Manuel, dedica Giménez Soler su segundo capítulo a estudiar las compilaciones que en distinto tiempo hizo de sus obras el celebrado escritor: aquí es donde ya presentan interesantes problemas críticos, que G. S. va resolviendo. El primer problema es el tocante a los dos prólogos y las dos nomenclaturas de las obras, único fenómeno que aparece tal en toda la literatura castellana, todavía más sorprendente si las dos redacciones se deben atribuir plenamente como auténticas al autor mismo. G. S. da clara y convincente solución al problema.

Es el segundo el referente a la cronología de las obras del gran prosista: problema que G. S. presenta, discute y resuelve en el capítulo III. Ello le depara ocasión de discutir cuestiones tocantes a obras perdidas y le prepara el camino para ocuparse, detalladamente, de cada una de las obras, señalando concretamente el carácter y mérito de las mismas en el capítulo IV. Realza G. S. el carácter autobiográfico del «Libro de los Exemplos del Conde Lucanor», y sobre todo del «Libro de las Armas» a que ya nos hemos referido.

Los libros u obras de Don Juan Manuel nos eran ya conocidas, aunque por ediciones que están reclamando otra nueva. Pero Giménez Soler ha merecido muy bien de la literatura Española, descubriendo una nueva obra de Don Juan Manuel, la más interesante, tal vez la más personal, aunque interviniéran en ella—con él—otras manos; nos referimos a su «Epistolario». Nos hallamos ahora en la Literatura castellana con un caso parecido y paralelo al de la Litera-

tura Latina, con las Cartas de Cicerón. No hemos de dedicar líneas a continuar el paralelo y recalcar el gran mérito de la obra descubierta por G. S. Este, haciendo obra de historiador, no ha querido separar de los demás documentos las «Cartas» del gran prosista, que nos ofrecen el caso verdaderamente singular de literato tan remoto con epistolario tan completo. G. S., hombre modesto y a quien ya cinco lustros de incansantes presiones de personas de autoridad y de gran significación en la república de las letras impelían sin cesar a la obra por él redactada en sus lozanas mocedades del Archivo de la Corona de Aragón, no ha querido separar de su colección de documentos la interesante riqueza de las Cartas. Pero ahora quedan dos problemas planteados de tipo editorial, que la justicia obliga a pedir y rogar—mejor quisiera decir, si pudiera, exigir—lleve a cabo Giménez Soler; me refiero a la edición especial, crítica y anotada, de las Cartas de Don Juan Manuel y a la edición crítica de las obras de Don Juan Manuel, que no existe. Ayuda por parte de sus amigos y discípulos no ha de faltar a don Andrés Giménez Soler. Lo discreto será que no le falle la parte correspondiente a las empresas editoriales y a los elementos oficiales. Mucho celebraríamos que cada cual cumpliera su deber.

Tratando de Giménez Soler, me he limitado a exponer y sintetizar; ni puedo ni debo manejar adjetivos, que no faltan a su nombre. Para mí y para muchos, su nombre lo dice todo. Para los demás, la contemplación y reposada lectura de la obra, toda ella en magnífico estilo, con que nos ha regalado Giménez Soler, darán razón suficiente de lo que es el hombre, de lo que es el historiador, de lo mucho que le debemos y de lo mucho que aun hemos de esperar de él. («Universidad» Zaragoza).—P. G. R.

**ARTE DE INDIA,** A las artes de India, China y Japón  
**CHINA Y JAPON,** por Otto está dedicado el to-  
**Fischer.** Barce- mo IV de la Historia  
lona. del Arte, Labor. Lo  
afirma Otto Fischer,

hombre de alto prestigio en la ciencia. Por su propia vastedad, el tema es complejo y vario. En apretado rigor va todo él ceñido a la coherencia expositiva de doce capítulos. Obra de síntesis, por tanto. Obra asequible, clara, fácil. Fischer, investigador de hondo saber y vena comunicativa, echó sobre sus hombros la pesada carga de la trabazón erudita, y hábilmente marcha con ella junto al lector, sin que éste advierta lo arduo de la empresa. Y procede así a lo largo de milenios en andar deleitoso, ya que el panorama, a ratos sorprendente, es con frecuencia fascinador. Con palabra cálida va glosando Fischer las alternativas del viaje estético. Comenta e ilustra—los puntos objetivos se traen aquí en magníficas reproducciones, no pocas en color—; a la noticia se une la observación crítica, y de ésta y aquella surge el sentido que une cada expresión a todo un sistema de cultura. Es

oportuno insistir en ello: el epitome de historia del «Arte de India, China y Japón» importa un esfuerzo de síntesis soberbiamente logrado. Geografía, historia política, transformaciones sociales, religión, filosofía, literatura, todo confluye para explicar el fenómeno artístico, su formación, su desarrollo, su madurez. Mas ese todo forma una substancia que, si por un lado explica una expresión de arte, un estilo, un carácter, por el otro deja a la obra bella gozar de su entera autonomía y afirmarse cual expresión de exclusivo contenido estético. De ahí la claridad accesible del texto, su fuerza persuasiva, su alcance apodictivo. Coexisten en el profesor alemán dos virtudes esenciales: una ciencia bien sedimentada y un vivo entusiasmo por el arte. El erudito discurre a veces como pudiera hacerlo un poeta. Anima e infunde calor a las intuiciones que desfilan ante su mirar ávido. Una forma de arquitectura, una estatua, una imagen pictórica, un bronce ritual, se unen a remotas teogonías, interpretan un culto, están en conexión con dinastías precursoras. Otto Fischer no amedrenta al lector con ideales planos de lejanía. Los milenios parecen suprimir el tiempo y el espacio y venir hacia nosotros. El pretérito se coloca así en la zona de lo actual. La historia no es el pasado inerte. Vive actualizada en la realidad de nuestro yo. Esta simpatía animadora excluye de hecho el aparato arqueológico, de clasificación y descripción, contenido en los límites un tanto áridos de esa especialidad. Ese lastre existe—ya se ha dicho—y bien calado, por cierto; sólo que responde a fines de otro orden, privativos del arte. De inmediato lo advierte el lector. Un epíteto, una alusión, un enlace de conceptos, la claridad que de ellos se deriva, están diciendo a las claras que Otto Fischer trabaja sobre un esquema propio, después de haber tenido a la vista los resultados de las investigaciones últimas relativas al magnífico y extenso panorama de India, China y Japón, cuya evolución estética resume en la obra ofrecida hoy a los lectores de Hispano-América. Nada se le había brindado de análoga validez. La bibliografía española—tan rica ya en otras afirmaciones del espíritu—carecía de una obra orgánica sobre esta materia; orgánica y realizada con parejo rigor metodológico. El lector no versado en lengua alemana veía limitado en sus afanes. Si le urgía adquirir nociones atendibles sobre el arte chino o japonés, ¿dónde las hallaría con mayor facilidad que en los dos volúmenes de Tei-San, sobre el arte japonés, en la edición del «*Mercur de France*», o en «*Histoire de l'Art Chinois*», de George Soulié de Morant, o en la concluyente y extensa monografía del alemán W. de Seidlitz, traducción al francés por Andrés Lemoisne, o, apurando mucho el tema, en la obra de F. Giles de la Tourette, «*L'Orient et les peintres de Venise*»? En español nada fundamental. Pero aun ciñéndonos a los dos tomos de Tei-San, obra directa, sólidamente construida, advertimos la ausencia de grabados que hagan comprensible el texto en muchos casos o lo complementen en otros. Los volúmenes res-

tantes de Morant, Seidlitz y la Tourette circunscriben el tema, que desarrollan; después de luego, con laudable holgura, y con originalidad no pocas veces. Mas Otto Fischer abarca otra extensión. Es la suya una obra de conjunto. Comprende el arte de Camboja, Siam, Java, Ceilán, Corea, Tibet, Turquestán y Afghanistan. Tras una premisa relativa a la época inicial del arte indio, considera el arte primitivo e incluye luego en el estudio de su desarrollo un período «clásico», otro «barroco» y uno moderno. En el arte clásico puntualiza delicada y sutilmente la unidad persistente, aun a través de expresiones características de épocas varias. Es la esencia viva de una raza, el signo de una cultura, índice y resumen de una civilización. También con respecto a China y al Japón emplea Otto Fischer voces de acepción restringida por el uso a pueblos de Occidente. El paralelo surge natural, tiene, si no intención polémica, propósito vindicador. Con ello ganan la ciencia del arte y la historia.

Hasta hace poco regían en historia esquemas de arbitrario exclusivismo. Un corte neto separaba a Oriente y Occidente. El mundo Occidental vivía así limitado por sí mismo, vuelto de espaldas a no pocos milenios de historia efectiva. El concepto de lo clásico era griego y romano. Sólo se admitía un ideal de belleza. Estudios fundados en otras exigencias obligan hoy a proceder con amplitud más delicada en la estimativa de otras culturas. Los resultados se nos parecen con toda evidencia en este volumen que Otto Fischer ha escrito para la «*Historia del Arte*». Impreso a todo lujo, profusamente ilustrado—pasan de quinientos los grabados añadidos al texto, en tricromía muchos de ellos—, este IV volumen de la obra citada es de los que definen categorías y honran una empresa editorial, ya definitivamente situada en las conquistas espirituales de la nueva España.

“**HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN**”, Han llegado a Chile los primeros ejemplares de esta obra, cuya publicación ya por José Pacífico habíamos anunciado. Otero. Buenos Aires. Se trata de cuatro volúmenes en rústica que suman casi 3.300 pá-

ginas de 24x18, editados por Cabaut en Buenos Aires.

Completan el cuadro numerosas láminas en colores y en negro. Cada tomo se ocupa en un período de la vida del héroe: I, El Capitán de los Andes; II, El Libertador de Chile; III, El Libertador y Protector del Perú; IV, Ostracismo y Apoteosis.

El término «rústica», en este caso, es muy poco apropiado, pues nada menos rústico que estos lujosos tomos impresos tan ricamente como rara vez se ve en castellano.

El Dr. Otero es un especialista que ha consagrado su vida al recuerdo de San Martín y aprovechamiento de su gran lección cívica. En la investigación de este asunto histórico ha logrado acumular nuevos documentos y hacer luz sobre numerosos as-

pectos de la vida de San Martín, oscuros unos por la voluntaria penumbra en que el héroe quiso sumirse después de su esplendorosa trayectoria por este continente, oscuros otros por las controversias suscitadas en torno a ciertos actos, que las rivalidades internacionales o de sus émulos han desfigurado para la posteridad.

La figura austera del Libertador sale de la magna biografía de su compatriota y admirador, gigantesca y purísima, cincelada del modo como sabían hacerlo con sus héroes los antiguos griegos, vigorosos forjadores de símbolos y educadores del mundo. Pero, de paso, construyendo su torre central, el Dr. Otero aborda y resuelve numerosas cuestiones de bulto cuyo examen o simple enunciado sería imposible hacer en esta columna. Más de un personaje, que la perspectiva del tiempo nos presenta bajo los rasgos lustrosos del mármol o el bronce, aparece en las páginas del Dr. Otero evocado en su traje de la época, y, como quien dijera, «en pantuflas», ante nuestros ojos a veces asombrados.

Rasgo sobresaliente de la obra es, empero, el esfuerzo psicológico del autor para interpretar uno de los actos más extraordinarios de San Martín y de que haga mención la Historia, a saber: el eclipse fulminante y voluntario de este prócer cuando el sol de su gloria y poderío más deslumbraba en el cenit. La reserva de San Martín y sus convicciones políticas dieron pábulo a una leyenda que algunos han cultivado para enaltecer a Bolívar. Al vulgo le bastan las explicaciones simples; la de que Bolívar venció a San Martín le satisface tanto como la de que David venció a Goliat. Pero cuando se piensa un instante en las circunstancias que precedieron a la entrevista de ambos Libertadores en Guayaquil, el ánimo de cualquier persona con espíritu crítico tiene que tornarse reservado y acoger sospechas.

España era a principios del siglo XIX una de las naciones más poderosas del mundo y su imperio colonial semejante al de Gran Bretaña o de Francia en nuestros días. Cuando el desorden político de la metrópolis permitió a la colonia confiar en el éxito de la emancipación, dos grandes capitanes se destacan en el horizonte revolucionario: Bolívar en el Norte, San Martín en el Sur. Abarcando éste de una mirada medio continente, concibió y ejecutó el plan de apoderarse de Lima, ciudad de los Virreyes y centro del poderío español en Sud América.

Realizado este prodigio, y tras breve y misteriosa entrevista con Bolívar, a la sazón en Colombia, el héroe del sur abandonando todo, las tierras conquistadas, su Chile que lo adoraba, su propia patria, sus amigos y su gloria, y sin más compañeros que su hija y su secreto, se expatrió para vivir la mayor parte de su vida en la estrechez, y aun la miseria, nostálgico y silencioso. Hay en esta actitud de San Martín un drama interior de grandiosidad asombrosa, que, si los poetas castellanos tuvieran alma épica, habrían cien veces traspuesto en poemas, novelas y tragedias de análisis psicológico. El, que pudo ser todo, abandonó todo volunta-

ria y porfiadamente en el pináculo de su poderío. ¿Por qué?

Años más tarde, llega a sus manos una carta en que le dicen: «Según algunas insinuaciones que yo he oído verter a cierto personaje—alude el General Miller a Bolívar—él quería dar a entender que usted quiso coronarse en el Perú y que esto fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil». El exceso de amargura rompe esta vez la valla de su mutismo y en la respuesta de San Martín, se lee: «Si como no lo dudo, y esto sólo porque me lo asegura el general Miller, el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones digo que lejos de ser un caballero sólo merece el nombre de un insigne impostor... pudiendo asegurar a usted que si tales hubieran sido mis intenciones no era él quien hubiese hecho cambiar mi proyecto». (Tomo III, pág. 722). Explica después que su viaje a Guayaquil tuvo por objeto, pedirle a Bolívar auxilios para terminar la guerra en el Perú, que Bolívar se los negó en cantidad suficiente, que su resolución de dejarle esa gloria a Bolívar fué tomada en el acto, «creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país». Invoca el testimonio presencial del Almirante Blanco, a quien ruega se le interrogue para deshacer la calumnia, etc.

Esto no era tal vez todo el secreto, como se colige de otra carta de San Martín en que se lee: «... yo sería un mal caballero si abusase de la situación en que se halla y que estoy seguro empeorará aún por su carácter para publicar secretos que sólo usted sabrá y que sólo verán la luz después que deje de existir». (III, 721).

«Que se sabrán después que deje de existir». En efecto, un siglo después, hoy, lo sabemos gracias a la obra del Dr. Otero. Obra de reparación histórica, fuertemente sentida por su autor, que ha procurado instalarse en medio del doble drama del Libertador, para explicarlo, documentos en mano. El drama externo y público, el del guerrero conductor de muchedumbres, conquistador de reinos, abarca los tomos I y II y la mayor parte del III, en que los capítulos finales nos hacen asistir a la enigmática entrevista de Guayaquil. Con ella comienza el otro drama, quizás más interesante, puesto que menos conocido, el drama interno y secreto del hombre, del simple hombre de carne y huesos que alberga un alma generosa y extraordinariamente humana, que da hasta su gloria y la da callada, y que rival involuntario de otro Libertador, allí donde a la Libertad le sobra un sacerdote, se sacrifica para seguir realizando por mano ajena, la consolidación de la independencia por él conquistada.

Hay tal grandeza en semejante actitud que todo comentario es ocioso. La vida de San Martín es la de un héroe ejemplar en todo extremo. Comparaciones no caben sino con aquellos que, como Washington, pueden ofrecerse como modelos, a la vez, en la acción extraordinaria, por sus sentimientos altísimos y la vida privada intachable. Feliz el pueblo que puede ofrecer a sus hijos el ejemplo educador de un San Martín, y con-

tar también con un escritor como el Dr. Otero para explicar su grandeza.

Sería de desear que el autor de esta magna obra, entresacando lo que en ella hay de esencial, hiciera una biografía popular y al alcance de todos los bolsillos para ponerla en las manos de la juventud de los tres países que veneran la memoria del prócer.—  
J. S. M.

**“NI ANGEL NI BESTIA”**, por Felipe Viniés, ingeniero recién recibido, es nombrado para ocupar un cargo en la Comuna de Abbeville. Es el año 1848, y lógicamente va de París hacia el pueblo, lleno de ideas revolucionarias.

Viniés ha frecuentado en la gran urbe, diversos círculos en que se debaten problemas políticos y en especial, el cambio de régimen. La República es la obsesión de grupos innumerables y sólo se espera la ocasión propicia para proclamarla.

Viniés, no puede olvidar en Abbeville, ninguna de sus actividades anteriores y se dedica a una prédica incansante y laboriosa. Logra relacionarse con diversas personas de la localidad. El arqueólogo Beltrán d'Oville; Breson, el fabricante de tapices y sobre todo con Mademoiselle de Vence. En casa de ésta conoce a Genoveva, muchacha hermosa, llena de encanto y de vida. Rápidamente, quizás con mucha rapidez, la hace su esposa.

Casado Viniés no pierde, por supuesto, sus arrestos revolucionarios y es su hogar un foco de rebeldía, donde Genoveva es la primera en convencerse.

Mientras Viniés vive en Abbeville, en París se fragua la revolución. En el ambiente corre un viento de fronda. Es la hora en que la República debe advenir forzosamente.

A la comuna llegan las primeras noticias: cambio de Gobierno: Lamartine forma parte de él; el pueblo se ha colocado en su puesto de honor. Viniés no puede resistir y marcha a París a prestar sus servicios y ponerse a las órdenes de la Revolución.

Toca actuar a Viniés en todo el fragor revolucionario. Más de una desilusión sufre, sobre todo con amigos íntimos a quienes él creía dechados de pureza y convicción.

Ante los llamados insistentes de su esposa, Viniés regresa a Abbeville. Vuelve a la vida del hogar, donde ya su hijo está crecido. No puede olvidar sus ímpetus de rebeldía y por ello, en más de una ocasión, ha sido señalado con el dedo.

En el pueblo, lo sorprende la caída de la República y el advenimiento del Imperio.

Como nadie desconoce su ideología y todos están ciertos de su actividad, tiene que emprender la huida. En Abbeville deja recuerdos e invariables amigos. Una mañana lluviosa en Boulogne, Felipe Viniés, ingeniero y revolucionario toma el barco que lo conduce a Inglaterra.

En torno pues, a un hombre y un hecho político, Maurois construye una novela, que vale no por el tema general que le sirve

de fondo, sino por los detalles que la iluminan. Sin embargo, a pesar de sus cualidades de biógrafo insuperable, no logra Maurois reproducirnos ningún personaje histórico de la revolución. Bien que ese no ha sido el fin, sino aprovechar un pasaje revolucionario para mover sus personajes.

En «Ni angel ni Bestia» pasa un cortejo de hombres vivos y candentes que hemos visto transitar por más de una página de la historia de la revolución del 48. No quiere decirse con ello que aquellos hombres se llamen lo mismo o que físicamente se correspondan. El fondo espiritual que los anima es idéntico. Esos simpatizantes con la República que afloran al Rey con su boato, porque en el fondo son monárquicos; aquéllos que aplauden las nuevas ideas ante el temor de que la República dure, todos, están magníficamente cogidos en su máscara de hipocresía y falsedad.

Por eso, «Ni angel ni Bestia» no es una novela histórica, sino que rebalsando cualquier premeditado intento de polémica o juicio sobre un hecho ya consumado, se torna simplemente en una novela, pero una novela de recia urdiembre.

**“SEGUROS PRIVADOS”**, por Herrmannsdorfer, Dr. Fritz. Enciclopedia de Ciencias Jurídicas y Sociales. Editorial Labor. Barcelona.

En la Novísima Enciclopedia de Ciencias Jurídicas y Sociales, comentada recientemente en esta página con ocasión de dos de sus libros más interesantes—«Estructura y ritmo de la economía mundial, por Ernest Wagemann; «La economía mundial al alcance de todos», por Adolfo Wéber—, aparece esta obra sobresaliente, sin disputa una de las más documentadas sobre la materia que estudia: «Seguros privados», por Herrmannsdorfer. Los tres aspectos que presenta de suyo el tema del seguro—el aspecto técnico, el jurídico y el económico—se abordan en este libro con un doble espíritu teórico y práctico. Herrmannsdorfer, consejero público de Hamburgo, no es el mero teorizante que habla por afición sobre estas cuestiones de seguros, sino el técnico, el hombre de práctica aseguradora, el maestro que posee de igual suerte ciencia y experiencia. De este modo se ha de colegir el interés que ofrece este libro, «Seguros privados», de Herrmannsdorfer, donde coinciden la sabiduría de un funcionario de seguros (el autor lo fué, en la primera etapa de su vida, de una gran Sociedad aseguradora alemana) y la sabiduría del investigador.

«Seguros privados» tiene una primera parte dedicada a sentar el concepto y los fundamentos del seguro, para analizar inmediatamente las formas y los órganos de las entidades aseguradoras, sin olvidar en este punto lo que se ha dado en llamar «política de seguros», o sea las relaciones del Estado con las casas aseguradoras.

Con la extensión que cada uno de los ramos particulares del seguro requieren, estudia Herrmannsdorfer los seguros sobre las personas (seguros de vida, de accidente, de

enfermedad), los seguros reales (seguros de trasportes, de incendios agrícolas, de pedriscos, de ganados), seguros patrimoniales (seguros de responsabilidad civil, de crédito, reaseguro). Como dice en su prólogo documentado D. Rodrigo Spínola, no hay en la obra de Herrmannsdörfer «ni un partidismo ni un afán acomodaticio a determinados intereses privados»; antes bien, la técnica de los distintos seguros se ofrece en este libro de modo rigurosamente científico, con suma claridad y objetividad.

La presente edición española, tan admirablemente presentada por la editorial Labor, debe su versión a D. Rafael Luengo, abogado y funcionario del Ministerio de Trabajo, que ha puesto extrema precisión en su labor de traductor. Avaloran además, y no en poco al libro de Herrmannsdörfer las anotaciones de D. Antonio Lasheras Sanz, catedrático de la Sección Actuarial de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de Madrid.

No debemos olvidar tampoco en esta breve reseña el prólogo interesante de D. Rodrigo Spínola, en cuyas páginas enjundiosas sobre presentar la personalidad del autor de «Seguros privados», se razona la necesidad en nuestro país de una más grande atención hacia la ciencia actuarial y los estudios sobre seguros.

“ONCE LECCIONES SOBRE EL REUMATISMO”  
por el Dr. Gregorio Marañón. Madrid.

El espíritu crítico del profesor Marañón se ha enfrentado valientemente con el arduo problema de la patología reumática.

Del alcance de ese encuentro—plasmado en el libro que modestamente titula «Once lecciones sobre el reumatismo»—sólo podemos juzgar los médicos en pleno ejercicio profesional. Todos, sin distinción de disciplina.

Los que muchas veces sintieron conturbado su espíritu al no poseer ante la cabecera del enfermo la clarividencia precisa para desentrañar la causa de una algia articular; los que en la intimidad confesional de la consulta no pudieron dar categórica respuesta a la avidez interrogativa de un enfermo torturado; los que en el silencio de la noche quisieron buscar en los libros de consulta la explicación de un cuadro clínico, sin que el leer y el releer descripciones indisciplinadas lograra otro efecto que aumentar su confusión; todos, en fin, los que a través de su vida profesional, larga o corta, vislumbraron en la palabra «reumatismo» un vivero de conceptos y hechos amalgamados por la ignorancia, encontrarán en el nuevo libro del doctor Marañón los cimientos de una nueva concepción de la patología reumática. La amalgama comienza a ser destruida por las técnicas y conceptos biológicos de hoy. Las etiologías y patogenias, los diagnósticos y tratamientos de las diversas algias articulares o musculares, comienzan a emplazarse en el encasillado ideal que perfila y dibuja la claridad científica.

He aquí un libro eminentemente clínico,

pero de un didactismo que subyuga. Todo en él es claridad y lógica. El orden riguroso y rítmico de esas lecciones—trasplantadas por la pluma conservando la vivacidad de la oración hablada—se mantiene en medio de los aires de renovación que ventilan y a veces arrastran todo cuanto yacía estático en los recovecos de una parte semi ignorada de la patología.

El admirable estudio ha tenido una larga gestación. Albores cuando, hace veinte años el doctor Marañón se vió frente a la responsabilidad de una clínica hospitalaria. Creció y diseñó su contenido a medida que el sentido crítico del autor iba observando la anarquía descriptiva del proceso reumático. Comenzó a tener realidad bibliográfica en aquella admirable ponencia sobre el tema leída en Mayo de 1932 en las Primeras Jornadas Médicas Aragonesas. De aquel completo estudio nacieron las lecciones de Enero y Febrero últimos en el Instituto de Patología Médica del Hospital General. Sintetizadas en su redactado, pero certeramente ilustradas con fotografías y radiografías de su casuística, han venido a constituir el magnífico libro que ha de figurar en la biblioteca de todo médico que quiera estar al día en el complejo clínico que abarca el impreciso y vago término «reumatismo».

«La patología reumática—dice Marañón en su bello prólogo— me la represento como una ciudad relativamente simple, pero en la cual cada calle, cada plaza, cada edificio, tiene dos o más nombres diferentes, según el capricho de los primeros transeuntes, y en la que el mismo rótulo se repite en diversas vías y lugares señalados. No es posible andar por ella. Conocemos a fuerza de experiencia un sector pequeño, el habitual, un barril; pero el resto es un laberinto. Las guías nos confunden más a medida que pretenden ser más detalladas. Hay pues, que empezar—para entenderse, para no perderse—por catalogar según un único criterio sus vías y sus puntos de referencia».

Así lo hace el Dr. Marañón. Desde el primer capítulo, en que debidamente valora el concepto del reumatismo, toma por pauta una admirable clasificación etiológica de los reumatismos para desarrollar su estudio con una sola directriz: la de enseñanza clínica.

En la ya extensa labor bibliográfica de Marañón—integrada por admirables estudios clínicos y médicos—, sus «Once lecciones sobre el reumatismo» figurarán como modelo de obra didáctica. Labor de verdadero maestro, que desenmaraña las complejidades y lagunas de un fondo y difícil problema clínico, para mostrarlo a los ávidos de saber, con esa difícil facilidad expositiva de quien hermanó con homogénea brillantez la clínica, la experimentación y la enseñanza.—Doctor Sanz Beneded.

“TECNICA LITERARIA”, por E. Solar Correa.

«El talento, la imaginación, la sensibilidad, el buen gusto—los elementos que forman la médula del escritor—no se adquie-

ren por medios de preceptos». En su modestia, esta frase, colocada al principio de un libro que se llama «Técnica Literaria», evoca esa otra, solemne, pronunciada por Bossuet ante el féretro de Luis XIV, llamada del Grande:—Señores, Dios sólo es Grande...

Bien.

Sin embargo, ya que con esta misma frase, algunos habrán adquirido algo: desde luego, la noción de que el talento, la imaginación, la sensibilidad y el buen gusto no se adquieren. Preciosa noción y casi diríamos comienzo de buen gusto. En todo caso, de sabiduría. Los antiguos profesores y los antiguos alumnos de la vieja Retórica tendían, visiblemente, a pensar lo contrario, y todavía quedan muchos que piden recetas para escribir.

Deben desengañarse; mas no por eso declarar inútiles los estudios técnicos de las bellas letras.

Hay que conocer el oficio y saber siquiera el nombre de las herramientas para manejarlas.

Este breve tratado cumple perfectamente el fin que se ha propuesto y no sabríamos definirlo mejor que citando las dos palabras puestas a su comienzo:

«Las frecuentes reformas que, desde algunos años a esta parte, vienen alterando los programas de estudios secundarios hacen casi imposible la publicación de textos de enseñanza. Ello nos ha llevado a convertir nuestros textos de Idioma Patrio que, ajustándose al programa oficial, contenían—relacionadas—materias de historia literaria, retórica, métrica y gramática histórica, en una simple Historia de la Literatura Española, arreglada en forma que pueda servir en cualquier país de habla castellana y a cualquiera persona que se interese por estas disciplinas. Algunos colegas del profesorado echan de menos en esa obra los elementos de técnica literaria que antes la completaban y nos han estimulado a la presente publicación, en la cual nos limitamos a reunir y ordenar las escuetas páginas que, distribuidas en los tres volúmenes de Idioma Patrio, habíamos consagrado a dicha materia. No hay para qué decir que estamos lejos de sentirnos satisfechos con el resultado de tal compilación y que sólo debe verse en ella el deseo de prestar, mientras se realiza algo mejor, un pequeño servicio a la enseñanza».

Trátase, pues, de un libro para los colegios; pero que bien podría servir a muchos que han dejado el colegio.

Por nuestra parte, elogiaremos en la obra de Solar Correa las cualidades didácticas que con rara unanimidad se le han reconocido: el orden, la claridad, la sencillez y el sentido de la medida tanto en la proporcionada distribución de las partes, sintéticamente esbozadas según su importancia, como en el uso del vocabulario, nunca demasiado técnico y siempre accesible a todos.

Además, el espíritu moderno.

No hay letra muerta en sus disquisiciones y se siente en el autor un espíritu activo, que se renueva y está atento. Hablando, por ejem-

plo, de las figuras literarias y el valor de la metáfora, alude a un juicio de Marcel Proust, alta y reciente autoridad en la materia, para quien ése que algunos consideran adorno constituye elemento fundamental y único «capaz de infundir una especie de eternidad al estilo».

Al estudiar los géneros literarios, se somete a la tradición, porque así lo exigen los planes universitarios; pero da una opinión propia, interesante y fecunda. A su juicio, yendo a la raíz, se distinguen dos grandes familias: los géneros que nacen de la imitación de la vida y los que nacen de la vida misma; en el primer caso, la novela, el teatro, la épica; en el segundo caso, la poesía lírica, el género epistolar, el periodismo. De la mezcla, resultan dos géneros híbridos.

Esta clasificación encierra en germen toda una nueva Retórica, y ojalá que alguna vez el autor la desarrolle.

Contribuiría a ganar esa batalla del estilo, tortura y gloria de los verdaderos artistas que Rodó, en una bella página citada por Solar Correa, describe y hace sensible así:

«¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebafío del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista...! Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un haciate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser, vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndolos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarla, para que convoquéis a otra, que llega huraña y esquivo, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido».

La Técnica, una buena Técnica, constituye un aliado precioso en este combate cuerpo a cuerpo con la expresión. Pero sólo un aliado. No lo olvidemos. El talento, la imaginación, la sensibilidad, es decir, la grandeza, no se adquieren. Dios sólo es grande...

—Alone.

“LA MECCANICA DI LEONARDO DA VINCI”, por Marcolongo R. (Memoria incluida en el tomo XIX de los «Atti della Accademia delle Scienze Fisiche e Matematiche di Napoli»).

Se ha preguntado reiteradas veces si los hombres del Renacimiento fueron de constitución mental superior a los actuales, o bien si su prodigiosa capacidad sintética provenía de un sistema más racional de vida intelectual, más armonioso, al estar cimentado en los valores universales de

los valores universales de

la inteligencia: ciencia tanto como arte. El hecho es que mientras que gentes como Leonardo, Pico de la Mirándola, Marsilio Ficino y otros de análoga nombradía asombraban entonces y asombran hoy por la capacidad de penetración en un aspecto determinado, poseían al mismo tiempo una universalidad de talentos que les permitía abordar con semejante brillantez la filología como la música, la ingeniería como la pintura, la arquitectura o la poesía.

En el caso de Leonardo, semejante multiplicidad corrió parejas con la intensidad manifestada en cada aspecto. Lo que la desgraciada serie de accidentes que han arruinado o malogrado los más bellos intentos de Leonardo nos conserva, hasta, con todo, para clasificarle entre los pintores más eminentes del Renacimiento, creador de fórmulas decorativas, de tipos de belleza humana, de composiciones cuyo influjo sobre su época es fácil medir a la vista de las numerosas imitaciones de discípulos y admiradores.

Se conoce poco, en cambio, hasta qué punto llegaba la intuición científica de Leonardo. Se ha hablado mucho de que, a más de pintor, de escultor, de poeta y de músico, Leonardo era un hombre de vasto ingenio en las ciencias aplicadas y de notable intuición para descubrir los principios científicos; pero apenas existen estudios suficientemente documentados respecto a tales facetas de su genio. Gran estratega, Leonardo inventó máquinas de guerra, ardidés para la defensa y ataque de posiciones fortificadas, entre ellos la desviación de los cauces de los ríos, construcción de canales, como vías de comunicación, perforación de montañas y empresas que parecían gigantescas en su momento; pero que aun hoy asombran por su atrevimiento en relación con la debilidad de los gentes que se disponía.

Leonardo era además un geógrafo notable, y en la Biblioteca Ambrosiana de Milán se conservan códices, con exposición de andanzas por diferentes comarcas mediterráneas, mapas, datos estadísticos. etc. Con todo, hay pocas páginas más interesantes que las que Leonardo escribió sobre los principios de la mecánica, que han sido estudiadas primeramente por Venturi y Libri, después por Caverni y Duhem, más recientemente por Schuster, y ahora mismo por el profesor Marcolongo.

Según esas investigaciones, se ve claramente que Leonardo procedía de una manera rigurosamente científica en la exposición de premisas y en la educación de consecuencias. Así, dice el autor que «debemos saludar en Leonardo al hombre que tras de llevar los conocimientos sobre Estética y Dinámica más allá del punto donde los habían conducido Aristóteles y Arquímedes, ha determinado el renacimiento de la mecánica».

En la Estética el autor demuestra que Leonardo poseía un conocimiento minucioso de la palanca recta y angular y de la balanza, que tenía ya un concepto exacto del «momento de una fuerza», y que supo utilizarlo, así como el teorema de la composición de los momentos, que le sirvió para resolver verdaderos problemas de composición

de fuerzas. Leonardo demostró ya la condición del equilibrio sobre un plano inclinado, anticipándose a Stevin, tanto como a Galileo y Torricelli en su teoría del equilibrio de los graves con respecto a su centro de gravedad, descubriendo el teorema del polígono de sustentación.

En su examen sobre el examen de los centros de gravedad, Leonardo aportó soluciones efectivas. Los sistemas de poleas, el problema de las reacciones vinculares y el principio de los trabajos virtuales eran ya conocidos del gran maestro, que hizo descubrimientos notables en los principios de flexión y de resistencia de materiales, anticipándose además a Coulomb en su conocimiento del problema del frotamiento.

En la Dinámica el señor Marcolongo demuestra que la intuición que Leonardo poseía del concepto de fuerza es admirable, sobre todo en su época, concepto ligado al principio de inercia sobre el cual Leonardo pensó con singular clarividencia, así como sobre el principio de acción y reacción, adelantándose a Galileo y a Newton. En otros puntos de la Dinámica, Leonardo sufre errores junto a atisbos geniales, de los cuales el más notable es su presunción de que la caída de los graves sufre una desviación de la vertical por efecto de la rotación de la Tierra.

Resta saber si los conocimientos que Leonardo poseía sobre la ciencia mecánica fueron suficientemente conocidos y apreciados por sus contemporáneos, y si tuvieron real influjo sobre la ciencia naciente de su tiempo.—S.

**FONÉTICA Y MORFOLOGÍA**, el que la cubierta y la portada se completan. por Alfredo Pérez Guerrero, Ordinariamente la portada es una reproducción, sin adornos ni colores, de la cubierta del libro. Aquí, no. En la cubierta se lee: «La lengua Castellana». En la portada: «Fonética y Morfología». Trátase, por tanto, de un libro de Fonética y Morfología de la Lengua Castellana.

Aun así, no se da idea clara del contenido del libro, porque páginas enteras del mismo se hallan dedicadas a recordar declinaciones y conjugaciones latinas que el autor considera antecedente indispensable para el cabal conocimiento de la lengua española.

Una intención laudable, un método netamente científico, y un estilo pulcramente literario son las características de esta obra cuyo mérito encañecemos con tanta justicia como complacencia.

A) Intención laudable es componer un libro de traza escolar, pensando que puede ser leído por quienes miran ya en la lejanía del pasado los claros y sencillos días escolares.

El autor llama a esta intención «optimismo exagerado». Si así fuere, bendito sea, pues gracias a él podemos saborear las páginas de este libro que es un nuevo y valioso argumento de la vitalidad y pujanza de nuestro idioma y de nuestra raza.

Cómo no bendecir un libro de lengua española escrito por un autor americano bajo

la inspiración que revelan estas preciosas y discretísimas palabras? «Desechemos el prejuicio pseudo patriótico de la dilección por lo autóctono; la pretensión de deformar el español para crear una lengua argentina, o chilena, o americana. No es cosa de voluntad el crear un idioma. Además, el tal patriotismo o americanismo son falsos. Instrumento del espíritu es el habla, y nuestra Patria espiritual no es Argentina ni Chile, ni el Ecuador, sino Hispano-América. Sangre y alma españolas, injertadas en las savias de América, somos; pensamos, sentimos obramos esencialmente como piensa, siente y obra España; y por ello, cuidando del idioma cuidamos del porvenir de la cultura hispano-americana».

B) Método netamente científico es el seguido por el señor Pérez Gurrero en la exposición de la doctrina gramatical. Profesor de Lengua Castellana, en el Instituto Nacional «Mejía», del Ecuador ha condensado en estas páginas una labor copiosa, de investigación y de enseñanza, de gran utilidad para los estudiosos por su valor rigurosamente científico.

La obra se halla dividida en tres partes. En la primera se estudia la «Génesis de la Lengua Castellana». La segunda trata de la «Fonética del idioma castellano». Y la tercera comprende «Nociones de Morfología histórica».

La bibliografía declarada por el autor no es abundante, pero es muy selecta: Menéndez Pidal, Salcedo Ruiz, Américo Castro, Cejador, Bello, Cuervo, la Academia Española...

A la doctrina puramente gramatical acompaña el autor trozos tomados de obras selectas de escritores y poetas españoles y americanos, en prosa y en verso. La selección está hecha con cuidado y con acierto; y sirve al autor de oportuna y adecuada «ejemplificación».

C) Un estilo pulcramente literario es el empleado por el señor Pérez Guerrero en este libro. Sin que esto signifique tacharlo de artificioso, es de advertir que el tal estilo constituye una noble preocupación del autor desde la primera página de la obra.

«La Lingüística y la Gramática—dice en el Prólogo—no se prestan a la galanura y agilidad de expresión que las harían atractivas. Sus principios, procedimientos y objetivos son harto graves y complejos, y rechazan el vestuario de la literatura, a lo menos de la literatura en la acepción vulgar y corriente. Con todo podría exigirse más corrección en la frase, más equilibrio en el discurso, más cuidado en la forma y en el método».

Atento a este criterio, el señor Pérez Guerrero nos ha servido un libro de Gramática y de Lingüística todo lo ameno que puede ser, tratando de tales materias.

Como síntesis del mérito que asignamos a esta obra, diremos que Alfredo Pérez Guerrero ha recogido, administrado y desenvuelto la herencia de Andrés Bello y de Rufino José Cuervo, con buen sentido, con maestría, con arte.—Miguel Allue Salvador.

**HISTORIA DE CHILE, Tomo II, por Domingo Amunátegui Solar.**

Es más difícil escribir la historia de los sucesos próximos a nosotros, que de los remotos. La distancia borra los detalles del panorama y presenta la síntesis, las grandes líneas. Desde un puente del Mapocho, el Cerro San Cristóbal oculta la cordillera. Algunos kilómetros más abajo, el cerro desaparece y la línea majestuosa de los Andes se muestra en su espléndida mole. Además, es raro que podamos sustraernos a las pasiones suscitadas por hechos de los cuales derivan inmediatamente los hechos y pasiones que estamos viviendo.

El primer volumen de la excelente Historia de Chile para la enseñanza en V y VI años de humanidades escrita por don Domingo Amunátegui Solar, se prestaba a pocas observaciones. Es un libro sereno. Contra lo que de ordinario ha ocurrido con escritores de la escuela doctrinaria liberal del señor Amunátegui, en ese libro se hace justicia a la administración española en la colonia y hasta se llega a probar que la expulsión de los jesuitas fué un grave error político de España.

En el segundo volumen, escrito con no menos amabilidad y gran criterio para abreviar y ofrecer vistas de conjunto, no hay tanta ecuanimidad. El juicio sobre Portales está teñido de hostilidad manifiesta a este personaje cuya poderosa personalidad ha oscilado hasta ahora entre la apología lírica de Walker Martínez y el violento panfleto político de Lastarria. El señor Amunátegui deja la impresión de que Portales no hizo cosa alguna que merezca elogio. Toda la obra de orden, la lucha contra la anarquía, la preparación de la vida constitucional, la hábil política internacional, se borran en la enumeración de sus actos de enérgica y dura represión de la revuelta y la ilegalidad. Lo que contrasta con el tono empleado para compadecer al ilustre General Freire, que en esos momentos no era más que un militar sublevado contra el poder constitucional, aunque hubiera sido un gran servidor de la Patria.

No cabe duda que el señor Amunátegui es profundamente honrado y sincero. Cree con fe absoluta que Portales era un violento y poco más que un violento. Es que no ha entendido a Portales y probablemente pasará mucho tiempo antes de que se le juzgue con serenidad. Es el destino de las figuras demasiado superiores a su medio. Acaso vendrá un día en que se reconozca que, ni los conservadores tienen derecho para considerarlo un fundador de su partido, ni los liberales para maldecirlo.

Pero estos puntos de controversia no obscurecen el mérito de la obra del señor Amunátegui. Su labor admirable para presentar los hechos capitales y ligarlos entre sí, y seguir a través de ellos el progreso general de la nación, y dar relieve a las figuras de los hombres que han guiado a la República, merece los mayores elogios. Para hacer un libro como éste, de apariencia elemental y por muchos conceptos fundamental, es preci-

so saber mucho y reflexionar mucho y poseer un fuerte poder de síntesis.

Los gobiernos de los últimos treinta años, para no citar sino lo más próximo, han sido bien estudiados y aparecen en general con su carácter exacto, sin tendencia ni al elogio ni al vituperio. Y podríamos decir lo mismo respecto de administraciones tan discutidas como la de don Manuel Montt.

La obra llega hasta la reciente elección del señor Alessandri y tiene el fin de su último capítulo un resumen muy interesante del período anárquico, de 1924 a 1932.

Es un libro que no habría podido ser la obra de un principiante, libro que requería el enorme bagaje de estudio, de investigación y de madura reflexión que ya le conocíamos a este laborioso y erudito historiador. Es el resumen de toda su larga labor de estudioso investigador de la historia de su patria.—C. S. V.

**LOPE DE VEGA** Desde la época del  
**UND SEIN ZEIT- Romanticismo Ale-**  
**TALTER.** (Lope mania no solamente  
de Vega y su época, ha hecho mucho pa-  
ca), por Karl. ra el conocimiento y  
Vossler. Munich. la divulgación de la  
cultura española, si-

no que sus mejores hombres han anhelado utilizar las fuerzas creadoras de dicha cultura para su nación, presentando las obras literarias españolas en buenas traducciones como obras de modelo. En este sentido, Herder daba nueva vida al «Romancero del Cid»; Tieck traducía el «Quijote» y Grillparser luchaba por el restablecimiento de Lope, ya casi olvidado en su propia patria. Fué el gran mérito de Menéndez y Pelayo restituir a Lope a su pueblo. Después, la ciencia alemana no ha tardado en atribuir a este poeta aquel papel que en la historia literaria le corresponde; pero el libro de Vossler quiere ser más que una biografía científica. El autor se vuelve directamente a los poetas modernos, que aspiran a extraer un arte a la vez personal y popular de la comunidad religiosa y nacional, poniéndoles de manifiesto con qué admirable perfección el poeta español ha alcanzado ya el ideal deseado por ellos.

Vossler nos presenta a Lope como pura manifestación de la cultura de su país. El poeta no era revolucionario, ni era crítico, casi no era innovador; pero aunque en plena armonía con su ambiente cultural, Lope, como ningún otro, ha contribuido a enriquecer este ambiente. Con la más grande delicadeza, Vossler ha penetrado en la estructura de la época de su héroe. Con un talento casi poético nos hace vivir aquellos tiempos, hablando de sus fiestas y teatros, de sus ciudades y de sus hombres. Trata en fórmulas sumamente logradas del carácter y la cultura españoles, de manera que este libro ofrece esclarecimientos a todos los que se ocupen filosóficamente del gran problema «España».

El mérito del autor es todavía más grande, si se considera hasta qué grado es difícil la orientación en ese mundo de obras que

ha producido el poeta. Por eso es muy justificada la pretensión de Vossler, de liberar a Lope de la cárcel de su «esquema dramático». Es decir, coleccionar sendas escenas en las cuales se manifiesta su genio de una manera más pura. «Que le concedan al fin la calma de reflexionar sobre sí mismo, esa calma que se tomaron durante su vida otros grandes dramaturgos como Shakespeare y Racine».

El mismo autor nos ofrece un ramillete de flores cuidadosamente cogido en los vastos campos poéticos de Lope de Vega, en forma de una traducción magistral, en lenguaje fino, rico y flexible. Así, los versos del poeta encontrarán el camino directo del corazón del lector alemán. De esta manera, los alemanes comprenderán todavía mejor a Lope de Vega y a su España, siendo un buen símbolo el dedicar Vossler su obra a D. Ramón Menéndez Pidal, «al gran sabio, verdadero español y buen amigo».—Manfred Sancmann.

**LA ACCIÓN DE- El Profesor Prieto**  
**CLARATIVA,** Castro presenta en la  
por Leonarco monografía que lleva  
Prieto Castro. este título un acaba-  
(Un estudio de histo- do trabajo de investiga-  
ria, doctrina y legis- ción sobre uno  
lación procesa- de los temas de  
les). Edit. Reus, mayor interés en el  
Madrid, 1932. Derecho procesal mo-  
derno.

Nos referimos a la llamada «acción declarativa», cuyo ejercicio supone la solicitud hecha al tribunal de que declare simplemente la existencia o inexistencia de una relación jurídica, en oposición a la acción corrientemente conocida, que representa, conforme a la concepción clásica, «persecución» de un derecho en juicio, solicitud de una condena judicial que imponga al demandado el cumplimiento de determinada prestación».

La dogmática de la acción declarativa comienza cuando la ordenanza procesal alemana da validez general en todo el territorio del Imperio Alemán a esa figura procesal mediante el contenido del artículo 231 (hoy párrafo 256) de dicha Ordenanza. Pero el movimiento doctrinal que el análisis de la acción declarativa y la investigación de sus antecedentes suscita en Alemania, y que halla relativo eco en otros países, como Italia y Francia, no deja huella alguna en los estudios de los procesalistas españoles hasta llegar a unos pocos autores de nuestra época, singularmente el prof. Becerra. El señor Prieto Castro señala la culpa que en este retraso incumbe a la jurisprudencia que, en lugar de seguir una trayectoria análoga a la de otros países, se ha aferrado a una vieja, y ya inservible figura, la de la acción de jactancia, en los pocos casos que ha tenido que resolver en relación con la idea de la acción declarativa.

El Profesor Prieto examina detenidamente en el primer capítulo de su monografía los antecedentes históricos de la cuestión, mostrando la fórmula de la ordenanza procesal alemana como la condensación de una labor

todavía no terminada por completo, que puede considerarse comenzada en el Derecho Romano, continuada en los Estatutos italianos y en el Derecho Canónico, desenvuelta con fines científicos por los juristas alemanes a partir del siglo XIX, y hoy cristalizada en aplicaciones a múltiples casos en las legislaciones de los pueblos más progresistas, singularmente Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Italia y, en medida más escasa Francia.

Con relación al Derecho romano, y en contra de quienes, como Degenkolb, piensan que en el sistema romano está el origen de la acción de la declaración, en el sentido que hoy tiene, por ejemplo, en el derecho alemán, el señor Prieto Castro pone de relieve que, merced al concepto de la acción, el proceso en Roma no tiene, esencialmente, otro fin que la condena a una prestación, y que en los «*praejudicia*» del Derecho romano, no se hace sino plantear ciertas cuestiones de hecho o de derecho, cuya resolución podía ser de interés para un litigio posterior, pero sin que ello autorice a pensar que los romanos tuvieran consciencia de la idea de «*declaración*» del derecho, en el sentido actual. El Derecho romano no hace, en este punto, más que proporcionar a la doctrina medioeval los puntos exteriores de apoyo y determinadas inquietudes teóricas.

Más decisivo influjo tiene en la elaboración histórica de la «*acción declarativa*» la tradición procesal germánica, en que las partes preguntan al Tribunal qué es lo justo en la cuestión por ellas debatido y en que la sentencia, respuesta a la expresada pregunta, es siempre una «*declaración*»; para entrar en el período de ejecución se necesita otra sentencia.

El Derecho germánico conoció casos especiales de declaración, como el «*litigio entre pretendientes*» y la «*provocatio ad agendum*», aparte de otros varios medios para obtener la declaración del derecho y cuya construcción tuvo lugar más tarde en Italia.

El autor estudia el papel que en esta evolución han desempeñado los derechos estatuarios medioevales, el Derecho canónico y la jurisprudencia italiana, y, al examinar la etapa correspondiente en esa evolución al Derecho común, recuerda la aportación que a esta materia representan las opiniones de los juristas españoles Suárez, Menchaca, Covarrubias, Gregorio López y otros.

En el capítulo segundo, el Profesor Prieto se ocupa del concepto de la acción declarativa, haciendo una interesante exposición crítica de las teorías sustentadas por diferentes autores alemanes, franceses e italianos, y, principalmente de la sugestiva doctrina de Adolfo Wach, con su original concepto del proceso y de la acción, como un derecho, ésta, a la tutela jurídica. El fin del proceso—hace notar Wach—no es el de las partes; el actor determina el objeto, no el fin, del proceso, y éste tiene siempre un mismo fin, la salvaguardia de la justicia por medio de la jurisdicción, fin que se satisface, por consiguiente, tanto por la condena como por la absolución del demandado. La pretensión o acción civil del actor en el sentido de un de-

recho que necesita, para su satisfacción, la exigencia de una prestación, no es más que «*uno*» de los muchos objetos posibles de la demanda.

En sucesivos capítulos trata el autor de la delimitación del concepto de la acción declarativa (posición de la acción declarativa frente al derecho material y relaciones entre declaración y condena) y de las aplicaciones del concepto en el derecho positivo de Alemania, Italia, Francia, países de habla inglesa, y, finalmente, España.

Respecto a la situación del problema en nuestro país, donde, por un lado, aunque existen algunos preceptos de declaración especial, no hay en la Ley de Enjuiciamiento civil ninguna disposición semejante a la del párrafo 256 del Código procesal civil de Alemania, y, por otro lado, la jurisprudencia no ha intentado esfuerzo alguno de adaptación a nuestro sistema de ideas generalizadas en la práctica de otros países, cuyos tribunales han dado valor a la acción declarativa antes de que se hallara ésta consagrada expresamente en las leyes, el Profesor Prieto Castro señala la manera anacrónica cómo, con escaso o ningún fundamento, nuestro Tribunal Supremo ha echado mano por dos veces, en sus sentencias de 15 de Julio de 1882 y 27 de Septiembre de 1912, de la vetusta acción de jactancia, creación de un Código del siglo XIII poco apropiada, naturalmente, para llenar necesidades y resolver problemas de nuestro tiempo.

El documentado trabajo del señor Prieto, concebido y realizado del modo inteligente que acusaban ya anteriores publicaciones del autor, constituye una valiosa contribución a la técnica jurídica que conforme al ideal manifestado en esta monografía, ha de infiltrar con el tiempo nueva vida en la práctica procesal de nuestro país.—(«*Universidad*», Zaragoza).—L. Sancho Seral.

**CARRERA, por** Perdonará el autor Eugenio Orrego tor primero y luego Vicuña, Editorial el lector, mi poca Prensas de la Universidad de Chile. competencia para la crítica de obras teatrales. Es la primera

vez que voy a ejecutar semejante labor. El teatro, se ha dicho, es la representación de la vida en acción. Por lo tanto, el parlamento debe ser breve y nervioso. Breve para producir la sensación del cambio, y nervioso para dar la impresión dramática.

En el drama histórico de Orrego están, en general, consideradas ambas condiciones. La lectura, por consiguiente, se hace fácil. Los caracteres están bien observados y el lenguaje corresponde a la gente culta que actúa.

Se destaca el caudillo valiente, ambicioso e idealista que fué José Miguel Carrera. Javiera Carrera se alza como la gran dama de la época. Los demás personajes, aunque bien diseñados y con peculiar psicología, están en un plano más modesto.

El drama de Orrego Vicuña se lee con interés y gusto. Pero he aquí una interrogación que nerviosamente me solicita: ¿El teatro

debe componerse para ser representado o leído, o debe ser leído y representado? La obra teatral en pueblo de tan escasa actividad dramática como Chile, es indudable que la pieza de teatro debe ser leída más bien que vista en representación. Es, asimismo, indudable que el teatro que se lee da una impresión más precisa e intelectual. Sin embargo, al ser el teatro vida en representación es en las tablas donde un libro dramático alcanza todo su significado.

La obra de Eugenio Orrego, de seguro, ganaría popularidad y llegaría a impresionar al público, si llegase a los escenarios.

Ahora dos palabras sobre la tarea editorial de la Universidad de Chile. Desde que un funcionario inteligente hizo adquirir al alto Instituto una imprenta, se ha ido sistematizando la publicidad.

La editorial de la Universidad puede, con el tiempo, llegar a ser un verdadero foco de difusión cultural. Las obras que se publican en ese Departamento, hasta hoy, acusan buena calidad ideológica y buen gusto en su presentación.—Norberto Pinilla.

**PATOLOGÍA CONSTITUCIONAL, por el Profesor Julio Bauer (de Viena).** Traducida de la última edición alemana por el profesor Oliver Pascual. Barcelona.

Saludemos la aparición del libro del profesor vienés Bauer como un verdadero acontecimiento científico. Su solo título: «Patología constitucional», expresa el rotundo

desvío del autor hacia el manido sendero empleado por todos los tratadistas para recopilar y ordenar los múltiples síndromes de la patología interna.

El libro de Bauer marca una nueva orientación en la medicina. En todas sus páginas vibra una inquietud renovadora, que le hace estudiar y desmenuzar las enfermedades, con el influjo imperativo del «factor individual». Todas las entidades patológicas se hacen dispares al presentarse en uno u otro individuo. Por eso el ilustre profesor, ante un enfermo, remueve y plantea todos aquellos datos que pueden conducir a la «individualización de su enfermedad». Ese es el rumbo de la medicina de hoy, al que en lo sucesivo ningún profesional podrá sustraerse.

Hace ya bastante tiempo que los nuevos derroteros fueron entusiásticamente aceptados por los mayores prestigios médicos de la Europa Central. Los innumerables trabajos hechos en los últimos veinte años sobre la herencia y la predisposición en las enfermedades internas han sido recogidos en la obra de Bauer con una admirable unidad espiritual de contenido. Bauer, gran clínico y maestro, pone al servicio de su «patología constitucional» un formidable caudal de conocimientos, extraído del maravilloso índice bibliográfico complemento de la alta envergadura de su labor.

La obra no es ni será monopolio de médicos internistas. El valor práctico de esa nueva orientación le hace indispensable para todos los médicos de todas las especialidades que deseen extender el núcleo de sus conoci-

mientos. En el estudio de esa nueva disciplina encontraremos una comprensión más fácil de los arduos problemas patogénicos y una mayor abundancia de recursos terapéuticos.

Eusebio Oliver Pascual, el joven profesor de Patología Médica, más que traductor fidedigno de la obra de Bauer, ha sido en esta edición española un colaborador ilustre del profesor vienés. Su labor revisora y sus múltiples anotaciones desparramadas a través del texto proclaman su identificación con la obra traducida, de la que justamente dice Oliver en su breve prólogo «no tiene pareja en la bibliografía médica mundial».—Dr S. B.

**CORRESPONDENCIA DIPLOMÁTICA CONCERNIENTE A LA INDEPENDENCIA DE LAS NACIONES LATINO-AMERICANAS.**

La Dotación Carnegie para la paz internacional ha publicado una obra de excepcional importancia para el conocimiento de la historia americana. Trátase de las comuni-

caciones reservadas entre los agentes diplomáticos y consulares de los Estados Unidos acreditados ante diversos países y su gobierno, referentes a la independencia americana.

Desde luego, esto supone también un intercambio epistolar entre los gobiernos de los mismos países y el de la Unión.

Los seis volúmenes de que consta la obra contienen las comunicaciones de los Estados Unidos, Argentina, Brasil, América Central, Chile, Colombia, Francia, Gran Bretaña, Méjico, Países Bajos, Perú, Rusia, España y Uruguay. Como se ve, la independencia de América tenía una repercusión mundial. Los intereses que entraban en juego distaban mucho de limitarse a esta parte del continente. La simpatía con que los Estados Unidos contemplaban el desarrollo de los sucesos, se patentiza al través de esta nutrida correspondencia. A este respecto nada más elocuente que la información de los dos primeros tomos, que contienen las notas dirigidas por el gobierno de los Estados Unidos a sus representantes en América y Europa y la de sus agentes en la Argentina.

La política de la Unión con respecto a las colonias españolas ya se refleja en la primera comunicación de aquel país a su ministro en Francia, dirigida el 17 de Abril de 1809. En junio de 1810 el secretario de Estado, Robert Smith, escribía a Joel Roberts Poinsett, nombrado agente especial de los Estados Unidos en la América del Sur: «Tratará usted, siempre que lo exijan las circunstancias, de difundir la impresión de que los Estados Unidos abrigan la más sincera buena voluntad hacia los pueblos de la América Española, como que son vecinos, como que pertenecen a esta misma parte del globo y como que tienen un mutuo interés en cultivar relaciones amistosas con ellos; que estas disposiciones existirán cualquiera que sea su sistema interno o sus relaciones con Europa, en las cuales no pretendemos intervenir de ningún modo; y que en caso de que ocurra una separación política de la Madre Pa-

tria, y de que se establezca un sistema independiente de gobierno nacional, estará de acuerdo con los sentimientos y la política de los Estados Unidos promover las más amistosas relaciones y el más liberal intercambio entre los habitantes de este hemisferio, por tener todos un interés común y hallarse bajo una obligación común también de mantener ese sistema de paz, justicia y buena voluntad, que es la única fuente de la felicidad de las naciones».

Como una prueba del interés que los Estados Unidos se tomaban en los asuntos de América, transcribimos lo siguiente de las instrucciones que John Quincy Adams transmitió al ministro en la Gran Bretaña en Mayo de 1818: «Usted hará ver que si la alianza europea se propone emprender conjuntamente el arreglo de los asuntos de España con la América del Sur, los Estados Unidos tienen tan profundo interés en el resultado que, por su parte, la alianza no podrá sino hacerles justicia suministrándoles informe claro, explícito y pronto, no sólo de sus actos, sino de sus intenciones, no sólo de sus decisiones finales sino de las proposiciones de cada uno de sus miembros. Si ellos no creyeran conveniente «consultar» a los Estados Unidos antes de llegar a sus conclusiones, esperarán, en consecuencia, que los Estados Unidos lleguen a sus conclusiones sin consultarlos a ellos. Lo que pedimos y lo que prometemos es aviso inmediato de lo que está hecho y de lo que se intenta hacer.

**GOETHE DESDE DENTRO, EL PUNTO DE VISTA DE LAS ARTES. EL HOMBRE INTERESANTE;** por José Ortega y Gasset. Madrid.

Gasset, escritor maravillosamente dotado y singularmente pertrechado para el oficio de las letras, nos da en esta ocasión, como de uso, amplios márgenes de discrepancia. En la angostura de un artículo no se ha de pretender abarcar ni aun por lo somero el análisis de todo el volumen. Nos limitaremos, pues al estudio y consideración de un sólo ensayo, el inicial—«Pidiendo un Goethe desde dentro» (cic)—caerichosamente sugestivo.

Allá por la primavera del año último, con ocasión del centenario de Goethe, escribe Ortega y Gasset para la revista berlinesa «Die Neue Rundschau», y aun para su propia revista, una carta a un alemán amigo. Este alemán amigo había solicitado de él unas páginas sobre Goethe, «algo sobre Goethe», como Ortega dice. Pues bien: Ortega se ve en el trance de rehusar, en cierto modo. Y digo en cierto modo porque, en realidad, de verdad Ortega escribe esas páginas; pero las escribe rehusando y endosando a su amigo, a través de una larga paréntesis, la tarea de escribir como cumple, no sobre el autor, sino desde dentro del autor de «Goetz von Berlichingen».

La postura que adopta Ortega y Gasset ante la petición de su colega es peregrina. No dice: Voy a intentar decir algo a propósito de Goethe; no balbuce, con modestia y orgullo, como Eckermann: «He aquí mi Goethe», sino que situándose a mil codos de altura sobre el peticionario inoportuno le lanza, con timbre acedo de rescripto inapelable, una copiosa monserga. «En primer término—viene a decirle—, yo no estoy para centenarios. Ni usted tampoco lo está. Ni ningún europeo que se estime. Somos unos proletarios indigentes. ¿Qué ha sido de nuestro peculio? Búsquelo usted si le place, en el seno de las «madres» goethianas. Los métodos que nos legó el pasado no nos sirven. ¿Cómo afrontar todo un horizonte de problemas con los útiles ya inútiles de un patrimonio inexistente? Cuenta de finiquito que denuncia el fraude. ¡Ah! Pero Goethe es el espécimen del patricio, del heredero espiritual. Goethe si recibió un legado cuantioso, unos bienes patrimoniales insignes. Y sin embargo, Goethe no hizo gran cosa. Fué simplemente un probo administrador de las rentas recibidas.

Pero vamos a lo esencial. Haga usted, escriba usted, ajustándose a las normas que yo le dicto o insufló, su Goethe, que no ha de ser el suyo, sino el Goethe escueto que fué Goethe. No incurra usted en la inepticia de girar en torno a él, como han hecho hasta hoy sus biógrafos. Basta de externidades. Goethe tiene ya su estatua. Es menester actuar desde los entresijos. Yo postulo la necesidad y urgencia de su resurrección; la necesidad y urgencia de un Goethe redivivo y grávido—para la fundación crítica, claro está—, que lleve en sus propias entrañas al crítico sagaz y escrupuloso que lo ha de definir. Métese usted, pues, de rondón, como polizón experto, en el yo goethiano insobornable, que no es, naturalmente, ni su cuerpo ni su alma, sino su vida predeterminada, el proyecto de existencia que fué Goethe. Aquilate usted si el coautor del «Xenien» estuvo atento a realizar su problema, a realizarse, o si, por el contrario, lo trató de rehuir o escamotear, escamoteándose a sí mismo, frustrándose. Esto es de suma importancia. Ya usted sabe que la vocación justifica y da autenticidad a la existencia. Urge que usted indague cual es la vocación vital de Goethe. Pero no involucre. Mucho ojo. Constate usted la fidelidad de ese hombre para con su destino singular. Yo no prejuzgo. Pero usted echará de ver desde un principio que la vida de Goethe fué una vida «a rebours». «El mal humor insistente es un síntoma demasiado claro de que un hombre vive contra su vocación.» Otro síntoma no menos evidente de lo que digo es la «tiesura», el «andar» perpendicular, de Goethe. Si Goethe hubiera ido de consuno con su vocación. ¿Cómo imaginario tieso y rígido, llevando su cuerpo como se lleva en las procesiones un estandarite? Yo no prejuzgo; «pero conste» que Goethe fué constantemente infiel a su destino. De ahí su permanente mal humor, su tiesura, su distancia del propio contorno, su amargo gesto. Por otra parte, lo de sus fugas amorosas es harto elocuente. Apunte usted si gusta: Gretchen (Margarita), Ana Catali-

na o Katchen, Federica, Carlota (la de Kestner), Isabel o Lili, Carlota von Stein, Cristiana Vulpius, Mariana... ¿Usted imagina que un hombre que va al unísono con su vocación puede desperdigarse a lo largo de tal número de mujeres? En la vida de Goethe hay demasiadas fugas. Y sin embargo, la vocación de Goethe es obvia. Si hay algo claro en el mundo, es precisamente la vocación de este hombre. «Goethe tenía un destino radical de alondra. Había brotado en el planeta con la misión de ser un escritor alemán encargado de revolucionar la literatura de su país, y al través de su país, la del mundo». Pero Goethe, que fué a Weimar, no revolucionó nada, limitándose como ya le dije, a administrar prudentemente su peculio. La corte liliputiense de Weimar lo conquistó—¡a veinte kilómetros de Jenal—en los vagidos de su propia personalidad. Eso fué todo».

Así resumo yo, brevemente, pero no a la ligera, la actitud que adopta Ortega y Gasset al encararse y, descarsarse con Goethe. ¡Ya es trizeza! Los esguinces humorísticos con que pretendo ocultar la penosa impresión que me producen estas equívocas e inequívocas páginas de Ortega no disminuyen en absoluto la consideración que me merece la labor literaria del inteligente y selecto catedrático de la Universidad de Madrid. Pero esta nueva postura de Ortega y Gasset le reputo inadmisiblemente, y consigno mi protesta. Puedo—¡naturalmente!—equivocarme. A lo mejor, Ortega y Gasset, que, como él mismo reconoce, se anticipa a su época, esto es, antevé, y antevé, en su opinión certeramente, como intelecto infalible y progenerado, esté en lo cierto. Y a lo peor, quien eso escribe, crítico inope e incipiente, en fáfara, incurre en ceguedad y en error sin disculpa. Pero conste que me produce desazón y alarma oír de labios de Ortega, y a propósito del poeta alemán, tan descomedidas y capciosas hipérboles. Sí, me produce desazón la injusticia. Una hipérbole es siempre injusticia. Y la misión del crítico no es precisamente la de hiperbolizar a mansalva, valiéndose de los fuegos de artificio que enciende la retórica. No, no oculto mi desazón ni mi alarma. Las tonterías del tonto están desprovistas de contagiosidad y virulencia, son innocuos. El tonto carece de crédito intelectual, y su especie no cunde. Pero las... inexactitudes de un hombre de talento, de un hombre a quien se atribuye solvencia mental de primer orden, pueden producir, y producen de hecho, incontables estragos.

«La vida es lo que hay que hacer», dice Ortega. Exactamente. Ahora bien: ¿no es que hacer considerable, auténtico, y por ende cabal, el que hacer conseguido de Goethe? Estos títulos—«Fausto», «Wérther», «Wilhelm Meíster», «Hermán y Dorotea», «Afinidades electivas», etc., etc.—¿no son realidades vitales que bastan para enchir cumplidamente una vida y para poner en la cima de una vocación la enseña de lo incontrovertible? Y Goethe no fué sólo eso, no fué sólo el autor de esas obras. Su vida como obra, poesía y verdad, es asimismo realidad absoluta que cuenta. Si en sazón de

mocedad aun, y como escuela de sus amores con Ana Catalina Schoenkopf, el poeta, para no llamarse a engaño, se hizo a sí propio la merced de estilizar sus angustias y trocar en poesía cuanto pudiera afectarlo, ¿se le ha de reprochar como maniobra fraudulenta este modo legítimo de señorear sus pasiones? Pero Goethe, además de ser Goethe, el Goethe público, el de sus obras de excepción ecuménicas, y el coautor de su vida, como lo es siempre un hombre de verdad y de verdades, auténtico, fué otra porción de cosas. Las tentativas y los logros de índole teatral que llevó a cabo con Schiller no son añadidura superflua en la vida de Goethe, y aun sus intervenciones en los negocios públicos de Weimar constituyen una aportación nada desdeñable. Pero no voy a caer en el prurito infantil de enumerar la copia de realidades que extrajo Goethe del hondón de su existencia... en entredicho. No creo yo, ni nadie cree, que la atmósfera espiritual de Weimar fuese la más propicia para el desarrollo de su genio. Mas no es posible suponer que la vida de Goethe, por el sólo hecho de haberse recluso y aislado—¡relativamente!—en Weimar, fué, sin remisión posible, una falsa tendencia, un yerro definitivo de su vocación. Goethe advirtió que «cada uno gira en torno a su propio peso, sin premura, pero sin descanso, como las estrellas» (frase feliz, que por cierto tradujo y se apropió Ortega. ¡licitamente, esto es, almidonándola con su apresto inconfundible—«Hay que ir sin prisa y sin pausa, como la estrella»—, con un pretexto de índole política). Goethe, en efecto, no fué feliz. A los setenta y cinco años de existencia, confesaba a Eckermann no haber gozado sino cuatro semanas de dicha. Anduvo siempre preocupado. Pero «estar preocupado es ser inteligente». Asido a la naturaleza, que no se equivoca, supo que la fantasía está más cerca de esa naturaleza que la propia sensibilidad. ¡La vocación de Goethe! Goethe escribió que cada uno no debía tomar en serio sino su propio oficio, y lo demás, alegremente. A él le interesaba más componer unos versos que las cosas más importantes. Y sabía que escribiendo esos versos cumplía su deber, se ajustaba a su destino. ¿Pudo extrañarse un hombre como Goethe? No hay que hablar de extravíos momentáneos, que equivalen al morrión o vértigo del águila caudal al filo de las cumbres. Extravíos pasajeros sí los tuvo, y aun errores que aherrojó en su pertinacia. Apenas sí se concibe cómo Goethe pudo decir, por ejemplo, que «una novela no es sino un suceso desacostumbrado». Tampoco acierta uno a explicarse la devoción que sentía por Béranger. Y aun menos su inadmisiblemente degustación de lo «importante». Cuando Goethe le dice a Eckermann: «Esta mañana estubo a verme el gran duque; la gran duquesa me ha anunciado su visita al mediodía. Estas visitas he de embellecerlas como una merced, y ellas embellecen mi vida; pero me plantean graves exigencias, porque tengo que pensar en decir algo nuevo a tan elevadas personas y entreteñerlas dignamente»; cuando Goethe le dice esto a Eckermann y uno lo lee, se abomina

de Weímar, de Eckermann e incluso del propio Goethe. Pero estas minucias son eso: minucias que nada afectan a la irreprochable autenticidad de su genio. Incluso la «teoría de los colores», su lado flaco pseudo científico, que fué, sin duda de ningún género, una falsa tendencia, no dejó de producir su fruto (como siempre lo produce, según él, una falsa tendencia). No. Goethe no fué infiel a su destino. Como supo aferrarse al presente en su día, en sus días, sabiendo que cada situación, cada momento, «tiene un valor infinito, porque representa toda una eternidad». Goethe es un claro futuro eviterno. Desde el ápice de su espíritu señero, de altanería («en realidad estamos siempre solos»), nos alumbró y confortó a su luz inmarcesible. Agradecemoslo, porque «el hombre necesita claridad y alivio».—Juan José Doménchina.

**SISTEMA DE FILOSOFIA DEL DERECHO, por C. Martínez Paz.** Córdoba.

He aquí un libro que puede presentarse «más acá» del Atlántico en cualquier de los países que han hecho del cultivo desinteresado del derecho y de la política uno de los entretenimientos educadores del espíritu. Libro de erudición y de doctrinas, este «Sistema de Filosofía del Derecho» del profesor de Córdoba—de la histórica Córdoba [argentina— doctor Martínez Paz, revela una simpática preocupación por las tareas ideales, y una amplia lectura hábil y serenamente utilizada. Bien se advierte, como el autor nos dice, que su libro ha nacido de los esfuerzos de la cátedra y ha sido escrito para ella. ¡Perfecto! La cátedra es para mí santuario. Nada satisface ni emociona tanto como la contemplación de ese recogimiento espiritual en lo íntimo de una enseñanza, recogimiento exigido como condición primaria para el estudio de las ideas puras o puramente consideradas, y para todo esfuerzo que ambicione descender hasta la raíz misma de las cosas, «al plantearse de nuevo los eternos problemas». Se ha de huir, eso pide la cátedra noblemente servida. Se ha de huir del mundanal ruido de los intereses inmediatos y muy especialmente en momentos como los presentes de agitaciones convulsivas, dominada el alma de las multitudes por el desate más fiero de los apetitos que registra la historia.

Pero de esa clase de recogimientos de almas selectas vendrá algún día la luz ansiada, y que con creciente apremio necesitan las sociedades modernas, en trágica descomposición, amenazadas de un gran desmoronamiento, en crisis total de ideas, de valores y de intereses... crisis que hace pensar a muchos en la quiebra irremediable de nuestra civilización. Estima Jaspers («Die geistige Situation der Zeit») que la crisis de nuestra época es radical y profunda, y de toda la civilización occidental: nada es estable, dice, todo es problemático, parece como si hubiéramos roto definitivamente con el pasado histórico...

Y por eso importa, como nunca, esforzar-

se—función augusta del hombre de buena voluntad—a fin de evitar que el desmoronamiento se consume, reelaborando los ideales que han de procurar a la humanidad nuevos motivos de entusiasmo y de amor a la vida, a lo más noble de ella, que es y será y lo fué siempre la vida del espíritu, y en la del espíritu, la del «espíritu social», que pide como ambiente la ciudad, «polis», según la concebían Platón y Aristóteles, para quien, para Aristóteles, la ciudad, digamos el Estado, existe para la vida buena.

Pero vuelvo al libro del profesor argentino. De excelente construcción, de información abundante, de dicción clara, es aquel libro de corte universitario, que los alumnos de la vieja escuela de Córdoba—tan agitada a veces—podrán utilizar con fruto en la cátedra de su maestro. Por mi parte he recorrido las páginas de este «Sistema de Filosofía del Derecho» dominado por intensa curiosidad, y con la esperanza de encontrar en ellas datos y aun apoyos, para cierta operación reconstructiva—que hace tiempo intento—del pensamiento filosófico jurídico y político «hispano», tomando lo de hispano o hispánico en su sentido más amplio, que permite—o debe permitir—enlazar la tradición gloriosa de nuestra gran época—del XVI y XVII—personificada en los teólogos, moralistas y filósofos... con los «renaceres» luminosos de aquel pensamiento filosófico-jurídico y político, producidos en el viejo solar peninsular, ya en nuestros días.

Ciertamente que esos «renaceres» en el viejo solar hispano—en su siglo XIX—han debido a menudo palidecer ante el brillo y la fuerza expansiva de las grandes especulaciones modernas, y ello explica que no siempre se hayan tomado en cuenta, en perspectivas generales, tales renaceres del pensamiento hispano. Pero aparte de que alguna de las construcciones jurídicas—y políticas—modernas, que han alcanzado más boga, no se podría considerar de brillo más esplendoroso que otras de nuestros renaceres, desde el punto de vista de las exigencias de una filosofía rigurosa y profunda; tal el caso ejemplar de la labor de Duguit, aparte de esto, digo, la tradición gloriosamente personificada por nuestros teólogos, filósofos, moralistas, debería interesar muy en primer término, a los cultivadores de la filosofía del derecho o del Estado, de los pueblos de lengua y genio hispanos. Nos dan el ejemplo escritores de la otra América—la del Norte—que dedican sendos capítulos en sus historias del pensamiento político a nuestros filósofos y juristas de los pasados siglos. Bastaría recordar la obra de Getell (His. of Pol. Thought), o bien la de Dunning («A Hist. of Pol. Theories»). Del propio modo que no es posible hoy intentar una sistematización del derecho internacional, olvidando a Vitoria, no cabe prescindir v. g. de Suárez, en la sistematización del Derecho y del Estado.

Es a mi juicio una tarea digna del mayor encomio la que realizan aquí investigadores entusiastas en los campos de la filosofía del derecho (como Recasens Siches) o de la historia del derecho (como Rianza) al estudiar la obra de los grandes filósofos-juristas de

nuestra gran época, especialmente la de Suárez. Sus trabajos facilitan la operación a que antes me refiero, consistente en buscar el enlace entre la actitud espiritual—de base «ética»—de aquellos filósofos y juristas gigantes como los místicos, con la de los pensadores modernos que han provocado los renaceres a que antes aludo, y que culminan en la obra del maestro D. Francisco Giner: obra contenida en sus libros capitales para el caso («Principios de Derecho Natural», «Resumen de Filosofía del Derecho», «La Persona Social»)... y difundida como influjo renovador por tantas generaciones de discípulos merced a las enseñanzas de su cátedra de Filosofía del Derecho de la Universidad de Madrid.

Sería para nosotros de gran utilidad encontrar ese enlace y establecer por tal modo el parentesco que necesariamente existe entre el pensamiento español personificado por los Vitoria, Suárez, Soto, Molina... y el elaborado por Giner y sus discípulos.

Por otra parte, una perspectiva bien determinada del proceso de las doctrinas modernas sobre derecho y Estado—en el solar hispano—debería, creo yo, escudriñar las razones—si ellas existen—merced a las cuales Pedró Dorado (otro gran jurista filósofo de nuestro tiempo y renovador con Concepción Arenal, del derecho penal) ha podido hablar—en «El Derecho y sus sacerdotes»—de una escuela española de Filosofía del Derecho, asentada, como en su base, dice Fernando de los Ríos («La Filosofía del Derecho» de D. Francisco Giner) en la fidelidad al principio de la «inmanencia del Derecho», y en una concepción muy propia de las relaciones del derecho con la coacción.

La consideración de esta escuela española pondrá, a quien procure definirla y determinar sus antecedentes inmediatos, en la relación directa con uno de los movimientos más serios y fecundos de la moderna filosofía del derecho y del Estado, a saber, el suscitado por Krause y sus discípulos Ahrens y Roder, y que tanto ha influido en las teorías de Karl Mario y de Schafüe, así como en las concepciones de Stein, de Mohl, de Gierke, etc., etc., como el señor Martínez Paz habrá visto en el excelente trabajo del M. Curvich sobre «L'Idée du Droit Social» (cuarta parte caps. III a V) del influjo de Krause a través del apostolado de Sanz del Río, proceda históricamente la escuela española de filosofía del derecho, aunque con matices propios que se expliquen en buena parte, como resultado de la reflexión de los cultivadores hispanos—Giner, Costa, Leopoldo Alas, Aldredo Calderón, Adolfo Buylla...

Seguro estoy de que el profesor argentino que se refiere someramente a la filosofía del derecho a que se está haciendo alusión, (V. págs. 90 y 98), no reputará aceptable aquel precipitado y apasionado juicio tantas veces aquí formulado contra D. Julián Sanz del Río, al estimar que éste había sentido una predilección injustificable por Krause (predilección que sintiera de análoga manera y en los mismos días Amiel, compañero de Sanz del Río en Heidelberg). Considera-

ban los que así pensaban que Krause no merecía tal predilección por su insignificancia. Prescindiendo de otras indicaciones y de otras fuentes, el profesor argentino revela conocer la obra antes citada de M. Gurvitch en la que se concede una importancia, en rigor, excepcional, a Krause, a quien coloca en la tradición fichtiana—otros lo ponen en el ciclo schellingiano—«La idea del Derecho social—dice Gurtvitch— y especialmente del derecho social positivo formal desempeñó un papel esencial en el sistema de Krause. Y aun siendo inferior a Fichte en sus concepciones jurídicas, Krause se ha revelado superior a él al saber desde un principio utilizar la noción del derecho social para la oposición entre la sociedad y el Estado y en general para el desenvolvimiento de su asociaciónismo» (pág. 457). «Parecen indiscutible, añade, que Krause así de una manera singularmente profunda el problema de la socialización, relacionándola con la idea del derecho social». La infiltración fecunda de las ideas filosófico-jurídicas de Krause por las doctrinas económico-sociológicas, y jurídico-políticas, puede verse claramente demostrada en varios capítulos de la obra de Gurtvich.

Mi idea es que no se podrá alcanzar una visión clara y exacta del proceso de la filosofía del derecho y del Estado, en la época contemporánea, prescindiendo del genial aporte de la escuela krausista, M. Gurvitch (pág. 498) nos habla de los sistemas jurídicos de la escuela histórica, germanista y krausista.

Y es también mi idea (que especial y cordialmente dedico al profesor de Córdoba Dr. Martínez Paz), que no es posible comprender e interpretar al proceso del pensamiento filosófico hispano, ni el movimiento de ideas que ha provocado la inquietud política presente—sin tomar en cuenta, en todo su valor—la labor «ginerista» en los campos de la filosofía jurídica y del Estado (y en los de la educación nacional).

No puedo ya detenerme, para explicar esa que llamo mi idea. Lo que intentaré en otra ocasión, v. g. cuando me decida a ordenar cierta «Historia breve del «krausismo en España», que hace tiempo me espera, dispersa e incoherente, en numerosas notas.—Adolfo Posada.

**LA POESÍA LÍRICA MEXICANA, por Arturo Torres Riosseco. Santiago.**

En el N.º 95 de la gran revista de la Universidad de Concepción—Atenea—apareció, por primera vez, el ensayo que voy a comentar.

En un pulcro folleto, que Domingo Melfi puso a mi disposición, empuando la lectura del estudio de Torres Riosseco. El tema es incitante.

¿Quién no ha sentido interés por saber algo de México? La República nortina tiene como un mágico sortilegio que prende en el corazón y produce ansia de conocerla. No pierdo la esperanza de pisar el suelo de los aztecas, raza acaso egipcia o judía... Pero quede el anhelo de viaje y la sentimental divagación para oportunidad más propicia.

Emprendo, pues, esta poética peregrinación en compañía de un conocedor y profundo sagaz de la poemática mexicana: Arturo Torres Rioseco. Actual Virgilio, me acompaña por los diversos círculos del orbe lírico de México, y como el vate del Dante, me explica con conocimiento y cariño, la obra de cada poeta.

Según Torres «la poesía ha sido cultivada en México con más intensidad que los otros géneros literarios» (p. 6). Verdad pura. Porque ya en el siglo XVI hay más de trescientos «rimadores» y en el siglo XVII se destaca la figura de gran formato del continente colombino: Sor Juana Inés de la Cruz.

El panorama de Torres se dilata desde esta singular poetisa hasta Xavier Villaurrutia, el gran «poeta completamente intelectualizado» dos de cuyas poesías no resisto a la tentación de reproducir:

Alba:

Lenta y morada—pone ojerás en los cristales— y en la mirada.

Tranvías:

Casas que corren locas—de incendio, huyendo— de sí mismas,—entre los esqueletos de las otras—inmóviles, quemadas ya.

Se señalan con el relieve que le corresponde: Nervo, González Martínez, Díaz Mirón, Alfonso Reyes, Torres Bodet, Jenaro Estrada, López Velarde, etcétera.

Es un ensayo en simpatía y de un hombre competente. «En esta perspectiva—acaso incompleta—puede que los contornos estén acentuados enfáticamente. No he querido que la distancia haga borroso los aspectos». Así termina Torres su logrado, aunque elíptico estudio.

El autor de «Ausencia»—poeta de recia entroncadura en el Romance castellano, de finos matices, de singulares tropos y novedosas metáforas—es un crítico de solvencia literaria. En la lista de sus obras tiene cuatro libros que abarcan este género. Es en su aspecto de crítico que me ha cabido tratarlo primero en esta revisión. De ahí que termine esta glosa con un pedido—puede ser que lea la presente notícula—: dedique a la poesía chilena un ensayo parejo al en que estudia el lirismo mexicano.

Los trabajos críticos nacionales existentes, son de una egestad vergonzosa. Es doloroso tener que escribirlo; pero la verdad debe decirse. Por otra parte, dada la competencia de Torres Rioseco un ensayo en que aborda-se semejante tópico, sería provechoso de todas maneras, aunque se publicasen trabajos parciales al que me permito solicitar.—**Norberto Pinilla.**

**LICORNIUS, por** Cyrano de Bergérac el auténtico, el de los viajes a los Estados del Sol y de la Luna.

John Holbrooke define el licornio así: «Potro de sangre azul, con un cuerno da caza en la frente. Se le ve en las selvas de la Luna una vez cada veinticinco años».

Hacia fines del siglo XVII se bromeó bas-

tante con el licornio. En un acróstico de Diana de Tours se celebra al potro de sangre lunar, en cuyas crines se coge el rocío que prolonga la edad del deseo. Un astrónomo gascón, como Cyrano, bautiza a un cometa con este nombre de resonancia antigua. Y bien: un naturalista, Breal, cazó en 1927 al licornio, al «caballo unicorné», al híbrido, como él decía, que se incluye en la fauna del Brasil extinguida.

Al leer la noticia quisimos saber cuál era el estado civil del licornio en la lengua de que es oriundo. La Academia Francesa tiene ya cuarenta y cinco años cuando define. He aquí la primera edición del diccionario, que es de 1694. Leemos en él: «Licornio S. f. Especie de animal salvaje que nace en la Alta Etiopía y que, según lo que se cuenta, posee un cuerno en la frente, y por lo demás es semejante a un caballo de corta alzada». Ha perdido ya la sangre azul, y su cuerno de montería es un cuerno cualquiera. La versión terrestre del animal que Cyrano vió en la luna es infiel. El mismo Diccionario, en sus ediciones de 1728 y 1740, repite la definición a que aludimos. El cuarto Diccionario, el de 1762, agrega estas líneas: «Hay también licornios de mar, o al menos un pez muy grande que lleva sobre la mandíbula superior un cuerno único. Se ven en los gabinetes de Historia Natural; algunos, de quince y de diez y seis pies de largo».

En poco tiempo, como se ve, el licornio, antes montés, se hace marino y se deja embalsamar por profesores en beneficio de la instrucción pública. Bien es verdad que el Diccionario, en su quinta edición, lo define de nuevo como en 1694. En la sexta, en fin, y en las sucesivas quedó el licornio definitivamente descrito como sigue: «S. f. Cuadrúpedo que, según algunas relaciones, tiene un cuerno en la frente, y por lo demás es bastante parecido a un caballo de corta alzada».

Según la opinión más generalmente admitida hoy, el licornio es un animal fabuloso. En la definición se emplea el condicional, que es el modo de verbo de la prudencia: «no a, sino vaurait une corne au milieu du front».

En 1927, Breal opuso al auratt el a, ya que en su primer informe a la Academia de Ciencias Naturales de Río Janeiro escribió: «Es un caballo con un cuerno corto en la frente, con el que embiste con timidez». Cuando Leonardo pintó sus monstruos, decía: «La Naturaleza los ha imaginado antes que yo. Ignoro donde; pero existen, y son o serán irremediamente como los pinto». El licornio no es irremediamente como Cyrano, el del sin par estoque, que relampagueó conceptualmente en cien duelos, lo pinta en su viaje a la Luna, que es su viaje más corto. Es un licornio menor, «ad usum brasiliensis», aunque no sea aún como el del Diccionario de la Academia Francesa de 1762.

John Holbroke cree que el ejemplar cazado en el Brasil en 1927 no es único, y que la variedad no está ni remotamente extinguida. Alega con la Biología y con la Historia Natural tan frondosa e inextricablemente, que aventurarse en esas páginas es como

perderse en una selva del Amazonas. Pero como todos tenemos ideas más o menos personales sobre el licornio, lo mejor es rodear el libro sin entrar en él.—P.

**AFAN DEL CORAZÓN, por Angel Cruchaga.** «Afan del Corazón» titula Angel Cruchaga su último libro. Es un nombre

con el que sin hacernos ninguna violencia, podríamos bautizar toda su obra poética. El recogimiento religioso, la angustia metafísica, la nobleza interior que hay en los versos de Cruchaga, no son otra cosa que alto y puro afán del corazón.

Quien se asome con un intelecto de amor a la obra de este poeta, tendrá forzosamente que descubrir en él una preocupación reconcentrada y profunda, que a veces llega a adquirir los caracteres de una penetrante obsesión, por todo aquello que queda más allá de la vida y del conocimiento limitado de los hombres.

Desde su primer libro. «Las manos juntas», ha habido en él un idéntico y sostenido anhelo por oradar el misterio con sus voces llenas de inquietud y de angustia, patético drama interior en el que ha encontrado la vena de su poesía triste y metafísica.

Podría decirse, en verdad, que hasta aquí Angel Cruchaga ha escrito un solo poema, del que son notas dispersas cada uno de los libros que, en prosa o en verso, nos han revelado trozos de su mundo interior, en gracia perenne de poesía y de tristeza.

¿No nos decía él mismo en el prólogo del libro de un joven poeta que el descubrimiento que de su propia alma hace todo poeta de verdad es «una romería hacia la tristeza»? Fiel a su destino, Cruchaga ha seguido en esta romería desde «Las manos juntas» hasta «Afan del Corazón», poniendo cada vez de realce en sus libros y sus poemas, una personalidad original aristocrática y doliente.

«Afan del Corazón» trae, a manera de pórtico, unas palabras de Pablo Neruda que habrá que considerar como una clave poética para penetrar en el hermético recinto de la obra lírica de Cruchaga. Hay bellas expresiones, imágenes resplandecientes, frases de músico encanto y también, ¿por qué callarlo? trozos de un retorcimiento geroglífico en que parece que el autor se está burlando finalmente de su prologado y de nosotros, sus preocupados y cavilosos lectores. Posee Neruda la sabiduría de engarzar palabras, que a los que no estamos en el secreto, se nos escurren sin sentido, con un divino don rítmico que las hace gratas a todo espíritu dispuesto a recibir sin prevenciones este género de lírica divagación. ¡Supremo don del poeta que nos hace sentir como bellas las cosas que no comprendemos y, en un gesto de anticipada derrota, renunciamos a comprender!

Comparado con Neruda, nada hay en Cruchaga de insólito, inaudito o sorprendente. Al lado del poeta de «Residencia en la Tierra», tiene Cruchaga la claridad de un clásico. Continúa en el que es, por ahora, su último libro la línea angélica y mística de «Las

manos juntas», que alcanzó su más alta y acendrada perfección en Job, poema en el que Cruchaga hace una libre y exaltada interpretación poética del severo patriarca, eterno en los versículos de fuego de la Biblia.

Han llamado poeta místico a Cruchaga desde su primer libro y merece el dictado por la hondura y pureza de su sentimiento, por ese interminable buscarse a sí mismo, que es toda su poesía, por la inquietud religiosa con que, en el dolor y en el silencio, ha esculpido la belleza de una forma que aspira a la eternidad.

No ha desoído, es cierto, la tentación de las sirenas vanguardistas y ha recurrido en ocasiones a recursos meramente exteriores más frágiles y fugitivos que las hojas que, implacable, barre cada otoño de la faz de la tierra.

Pero, como las hojas han servido esas livianas veleidades del poeta para destacar en un fondo de fragilidad la firme armazón de una poesía purificada y dignificada en un dolor lleno de nobleza.

En la efusión poética ha encontrado Angel Cruchaga la armoniosa compensación de un intenso e incurable dolor humano. No sería difícil encontrar en su último libro una confirmación inmedita a lo que venimos diciendo. Ejemplos: «Porque es tan bella y por que ha sido triste—ámalame mi corazón en la desgracia». «En esta noche que cenizas llueve—(Antes llovía su cabeza en mi hombro)». «Me penetré de ella como un niño de luz». «Y hasta en los brazos de la cruz el día—clavó un leve collar de golondrinas». «Cuando me muera quedarán mis manos—tendidas a la casa donde vives».

La muerte, Jesús, los niños, el corazón florido de los árboles forman el «leitmotiv» de su poesía. De allí que el llanto sea en él armonioso y la herida de su alma la fuente inagotable de un cántico que tiene la pureza de las hostias y de las oraciones aprendidas en la infancia.

El amor tiene acento religioso en los versos de este poeta. Está enamorado de un imposible. Cuando canta al hijo, no es con la plenitud saludable y viril del padre que ha medido en sus brazos el fruto dulce de su amor. Cruchaga canta a un hijo imaginario, un niño soñado junto con el amor a una mujer maravillosa, cuyo espíritu ha encendido la llama triste de su poesía. Hay una patética tragedia humana en la poesía de Angel Cruchaga. Ha traducido en ritmos y en estrofas un haz doliente de anhelos frustrados, ha trasmutado en materia poética todo aquello que ha sido en su vida ansia no alcanzada, esperanza no cumplida, ambición no realizada.

Y, todo esto, sabido, sorprenderá acaso al lector profano no hallar en la poesía de Angel Cruchaga ningún asomo de amargura, ni de protesta, ni de grito, ni de alarido. Todo llega en ella con lento ritmo de gravedad y de tristeza. Diríase que tiene una espina atravesada en el corazón y que, por gracia de la poesía, hasta la espina se le ha perfumado y florecido de canciones.

Y cuando se piensa en todo el fervor de sufrimiento que este poeta guarda en el pecho,

como si en él ocultara una estrella, se ve que él mismo ha tomado su vida como un leño para ofrecerla, con un gesto sencillo, en el ara humilde de los sacrificios.

¡Divino amor que recibe en ofrenda la entrega entera de una vida hecha canción de ritmo grave, lento, religioso y profundo.—  
Roberto Meza Fuentes.

**DAS EWIGE LIED** . No es un hecho desconocido el que los alemanes han sabido apropiarse los grandes poemas nacionales de otros pueblos por medio eterna. La Divina Comedia de Dante. Ensayo sobre su significación). Weimar.

Shakespeare, Cervantes y Dante prueban esta afirmación.

El autor del presente trabajo intenta hacer asequible a un público más extenso «La Divina Comedia» de Dante. En su epílogo dice: «El hombre que no aporta nada más que su vida interior, sin poseer conocimientos especiales sobre Dante ni formación particular religiosa y filosófica, sino disponiendo sólo de una intensa sensibilidad para percibir la verdad, la hermosura y la humanidad tiene que ser capaz de comprender y vivir en la visión de Dante por la fuerza de un modo de vida artísticamente formado». Esta tarea ha sido llevada a feliz término. En los dos tomos poseemos una edición propedéutica del gran poema italiano, que encuentra un complemento adecuado para todos los que quieran profundizar los estudios que suscita, en otras versiones como la de Paul Pochhammer.—M. Furst (Hamburgo).

**A UFRISS DER DEUTSCHEN LITERATURGESCHICHTE NACH NEUEREN GESICHTSPUNKTEN**, por H. A. Korff y W. Linden. (Resumen de la historia de la Literatura alemana desde puntos de vista modernos). Leipzig, y Berlín.

Los sugerentes estudios que integran esta obra se publicaron primeramente en «Zeitschrift für Deutschkunde», y el fin principal que se tuvo al escribirlos y reunirlos ahora, fué presentar una visión original y certera de cada uno de los aspectos principales de la literatura alemana.

Sus autores, especializados cada uno en la materia de que tratan, han tenido un cuidado exquisito de estudiar las distintas evoluciones literarias desde un punto de vista crítico en que no se prescinde del valor representativo de ellas dentro de la vida y el arte, y se enlazan, por el contrario, con el medio social y filosófico de cada período.

Teniendo en cuenta esto, no es preciso encarecer el valor y el interés de este sugestivo volumen. En él estudia el señor Hans Naumann, de modo enteramente nuevo, «la primitiva poesía alemana relacionada con

los orígenes poéticos germánicos». «La poesía caballeresca» es objeto de una atrayente síntesis del señor Friedrich Neumann, que abre nuevos horizontes al estudio de este género literario en toda Europa. No menos interesante para la literatura europea, en general, y particularmente para la española, es el resumen de la «época de la mística», publicado a continuación del anterior por el señor Günther Müller. «El Humanismo y la Reforma» aparecen estudiados con densidad y transparencia por el señor Paul Merker, y los períodos «barroco» de la «ilustración», en originalísimos ensayos de los señores Karl Viëtor y Emil Ermantinger, respectivamente. Dos estudios novísimos y llenos de agudísimas observaciones se dedican a la primera generación de la época de Goethe («Sturm und Drang» y «clasicismo») y a la «segunda generación» de la época de Goethe (Romanticismo). Sus autores son los señores M. A. Korff—uno de los compiladores—y Fritz Strich, que han logrado, sin duda, realizar una de las labores más útiles e interesantes para el centenario del autor de «Fausto». Los dos últimos ensayos del volumen (IX y X) sobre el «período realista y desde el naturismo hasta la nueva objetividad», son obra de los señores Walther Linden—el otro acertadísimo compilador del volumen—y Hermann Pangs, que presentan un breve y completo cuadro de la literatura de los últimos años, tan nuevo y sólido como los anteriores.

En fin, que este amenísimo libro es indispensable para todos aquellos que quieran tener una síntesis originalísima de la literatura alemana, y valiosísimo para todo el que anhele nuevas sugerencias—tan escasa en otros libros—sobre la evolución literaria mundial.—J. de E.

**EL HOMBRE DE LA MONTAÑA**, por Edgardo Garrido Merino. Madrid.

Se dice que la perspectiva es necesaria para contemplar todas las cosas y apreciarlas en su justo valor. Observadas a la distancia, en la lejanía, los contornos se pierden, se esfuman; pero el conjunto, la visión integral, surge nítida y majestuosa. He aquí una manera de ver que siempre se ha considerado como la más eficaz, y la que menos errores provoca en el espectador imparcial. Hay otra que, a nuestro juicio y por razones distintas, ofrece iguales ventajas, vale decir la misma seguridad de percepción: cuando el espectador no pertenece al medio que observa, o lo ve por primera vez. Su impresión no estará así perturbada por el recuerdo de otras anteriores. Es cierto que no siempre una misma cosa presenta a nuestra vista una verdad uniforme y repetida. Diríase que, en materia de visiones, no hay verdades definitivas, sino relativas. Esta misma elasticidad objetiva podría aplicarse a los fenómenos psicológicos. ¿Siempre, una persona determinada nos deja la misma impresión? Tal vez no. Es posible que las líneas fundamentales de un paisaje, de

un hecho, de un ser humano, no varíen; pero los detalles los matices, las pequeñas sinuosidades, cambian constantemente. En todo caso, cambian para nosotros.

Cuando un escritor va a vivir en un medio en que no se ha formado, sobre el cual no posee los recuerdos juveniles que nunca se pierden en absoluto, su «choque» frente a esta nueva realidad será más fuerte, más certero en la captación de ciertos rasgos. Con el alma virgen, desnuda de toda clase de influencias, penetrará mejor en la laberíntica verdad del ámbito que ahora le rodea. Es el caso de ciertos artistas que observan y pintan ambientes que sólo conocieron de nombres, movidos por la inquietud que los llevó a salir del suelo natal en busca de otros horizontes. Es el caso de Alfonso Reyes en «El embrujo de Sevilla» y, en cierto modo, el de Enrique Larreta en «La gloria de don Ramiro». También lo es de Edgardo Garrido Merino en «El hombre en la montaña».

¡Qué magnífica, qué grandiosa novela ha escrito nuestro compatriota en tierras de España, mirando hacia la región pirenaica de los montes ansotanos! El alma compleja de este paisaje peculiar está llena de bellezas, de misterios, de tradiciones que surgen del fondo mismo de la raza hispana. El aliento de un Pereda moderno, que respeta el molde antiguo de la novela y no desdeña los novísimos recursos del lenguaje ni el brillo de las imágenes en el estilo, parece cruzar estas páginas vigorosas, densas; páginas costumbristas—regionalistas en verdad—que viven y perduran por los eternos motivos humanos que ellas reflejan.

Garrido Merino ha descubierto en este paisaje español un sentido religioso, verdaderamente místico, que transmite imponderable y majestuosa belleza a sus descripciones. Todo un pueblo, toda una pequeña humanidad, con sus tipos característicos, sus costumbres pintorescas, su anecdotario secular, sus tradiciones y leyendas, sus ritos y sus fiestas populares, se agita en este libro envuelta por la atmósfera montañesa, que quisiera purificar las almas, limpiarlas de todo egoísmo y de las malas pasiones que enturbian el corazón.

Así piensa, por lo menos, el protagonista del relato, Andrés Lucena. Médico de profesión y un poco vagabundo por naturaleza, llega un buen día Andrés a Fuenclara, en plena montaña, a vivir en casas de unos primos. Ha recorrido demasiado mundo, siéntese ya cansado y quiere respirar el aire tranquilo, cargado de esencias de la tierra, que se mete hasta en las últimas rendijas del hogar de sus antepasados.

«Advirtió la proximidad de Fuenclara al cruzar el puente de Lanuza. Después del túnel, con su osquedad de cántaro fresco, sortearon las peñas de un barranco, y Sallent estuvo a la vista. Se oía el murmullo cantarín del Aguaslimpias encaminándose al Gallego para trasvernar su corriente. Los conos de las montañas destacábanse al fondo del caserío, envueltos en niebla azulosa; el puen-

te viejo erguía sobre el agua su arco romano y las casas componían entre chopos y cipreses una sinfonía en negro y blanco. Eran viviendas de dos y tres pisos, de piedra encajada, que adquiría al sol una pátina marfileña, con los portales y pequeñas aberturas, avaros de reposo interior pintados de verde los maderos de las contraventanas y encaperezadas las techumbres, retejadas de negras pizarras, remedando alas de pájaros, abiertas para proteger un nido».

Pero la tranquilidad no está en Fuenclara, como no se encuentra talvez en ninguna parte, sino en nosotros mismos. Lucena logra obtenerla relativamente, venciendo sus propias pasiones, domeñandolas a fuerza de sacrificios y renunciamientos. Hay algo de simbólico en este personaje creado por Garrido Merino, y en torno de cuya figura, de simpáticos relieves humanos, gira toda la novela y rondan los otros seres de aquel pueblo montañés, encarnación de algunos sentimientos y vicios terrenos: la pasión amorosa, la avaricia, el alcoholismo... Hasta ellos, hasta aquel delicioso y terrible rincón dentro de su primitivismo y pequeñez, trae Andrés Lucena la pasión más alta, la que aclara todas las otras, la pasión de la justicia. Vive empeñado en dar a cada cual lo suyo, y no desmaya en su tarea aunque la ingratitud y los desagradados se levanten en su camino. El hombre sufre crisis espantosas, pero sabe triunfar en sus luchas interiores. La montaña ha operado en su alma una especie de sortilegio purificador, y cumple su destino de ser justo y generoso en medio de las mezquinas pasiones que se cruzan en torno suyo. ¡Noble estampa la de este viajero que cura las dolencias físicas y mitiga los quebrantos del corazón!

«Médico como él nunca lo hubo en los Pirineos. Contaba cuentos a los niños enfermos, les regalaba caramelos en la convalecencia, los mimaba con palabras paternales. Trocaba a sí los suspiros en risas, pues, tenía siempre en los labios una frase amable o chistosa. Pero luego de esas rachas de buen humor declinábale el ánimo. Eran las altas y bajas de un espíritu misántropo, que se fatigaba de los esfuerzos optimistas, como se cansa el hombre de circo de sus proezas alegres».

Junto a Andrés Lucena es preciso recordar al abuelo «Lanillas», imagen bíblica, dulce y suave, del pastor que ama todas las cosas de la tierra con franciscana vehemencia. ¡El «agüelo Lanillas», que no querían que enturbiaran el agua y una noche, cansado de recorrer el monte con sus ovejas, se quedó dormido para siempre, sin que nadie lo advirtiera, junto al fuego reparador, en la cocina de la vieja casa de los Lucena!

Esta novela de Garrido Merino es como un alto magnífico en la carrera del escritor. El dominio de sus facultades intelectuales y creadoras,—su poder evocativo, en una palabra—se advierte desde luego en la armonía que existe entre la pintura del paisaje y la pintura de los personajes; una armonía clásica que no nos permite saber si, en esta obra, las almas aparecen como prolongaciones de la tierra o son ellas las que sienten su

llamado y se doblegan a su dominio. Tal como esa Agustina, mujer apasionada y contenida a la vez, que anhelaba evadirse de su personal destino, que parecía ya libre de su tormento amoroso y tuvo al fin que rendirse a la constancia de Lorenzo el herrador!—Manuel Vega.

**LA INTERPRETACION GEOLOGICA DE LAS MEDICIONES GEOFISICAS APLICADAS A LA PROSPECCION**, por José G. Siñeiz. Publicación del Instituto Geológico y Minero de España. Madrid.

El Instituto Geológico y Minero de España ya en el «Boletín» del año 1928 publicó un interesante volumen sobre la nueva ciencia geofísica aplicada a la minería. Era éste el primer volumen que sobre tan interesante aspecto de la ciencia se publicaba en el

mundo. Reafirma esta honrosa primacía ahora un nuevo trabajo, de mayor amplitud, debido, como aquél, a los desvelos y profundos conocimientos especiales en tal materia del ingeniero de Minas D. José Siñeiz, vocal del Instituto Geológico.

En este nuevo libro, el señor Siñeiz, sin abandonar el aspecto didáctico conveniente para la divulgación de las nuevas teorías, tiende al estudio detallado y sistematizado de la aplicación de las mismas y a exponer las experiencias por él realizadas, en compañía de los ingenieros a sus órdenes señores Cantos, Ortí y Pastor, en diversas regiones de España. El éxito les ha acompañado en esta empresa, tanto en la determinación de extensos y ricos yacimientos potásicos en Cataluña y en Navarra como en la demostración de la inexistencia de petróleos españoles, por lo menos, en las zonas hasta ahora estudiadas con arreglo a los nuevos métodos.

La parte descriptiva de esta obra, que ha merecido ser declarada de texto en la Universidad de Berlín, resume los trabajos del señor Siñeiz y de sus entusiastas colaboradores. En corto espacio de tiempo y afortunados éxitos han estudiado, por los métodos sísmico y gravimétrico, este último más conocido y divulgado, las regiones ricas en sales potásicas de Suria y Balsareny, efectuando sondos en Sallent y Castellón, Cabriónes, Sampedor y Bellmunt, puntos todos éstos de la región catalana.

En Navarra, continuando los acertados trabajos geológicos del ilustre ingeniero de Minas D. Alonso del Valle, quien denunció hace poco más de un año la existencia de yacimientos potásicos, la Sección Geofísica del Instituto ha comprobado esta feliz realidad, que sitúa a España a la cabeza de los países europeos más ricos en yacimientos de sales potásicas.

Las capas de silvinita y carnalita descubiertas en Navarra por el señor Valle, controladas después geofísicamente por el señor Siñeiz, son la continuación, a profundidad generalmente explotable, de las que se explotan en Cataluña, lo que hace presumir la existencia en nuestro país de una riqueza salina de incalculable valor. Se refieren las investigaciones efectuadas en Navarra a la comarca de Tafalla y a la región minera de Elorz.

Completa el interesante estudio el trazado puramente geofísico de un curioso «plano altimétrico subterráneo» del subsuelo cretáceo de Hiendelaencina, enclavado en la meseta terciaria de Madrid-Torrelaguna.

Los métodos gravimétricos, en los que el señor Siñeiz ha introducido mejoras y simplificaciones importantes, fueron aplicados también por la Sección Geofísica del Instituto al estudio de la posible existencia de hidrocarburos en Burgo de Osma (Soria) y en Garrucha (Almería).

La obra del señor Siñeiz se presenta al público avalada por un interesante y documentado prólogo, debido a la pluma del director del Instituto Geológico y Minero, D. Luis de la Peña animador decidido de estas interesantes y provechosas actividades científicas.—A. Prats.

**KINDERERHONGSSTATTEN IN THURINGEN** (Los Sanatorios infantiles de Turingia), por Doepel WALDEMAR. Weimar.

No cabe duda que en la época actual, con sus penurias sociales en todo el mundo, el cuidado social de los niños reclama uno de los primeros lugares. El autor del presente libro nos

ofrece fructuosas notas sobre el estado de dicha actividad social en su nación. Una introducción densa y objetiva expone un cuadro adecuado de la asistencia social infantil en la actualidad. Desea Doepel que los sanatorios de niños sean para el porvenir, más que ahora, institutos educativos, donde la infancia en peligro o procedente de matrimonios desavenidos encuentre refugio, y lugar para niños obligados a vivir en viviendas mezquinas o expuestos a la vagancia callejera. También quedaría incluido en este nuevo plan el cuidado espiritual y psicológico de los niños.

Se describen detalladamente las siguientes instituciones: baños de agua salina, baños minerales, curas de altura, curas de aire, sanatorios de bosques, curas ortopédicas, residencias campestres para niños de ciudad, vigilancia social recreativa, curas para niños de pecho, organización de colonias veraniegas, escuelas al aire libre y sanatorios infantiles.

Se incluyen extensos relatos sobre todas las citadas instituciones, describiéndose su organización y funcionamiento, para facilitar la fundación de parecidas instalaciones. Las numerosas reproducciones fotográficas ofrecen un oportuno complemento. En conjunto, la obra facilita al práctico en Medicina social materiales suficientes para una útil actividad.—M. Fürst.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**, por el Profesor Dr. I. Boas. Versión de la novena edición alemana, por el Dr. Nicolás Martínez Amador. Barcelona.

Bien conocidas del público médico son las anteriores ediciones de esta obra, bastante completa, de enfermedades del estómago, de Boas. Sus primeros capítulos están dedica-

dos al examen reglado de todos los datos que

de la exploración del estómago pueden obtenerse satisfactorias, examen del enfermo palpación, auscultación, etc.

El capítulo correspondiente al examen del jugo gástrico es muy rico en detalles (exposición minuciosa de los desayunos y comidas de prueba, investigación del contenido gástrico en animales; investigación del jugo gástrico obtenido por extirpación de la comida de prueba; análisis en todos sentidos del extracto gástrico, y por lo que respecta al contenido duodenal se estudia detenidamente el cateterismo del duodeno sin extenderse más en este sector por la naturaleza de la obra, limitada al estudio del estómago).

Los métodos para explorar la motilidad gástrica; los recientes procedimientos para la observación directa de la mucosa del estómago (gastroscopia), etc., tratan también gran profusión de detalles.

Por lo que respecta a algunos asuntos relacionados con la exploración gástrica se echa de ver en seguida un predominio completo de la bibliografía alemana en detrimento de la bibliografía de otros países y del nuestro entre ellos: faltan indudablemente magníficos trabajos, algunos de ellos de nuestro país, que ni siquiera se citan brevemente al mencionando Gallart).

Por lo que se refiere a la patología gástrica están bien tratados, hechas las subdivisiones más señaladas, los asuntos referentes a gastritis, equinas, alperloritias, ulceraciones, cáncer gástrico, sífilis del estómago, trastornos motores, síndromos de estenosis, visceropneumia, neurasia gástrica, etc.

La diéética, factor tan importante en el tratamiento de estas enfermedades, tiene suficiente extensión en la obra, aun cuando es posible que calculadas muchas cosas con arreglo a la raza y cocina alemanas, no tengan exacta aplicación en nuestro país. La hidroterapia, la hidroterapia, el masaje gástrico, tienen también su capítulo en la obra de Boas.—E. Lorenzo Velásquez.

**POE MI CULPA.** La obra literaria novela de Ana Vivante es el fruto de una educación y de una vida

cosmopolita. Nacida en Inglaterra, de padre italiano y de madre alemana, ha gozado de privilegio de tener a toda la Europa por patria. Ha escrito indistintamente en inglés y en italiano y especialmente en estos dos países se donde ha recogido más cariñosamente los temas para su labor artística. Reproduce en los tiempos modernos esa atracción babilónica por Italia que coloreó de tonos calientes de mielocida la obra literaria de Byron, de Shelley, de Ruskin y de Dante Gabriel Rossetti.

Poética de alto vuelo, sus novelas rebalsan los límites del drama cotidiano. Son audaces, de amplia envergadura, de horizontes que se dilatan libremente en el espacio y en el tiempo. «Por mi culpa», que acaba de traducir especialmente para Empresa Letras, la señora Camilla Bari de Zañartu, es la tragedia de tres generaciones: la madre, la hija, el nieto. Veinte años tarda en apare-

cer la mancha atávica, la oscura savia que es el baldón de un árbol de sangre azul. Veinte años tarda en florecer el amor cuya primera estrofa crearon las aguas del Nilo y las palomas del oasis, y es inútil que Europa, Albiñón o Roma traten de rescatar lo que el desierto capturó una vez.

El estilo de «Por mi culpa» es el tono de un poema lírico. Tanto como una novela es un poema. Los lectores hallarán en ella situaciones y frases inolvidables. Es de esas obras que una vez leídas perdura para siempre en el recuerdo.

**MARY.** por Bjornson. Los novelistas rusos y noruegos son los que

han dado a la novela la intensidad dramática que antes pertenecía sólo a la tragedia. Dostoyevsky, en sus «Hermandades Karamasoff», en «Crimen y Castigo» y el autor noruego Bjornson en «Un alegre muchacho» y sobretudo en «Mary», la novela que hoy edita Empresa Letras, son los primeros en descubrir que este género, aun pudiendo las gentes y las costumbres cotidianas, puede alcanzar en el dolor, en la desesperación y en la angustia tanto o más que la tragedia antigua.

«Mary» es la novela de una muchachita a quien se le derrumban las ilusiones, junto con su honor, su situación social y su bienestar económico. Su propio novio es quien la arrastró a esta callejón sin salida, el novio que ha especulado con sus sentimientos y por codicia la quiere obligar a que le dé su mano siempre que en ella lleve el dinero de sus parientes. El matrimonio—ella lo comprende en un instante de sufrimiento desgarrador—es la sustitución por toda la vida a ese hombre infame. Quedarse soltera es atchar en contra del desprestigio de su condición de madre; cohera, de huérfana abandonada y pobre. Y no se suelta.

La vida amarga de la mujer, que es rebelde por dignidad superior, está retratada en las últimas páginas de «Mary», vida terrible y atorada, pero en cuya lucha comienza a brillar la luz de la serenidad que irradia de la conquista del propio destino.

**FISIOPATOLOGÍA DEL METABOLISMO BASAL.** por Francisco Gnafranco Mozo. La crítica del libro que acaba de publicarlo el médico colombiano doctor Francisco Gnafranco Mozo está ya hecha en el prólogo que le dedica el doctor

Marañón, bajo cuya sabia dirección estudió durante algún tiempo. Viene a llenar un vacío que se le estaba sintiendo en la bibliografía médica del idioma español. Hasta ahora, aparte del libro de Caster, no existe en castellano una recopilación amplia y sintética a la vez del problema del «metabolismo basal».

Una parte considerable del estudio que presenta a la ciencia española el doctor Gnafranco es resultado de las observaciones hechas por él en los últimos dos años en la altiplani-

cie bogotana, como preparación para la tesis de doctorado. En el curso de sus estudios de ampliación en Madrid, llevó más adelante sus observaciones, hallando material valioso en los Archivos del Instituto de Patología Médica. Si a esto se une una extensa bibliografía, que resume los trabajos realizados en el mismo campo de las experimentaciones médicas en el extranjero, se comprenderá perfectamente la razón por la cual el doctor Marañón dedica elogiosos comentarios a la obra del joven médico colombiano.

Falta una tercera virtud que añadir al libro, «Fisiopatología del metabolismo basal». A su solidez científica y de observación y a su capacidad sintética es preciso añadir «el estilo neto, esquemático, de gran carácter científico, con que el doctor Gnecco ha redactado estas páginas—dice el prólogo del doctor Marañón—, que deseo y espero se difundan entre el público de habla castellana. Sueño con que dentro de unos años la ciencia escrita en nuestro idioma se haya hecho indispensable a los trabajadores de la Medicina, y en esa bibliografía ocupará un sitio clásico la memoria que nos honramos hoy en prologar.»

Dejando a un lado las páginas y cuadros en que se registran los resultados de múltiples observaciones, las reacciones químicas y otras características puramente científicas, el libro que comentamos ofrece una lectura harto interesante, aun para aquellos pocos aficionados a adentrarse por la senda de los temas científicos.

Es el metabolismo una función esencial del proceso de desarrollo y transformación del organismo vivo. Como tal, forma la base misma de todas las reacciones biológicas. Abraza, pues, «la fisiología orgánica en sus aspectos más distantes: la facultad de absorber y asimilar los alimentos es la más fuerte base sustentativa de la vida, y a su lado, el movimiento, la irritabilidad y la reproducción pasan a ser cualidades potenciales sin impulso. Un ser organizado es capaz de vivir cuando lleva consigo la fuente de energía intrínseca que constituye el metabolismo, aun cuando no llene otras funciones vitales de esencia, y será incapaz de llenarlas cuando esté privado de las facultades esenciales de asimilación».

En una palabra, el conocimiento exacto de estas funciones del organismo vivo abre panoramas vastos a la Medicina moderna, como lo demuestran de manera palpable los experimentos y los tratamientos eficaces que se registran en las clínicas de las principales capitales del mundo, y entre las cuales ocupa un lugar dominante la del doctor Marañón en Madrid. Después de leer el libro del doctor Gnecco, se comprende fácilmente, porqué es en esta rama de las investigaciones médicas donde se hallan aún dormidas prometedoras sorpresas para el bienestar de la humanidad.

El metabolismo basal se define como «la cantidad mínima de calor que necesita el organismo vivo». A su estudio y presentación se dedica la obra del médico colombiano, cuyo valor científico la coloca ya en lugar preferente entre los libros de texto y consulta

en esta clase de experimentos. La influencia y variedad de este proceso biológico se hace sentir en fenómenos y enfermedades tan diversos como el intersexualismo, la esterilidad, la diabetes, el reumatismo, la obesidad, etc. Cada día es más frecuente su observación como un método de diagnosis y tratamiento y los resultados obtenidos hasta ahora son altamente prometedores.

Quizás los capítulos más interesantes para el lector no especializado en esta clase de estudios sean los que el doctor Gnecco dedica a la intersexualidad y a las observaciones obtenidas por él en su patria. A todo ello es preciso añadir una serie notable de ilustraciones fotográficas de enfermos, en que se ponen de manifiesto los resultados de un metabolismo basal deficiente, por falta o por exceso. En todos aquellos casos que han sido suficientemente estudiados, se ofrecen también correctivos y tratamientos, registrándose casos notables de curación. De especial interés para nosotros es ver la manera en que los casos estudiados en la clínica del doctor Marañón enriquecen la extraordinaria labor de investigación llevada a cabo por el doctor Gnecco.—J. M.

**DON ALBERTO EDWARDS, Biografía y Bibliografía, por Raúl Silva Castro.** Acaba de salir a la estampa un folleto que despertará vivo interés en nuestro pequeño mundo intelectual.

Peregrina belleza editorial. Tirada reducida sólo de 50 ejemplares destinados a las personas aficionadas a este género de investigaciones bio-bibliográficas.

Nos ha dado en la vena del gusto. ¡Qué presentación más atrayente! ¡Qué armonía entre el continente y el contenido! A la verdad, no sé qué admirar más, si los renglones preliminares, que nos dan la biografía concisa de Alberto Edwards, o si la sección de bibliografía que llena el resto del folleto.

Ciertamente, que Silva Castro ha tenido un raro acierto al trazar el bosquejo de aquella recia personalidad, tan original como compleja. Extraordinaria, única en nuestras letras y en nuestra política, fué la suya una vida ejemplar que se impuso a la consideración de las gentes por su labor tesonera consagrada al bien público, por su fecunda labor literaria, por su fructífera actuación administrativa, por su breve temporada parlamentaria y, especialmente, por su idiosincrasia que en todo momento reveló un espíritu independiente, audaz removedor de ideas, capaz de sobreponerse al ambiente no siempre propicio al que se cura poco de la Santa Rutina. Poseedor de un talento de primer orden disciplinado en el estudio sistemático de la Sociología y de algunas ciencias como la estadística y la Hacienda Pública, que fueron sus verdaderas especialidades, brilló también como dilettante en muchas otras, Climatología, Astronomía, Ciencias Naturales, etc. Su profesión de abogado, creo no le dejaría grandes proyectos. Geógrafo teórico o de gabinete, en el terreno no hizo, que yo sepa, ningún estudio personal ni como Cartógrafo el menor trabajo en el ra-

mo. Sin embargo fué muy dado a las Ciencias Geográficas.

Historiador manejó ideas más que documentos, y a veces prejuicios más que conceptos ponderados, sobresaliendo como analista político adepto al peluconismo, y especialmente al Monttvarismo, partido que le absorbió todas sus potencias afectivas y que de consiguiente, le arrebató alguna vez esa flor irremplazable que se llama la imparcialidad. Era capaz de grandes síntesis, y así lo denuncia el vasto propósito que tuviera de redactar la «Historia de Cien años» que quedó inédita e inconclusa y de que hay sólo pocas valiosas muestras fragmentarias, como el tomo póstumo, «Gobierno de don Manuel Montt», reunido y coordinado por manos diligentes, entendidas y cariñosas con capítulos dispersos, aquí y acullá, uno ya en moldes, como prólogo a la correspondencia de don Antonio Varas, dos como primicia en una revista, y los otros tres, inéditos. Pero para dar al libro completitud ha aportado don Luis Barros Borgoño un tomo rotulado «Proemio para la obra de don Alberto Edwards, el gobierno de don Manuel Montt», que no es tal proemio sino una obra que trata del período entero del decenio 1851-1861 y además con datos acerca de la vida entera de aquel ilustre estadista.

Periodista, don Alberto se lleva la palma por sus artículos, variados y numerosos insertos, ya en «El Mercurio», ya en la revista «Zig-Zag», «Pacífico Magazine», «Revista Chilena» y otras más. Unos son artículos de política general, a veces constructiva, de índole homogénea muy relacionados unos con otros, hasta formar seriales; otros, de dilettantismo científico o de puro carácter histórico, o biográfico o episódico. De entre estas producciones histórico-políticas, tal vez la «Fronda aristocrática» sea la más notable por sus tendencias de aristocratismo refinado, mezcla de parlamentarismo «ad usum» de unas cuantas familias (definido por Koning, como «régimen de caballeros», sistema que es el polo opuesto del parlamento Araucano). La «Fronda» hizo pésima impresión, contribuyendo a ello su publicación durante el período «Ibañista»; su dedicación a Ibañez con el retrato del general. Creyóse ver una adulación inexplicable en un autor de carácter tan independiente y de espina dorsal tan recia, como era don Alberto.

En materia de artículos imaginativos, los que más gustaron fueron los cuentos, de fantasía exuberante, que, siempre bajo seudónimo, publicó en algunas revistas, sobre todo en «Pacífico Magazine». Aquí explotó una vena novelística que fué toda una revelación. Edwards se revelaba un novelista. Estos cuentos largos o novelas cortas son muestras curiosas de la ductilidad fértil de su espíritu. Son cautivadores de las aventuras policiales (inspirados tal vez, en Conan Doyle, Maurice Leblanc y otros) y de que es personaje central Román Calvo, y otros de que lo es Julio Téllez, en que hay atisbos de Wells en lo de fuerza creadora intuitiva y adivinatoria. Un amigo me contaba que don Alberto—¡aquí el bohemio!—escribía esos cuentos encerrado herméticamente en su oficina

de estadístico, volcando copita y copita...

En la biografía de Silva Castro se nos ha revelado un verdadero retratista o sea artista biográfico, que reproduce al hombre en su entera idiosincrasia, en su verdadero carácter.

Pero la sección que me seduce más es la bibliografía, en la que el joven autor se gana las espuelas de maestro en el género. Ha hecho una investigación soberbia. Ya me sé lo que habrán significado en paciencia, en búsquedas infinitas, esos 329 números que suman las papeletas acopiadas. Tarea engorrosísima, si las hay, es la de compulsar las hojas volantes de cien periódicos. Silva Castro ha llegado a lo perfecto. Sé, por propia experiencia, lo difícil, lo muy difícil que es llegar a conocer las producciones literarias todas de un hombre que ha escrito tanto y tan esparcidamente a lo largo de medio siglo.

Apenas si he notado alguna pequeñísima omisión o errorcillo tan insignificante que ni vale la pena de decirlo; tal es por ejemplo el atribuir a un «Mapa de Chile de la oficina de mensura de tierras», del año 10 (mapa de Risopatrón) «el origen de una interesantísima polémica geográfica y cartográfica», cuando lo fué el Mapa Escolar de Chile, 1913 (mapa de Fuenzalida), cuya escala no indica la nota bibliográfica. Aquí se produjo la «vehemente embestida» de Edwards, la cual fué la de un toro ciego. El autor del mapa rebatió victoriosamente; entraron también a defenderlo pedagogos distinguidos (Montebruno, Araya Bennett, Puga, etc.). Edwards duplicó interminablemente, porfiadamente, violentamente. Este trabajo que se publicó parcialmente no lo da la colaboración bibliográfica de Silva Castro. Los errores fundamentales de Edwards consistían en que olvidaba la escala del mapa, y en seguida como él no era ni fué nunca pedagogo, olvidaba también que errorcillos de impresión vistos al microscopio desaparecían totalmente cuando el alumno miraba a ojo desnudo el mapa que estaba colgado en el muro.

En otra parte de su estudio biográfico, trata de la «Conferencia Financiera Panamericana», reunida en Buenos Aires en Abril de 1916.—Silva Castro declara no saber si se ha publicado o no la «Memoria» de la delegación chilena de que Edwards formaba parte como ex-Ministro de Hacienda. No se ha publicado ese documento ni en Chile ni en la República Argentina. En el denso libro oficial «Alta Comisión Internacional de Legislación Uniforme» (Buenos Aires, 1916, 1092 páginas) que inserta todas las memorias de otras delegaciones de América, brilla por su ausencia la de la delegación chilena. Puedo afirmar, pues, que tal memoria ni se presentó ni se publicó en parte alguna.—**Alejandro Fuenzalida Grandón.**

**LA CIUDAD ENCANTADA DE LOS CESARES, por Enrique de Gandia.** Buenos Aires.

Cinco trabajos de índole histórica ha reunido en este volumen el señor Gandia. Se ocupa en el primero de ellos de la legendaria ciudad de los

Cesares, ciudad fantástica que la imagina-

ción de cronistas pocos dados a verificar los hechos han ubicado en diversos puntos de esta parte del Continente. Para desvanecer cualquiera duda que aún pudiera subsistir, el autor comenta los principales antecedentes de este asunto, desde un documento de 1601 hasta el descubrimiento que en 1923 realizó el doctor Wolff en la Patagonia: un cráneo petrificado y una muralla de 150 metros de largo, restos que supuso fuesen vestigios de la famosa ciudad de los Césares, y que resultaron ser una piedra de contorno extraño y una forma natural de basalto...

«La cuestión de límites entre Paraguay y Bolivia» es un trabajo que el señor Gandía leyó en la Junta de Historia y Numismática Americana. Como se recordará, las conclusiones históricas del autor dieron lugar a una pequeña controversia de la que oportunamente nos ocupamos, y que lo ha inducido a ampliar su estudio en un libro que ya tiene en preparación.

El tercer trabajo lo constituye una exposición de los antecedentes de la lucha contra la expansión territorial del Brasil durante la colonia. «Presagios de las dos fundaciones de Buenos Aires» se titula el cuarto estudio del señor Gandía y que resume así: «El de la primera fundación, fué un presagio quimérico, de ilusión y de ensueños, y por tanto engañoso y traidor, que hundió en el desastre la armada de Mendoza. El de la segunda fundación, fué un presagio de sacrificio y de trabajo que se convirtió en verdadera riqueza para los conquistadores, que en vez de buscar tesoros, sólo pidieron a la tierra el fruto que puede dar el arado».

Cierra el volumen una interesante nota acerca de Juan de Ayolas, que con Domingo de Iralas comparte el mérito de la conquista del Río de la Plata y Paraguay.

El nuevo libro del señor Gandía acredita una vez más sus dotes de erudito investigador de la historia colonial americana.

**DIE ERDKARTE DER URBIBEL MIT EINEM ANHANG UBER TARTESSOS UND DIE ETRUSKERFRAGE** (La carta geográfica de la Biblia primitiva. Con un apéndice sobre la cuestión de los etruscos), por Albert Herrmann. Braunschweig: Westermann.

El tema principal de la obra de Albert Herrmann es un intento de reconstrucción del planisferio de la Biblia primitiva con la ayuda de dos importantes textos bíblicos: «El libro de los jubileos» y el «Asatir», una escritura samaritana, que viene a llenar los vacíos de aquél, y ambos de los de la Biblia canónica en lo que respecta al concepto que sobre el antiguo «oikumeno» fenicio tuvieron los contemporáneos de David y Salomón, es decir, en los comienzos del último milenio anterior a Cristo.

El trabajo tiene importancia especial para nosotros por tocar un tema de la protohistoria española, de candente actualidad. El autor es muy conocido por sus trabajos en torno a la Atlántida y Tartessos. La parte que

a nosotros nos interesa especialmente es el apéndice a la obra, del cual damos un resumen.

Tartessos no pudo estar en la desembocadura del Guadalquivir, pues a ello se opondrían razones geológicas, geográficas y arqueológicas; en último caso, pudo estar donde de la actual Cádiz.

Herrmann busca Tartessos en el Norte de Africa, a la cuenca del río Tritón, enormemente disminuida por progresivo desecamiento, que coloca al Sur de la región de Túnez. Además de aportar razones de orden físico e histórico, utiliza una serie de hechos negativos, que le darían la razón en este traslado del problema de Tartessos del Guadalquivir a Túnez.

Analizando Herrmann las tradiciones referentes a Tartessos, afirma que así como las fuentes procedentes de la época de Tartessos colocan esta ciudad en Túnez, las fuentes posteriores oscilan entre Túnez y España, las de origen oriental no llevan a Tartessos más allá de Túnez, mientras que las griegas lo trasladan incluso a Lisboa, y desde el siglo II, a Carteya, Gades o a las marismas del Guadalquivir.

Herrmann no acepta la fecha de redacción del núcleo que sirvió para la «Ora Marítima» dada ordinariamente, ya que sería hacia el 600, y su autor sería un cartaginés.

El periplo de Euktemon serviría también para demostrar que su Tartessos no es tampoco el Sur de España, sino la región del lago Tritón, al Mediodía de Túnez. Para la interpretación hecha por Herrmann hay que tener en cuenta que las deducciones de orden físico-geográfico no le son desfavorables; además la toponimia actual de esta zona, cuya exploración geológica está aún por hacer, coincide bastante con los datos conservados de la antigüedad. Aquí comienzan además las numerosas tumbas megalíticas que se extienden por toda la antigua región de Tritón, como testigos de una pasada civilización desaparecida del lugar por la paulatina reseca del suelo.

Herrmann concluye su apéndice documentando la hipótesis de que la región del Mar Tritón fuese la vieja patria de los etruscos.—  
A. García y Bellco.

**LA REVOLUCION EN LA AMERICA LATINA**, por Alfredo Colmo. Buenos Aires.

El tema tratado por el autor en este libro le es familiar. Fuera de numerosos comentarios expuestos en diversas publicaciones, cuenta con dos obras fundamentales, en las que estudia con amplitud el fenómeno revolucionario en esta parte del continente: «América Latina» y «Política cultural en los países latino-americanos».

Profesor de derecho; magistrado de actuación destacada en el foro; sociólogo formado con la base de una rígida disciplina, su palabra es escuchada con respeto, aun no compartiendo totalmente sus puntos de vista. Este libro suyo no es la sólida recopilación de datos sobre un hecho determinado. Ahonda en el problema que ha caracteriza-

do la evolución política de «nuestra América», evolución que en muchos casos no ha significado otra cosa que ser el punto de partida de interminables conflictos institucionales y hasta internacionales.

Aparte de un par de capítulos, que el autor consagra a comentar las revoluciones militares en otros países de América, la obra del Dr. Colmo constituye un estudio del movimiento del 6 de Septiembre.

Algunos párrafos darán idea al lector de la manera en que el autor juzga aquel hecho, que sigue desde poco antes de producido hasta la constitución de las actuales autoridades. La objetividad de esta nota nos exime de analizar punto por punto la exactitud de las afirmaciones contenidas en el libro.

Para el autor, «la revuelta argentina del 6 de Septiembre» reúne la características de todos los movimientos análogos de América por las siguientes razones: «se fundó en motivos eminentemente políticos, esto es, en la alejada inconducta administrativa, legal, constitucional y demás, del gobierno de entonces existente; fué de carácter militar, aun cuando cabalgara sobre un fuerte estado de conciencia pública; resultó en cuanto tal, de relativa artificiosidad, vale decir, en fuerte proporción obra de las pasiones de sus organizadores y jefes; pese a las invectivas de manifiestos y promesas, no trajo un sólo principio nuevo con respecto a lo central—lo económico, y sobre todo, lo social—de nuestro régimen; se limitó, en definitiva, al desalojamiento de un partido y a la substitución de hombres en el gobierno; por último, se produjo en un país que prácticamente no la conocía desde hacía más de cuarenta años, política y socialmente consolidado, con hábitos de trabajo, con ideales de cultura y con perfiles de seriedad en condiciones tales que no se le podía parangonar, en conjunto, ningún otro país hermano, y donde, por lo mismo, parecía menos procedente y posible que en parte alguna».

Dentro de estos conceptos el autor desarrolla sus comentarios sobre la obra del gobierno provisional, desde la ocupación del palacio de gobierno en aquel entrelubricán del 6 de Septiembre hasta su terminación.

Para el Dr. Colmo, el gobierno depuesto «por lo abúlico e incapaz» era «un indecoro nacional», lo que no le impide hacer notar las injusticias de que, según él, fué víctima, como se alegaba en proclamas y manifiestos, en los que predominaban la «unilateralidad y estrechez de criterio».

A propósito del carácter civil o militar del movimiento dice: «La revolución no fué hecha, sino apenas consumada, por los mil y pico de hombres (de las fuerzas), y los jefes que las disciplinaron y comandaron. Sería de asombrar que en un país de doce millones de habitantes conscientes y altivos, un simple puñado de cadetes y soldados, con dos generales a su frente, hiciera opinión y determinara autoridad moral por el sólo hecho de su pronunciamiento. Tal simplicidad de juicio es un evidente error de criterio y todo un agravio para el pueblo: los fenómenos sociales tienen causas sociales y soluciones no militares sino también sociales. Allí donde la

conciencia pública no sancione huelgan todas las asonadas...» Esta misma idea está reiterada en otro capítulo, en el que dice que «la verdadera causa ha estado en el sentir general, en la conciencia colectiva, en el común espíritu público, que hicieron opinión y ambiente e imprimieron carácter social al movimiento, el cual así resultó patrimonio cívico y nacional. La minúscula columna de cadetes y soldados que en breves horas pareció realizar el milagro, se limitó a rematar una obra gestada por el pueblo, cabalgando sobre la gloria—que originariamente no fué suya—de la sangre mártir de jóvenes y estudiantes derramada en las calles de la urbe, para cosechar en su provecho un fruto que no había sembrado».

Mucho espacio necesitaríamos para seguir al autor en su crítica a la acción desarrollada por el gobierno provisional. Sólo hemos querido exponer el pensamiento que explica en esta emergencia y el plano en que se coloca para juzgar lo dicho y lo hecho por aquel gobierno.

En cuanto a las revoluciones y sus consecuencias dice el Dr. Colmo: «Pueblo que cae una vez en la tentación revolucionaria es presa inamisible de las tendencias: los hierofantes, cuando no los ilusos, y aun los camastrones de la política, surgirán de su seno con fórmulas salvadoras, con soluciones poco menos que milagreras, quiero decir, con efectivas y disimuladas ineptias, para precipitarle en los antros de la convulsión que descuaja y nunca crea, que ahonda resquemores en vez de ser fuente de concordia, que divide y separa en lugar de conjugar y unir... Que lo diga, si no, la historia de cada uno de nuestros países...»

Por ser quien es su autor y por su versación notorias en las materias que trata, este libro no carece de interés, aun cuando, repetimos, no se comparten todas sus opiniones de cuya sinceridad no cabe dudar.—«La Prensa», Buenos Aires.

**NOCIONES DE POLÍTICA SOCIAL, por Eugenio Ruano Fernández, Madrid.** Aparece este libro de D. Eugenio Ruano Fernández, «Nociones de política social», con deseos informativos o didácticos.

No se trata, pues de una obra crítica o polémica, sino de un texto abierto a la enseñanza de la política social, según se ha desarrollado ésta en la historia y se manifiesta en el presente. En los momentos actuales, cuando todo el mundo parece preocupado, cuando no apasionado, por la política social, un libro como el del señor Ruano Fernández viene a colocar aquel orden en las ideas, ya que no en las pasiones, que pertenece a la ciencia. Generalmente se habla de política social, de grupos sociales, de luchas de clases, sin saber a ciencia cierta lo que sean aquella política, aquellos grupos ni estas luchas. Nos parece, por consiguiente, oportuna la obra del señor Ruano Fernández, precisamente porque avanza hacia el público sin partidismo alguno, desea tan sólo de vulgarizar el concepto de la política social, su contenido

y su historia. «Por otra parte, en los días que corren—dice D. Eugenio Ruano—, no es España una excepción: la obra de la República precisa en su desarrollo la asistencia de todos, imponiéndose la necesidad de extender los conocimientos sociales y económicos. Y a esta necesidad no podría considerarse ajeno el autor, que con el honroso título de ingeniero de Minas, siquiera sea de los más modestos, no desconoce que la minería ha tenido y tiene un carácter especial de actividad, no libre, sino socialmente condicionada, y que en las leyes y disposiciones de minas se encuentra en todos los países el germen de una importantísima rama de la legislación social».

Será difícil comentar por lo menudo los múltiples aspectos en orden a la política social que ofrece el libro del señor Ruano Fernández. Diremos que expone esta obra siguiendo un orden didáctico conveniente: las características de los distintos grupos, la división del trabajo, las teorías económico-sociales, el concepto de propiedad, la regulación colectiva, la organización corporativa etc. Entrando en la política social nacional y en los partidos obreros hasta 1914, el autor señala con precisión el panorama de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Rusia. Analiza después el señor Ruano Fernández el mundo europeo y americano posterior a la guerra, para detenerse en las tendencias sociales del Derecho constitucional moderno.

La tercera y última parte de este libro está consagrada por entero a la política social en España, concluyendo con el análisis de la «asistencia» y «previsión», en los cuales se dan a conocer los pormenores de la Beneficencia, el ahorro y los seguros sociales.

Todos los temas que acomete en su obra el señor Fernández Ruano están tratados con objetividad, claridad de expresión y sobrada amplitud.

**LAS RELACIONES DE VECINDAD,** No parece necesario, tratándose de Bofante, esbozar siquiera su presentación; puesto que de sobra es conocida, sino su labor fecunda en todas sus dimensiones, al menos su significación magistral en el campo de la jurisprudencia.

Nacido Bofante en Poggio Mirteto (1864), ingresa en el profesorado italiano universitario en 1888, desempeñando las cátedras de Historia del Derecho romano, Instituciones de Derecho romano, Derecho romano e Historia del Comercio en las Universidades de Camerino, Macerata, Mesina, Parma, Turín, Pavia y Roma. En esta última viene actuando desde 1916.

En el prólogo interesante, por demás orientador e instructivo, que avalora la presente edición española, el señor García Valdecasas expone con suma precisión la significación y el carácter de la producción de Bofante. «Es un jurista penetrado de sentido histórico—nos dice—. El Derecho es para él un

producto de la conciencia social—. Producto, por tanto, variable de pueblo a pueblo, de época a época; variable a compás de las variaciones en los sentimientos, las necesidades, las representaciones, la cultura, en una palabra». Estos elementos determinantes o integrantes de la conciencia social serán, pues, utilísimos para precisar el sentido y alcance de las instituciones jurídicas.

La presente obra de Pedro Bofante, dividida en dos partes, ofrece en su primera «el criterio fundamental de las relaciones de vecindad», en el cual expone el autor detenidamente la teoría de los actos de emulación en la sociedad medioeval, la teoría del uso normal, la valoración social de los actos de «immitere» y de «facere» en el fundo ajeno, los daños y la acción de resarcimiento en materia de relaciones de vecindad. La segunda parte de la obra, «Las relaciones de vecindad y la jurisprudencia» es sin disputa la más interesante del libro, puesto que representa la parte práctica de la materia. Reproducir a este propósito, siquiera fuera en sumario, todas las cuestiones tratadas por Bofante en esta segunda mitad de su obra haría demasiado extenso este comentario.

Avalora la presente edición, como hemos dicho más arriba, el prólogo del señor García Valdecasas. Asimismo son de extremo interés para nuestro público los apéndices sobre las relaciones de vecindad en el Derecho y la Jurisprudencia españoles, también del señor Valdecasas, que completan a los estudiosos de España el libro jurista italiano.

**RESIDENCIA EN LA TIERRA,** Bella, definitiva, por singular aportación de Pablo Neruda. para las letras artísticas chilenas es la obra de Neruda.

El poeta profundamente humano de «Farewell», el emocionado autor del «Poema 20», el melancólico cantor de «Una canción desesperada», se afirma en su numen y se levanta a una altura insólita y originalísima.

Neruda es el dueño de un idioma poético particular. Las palabras obedecen sumisas al estro del literato y se amoldan suaves, mansuetas al motivo de canción.

«Residencia en la Tierra» (1) se divide en cuatro sectores. Del primero son bellos los poemas: «Lamento lento», «Diurno doliente», «Monzón de Mayo» y «Angélica Adónica». Del tercero: «Caballero solo» y «Tango del viudo». Del cuarto: «Significa sombras».

La división del volumen obedece a necesidad interna, es decir, de contenido. Existe en cada segmento del libro un acento unitivo que le da un tono de continuidad. La tarea estética del poeta está sistemática, por así decirlo. La emoción yace pautada. El autor se mide y ordena. En otros términos, Neruda ha llegado a la madurez intelectual, a la maestría de su labor creadora.

Hay, empero, dos poesías que se destacan limpias y seferas en el conjunto del volumen: «Caballero solo» y «Significa sombras».

En el primero el canto es de valiosa y singular belleza lograda y de profundo sentido

humano. Su lectura da la visión panorámica y poética de la humanidad toda o, como dice el autor: «Este gran bosque respiratorio y enredado». Pocas veces, por no decir nunca, había leído un poema que en sólo treinta y nueve versos penetre en las vísceras más hondas de este deambular que es la vida colectiva.

El otro poema es el último del libro, «Significa sombras» es el terrible anhelo confesado y torturante de no morir que acompaña la obra toda del maestro Unamuno. Neruda, sin embargo, aprisiona en veinte y un versos esa larga letanía unamunesca. ¡No morir! Amor a la gloria y afán de permanencia en el corazón de las generaciones venideras. El poeta dice: «Sea, pues lo que soy, en alguna parte y en todo tiempo». Sí, esa inquietante sed de ser que en distintas proporciones a todos nos atormenta y dilacera, está contada con numen nuevo y personal en Neruda, en el poema que analizo.

Pero no todo es de buena calidad en el libro. Las frases poéticas y el conjunto de «Ritual de mis piernas», del tercer segmento de la obra, es opaco y sin belleza. Los poetas, en general, son dispares. La lectura de un libro de poesías, da la sensación de un recreo de plaza de juegos, donde carruseles gigantes producen vértigos.

Tengo un amigo grande amante de la música y matemático profundo. Hace poco le hablé de «Residencia en la Tierra».

—Conozco—me dijo—al Neruda de «Crepusculario». Traté de entender «La tentativa del hombre infinito»... No pude comprender jota.

—Creo—continuó después de una pausa—que Neruda no debió escribir más desde que compuso «Farewell»... O debió haberse suicidado. Eso es poesía. Y con voz varonil y lentamente me recitó el poema íntegro.

—Así entiendo la poesía. Lo demás son palabras, palabras, palabras, como dice ese loco que duda de todo.

Pretendí en vano darle a leer otras producciones de Neruda. No quiso escucharme. Y me habló para mi alegría intelectual, de la epistemología, es decir, de la filosofía de las ciencias.

He relatado esta anécdota, porque es sugerente y porque revela un estado de ánimo muy frecuente entre los buenos lectores chilenos.

En resumen, un libro que marca un estudio de singular maestría en Neruda, es decir, en un clásico del porvenir en las bellas letras nacionales. Y escribo de esta manera, porque Pablo Neruda ha llegado con su verso a encontrar el «moule mystérieux» que Víctor Hugo pretendía para el creador poético en esa composición que se titula: «Lo role du Pnéé». Sí; el módulo «misterioso» es el además verdadero de todo poeta, así sin adjetivos, pues poeta es sinónimo de Dios, es decir, de quien saca de la nada.

El lenguaje conciso de Neruda le sirve para expresar con sutiles matices la tristeza, la constante melancolía de su arte. Desde la primera mocedad el poeta ha sido melancólico. Y este quejumbroso acento le ha permitido al crítico madrileño Salazar y Chapelá,

decir: «Sí, sí, Muy bien. Pero ¿por qué gemir siempre? ¿Acaso en sus veinte años no hubo princesa que cantar?»

Pablo Neruda es triste, ¡qué se va hacer! Cada quien es como es. Y es necesario buscarlo en su auténtica personalidad.

La poemática de Pablo divide a los lectores en dos partes, produce la escisión entre los «egregios» y los «vulgares». Pero es mejor usar las palabras de Ortega y Gasset, cuya teoría es la que expongo. «Durante siglo y medio el pueblo», la masa, ha pretendido ser la sociedad. La música de Stravinsky o el drama de Pirandello tienen la eficacia sociológica de obligarle a reconocerse como lo que es, como «sólo pueblo», mero ingrediente, entre otros, de la estructura social, inerte materia del proceso histórico factor secundario del cosmo espiritual. Por otra parte, el arte joven contribuye también a que los «mejores» se conozcan y reconozcan entre el gris de la muchedumbre y aprendan su misión... (P. 14)... «La deshumanización del arte», Ed. Rev. de Occidente.

Y más adelante en la misma página: «Se acerca el tiempo en que la sociedad, desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares».

Esta división provocó y provoca la protesta. De ahí que el arte nuevo sea tan negado y aplaudido a la par. No admite el justo término. O se está contra él o con él. No cabe otra postura intelectual.

Algo sobre la edición. La Editorial Nascimento ha cuidado todos los recursos tipográficos para dar un volumen primoso, ancho, brillante.

Orna el libro una severa máscara de Pablo Neruda, debida al arte de Tótila Albert.

El editor conoce su arte. Y sabe que los libros de poesía deben presentarse con real, ejemplar hermosura. Sabe que el poeta es un corazón que canta y que es menester presentarlo con primor.

De esta obra empero, debería sacarse una tirada corriente para los numerosos admiradores y lectores de Pablo Neruda.—N. Pinilla.

#### VIDA Y DESVENTURAS DE CERVANTES, por Mariano Tomas. Barcelona.

No es ocasión de dilucidar los motivos por los cuales la biografía (historia, una rama directa de la Historia, por mucha literatura que le echemos encima) gana prosélitos entusiastas, al paso que su hermana en la ficción, la novela, pierde por día su clientela. Quizás haya en este hecho una manifestación de interés directo por la realidad, a la vez que una estimación mayor, acaso mayor que nunca, por el individuo o por el hombre. Sea éste u otro el motivo del auge de la biografía, es lo cierto que su papel ha subido considerablemente (a lo más, desde cinco años a la fecha) entre autores, lectores y editores. Frecuentes son en España las traducciones de biografías extranjeras (Ludwig, Maurois, Zweig, Drinkwater), como frecuentes son así mismo las biografías de espa-

ñoles por españoles. Y es curioso observar que una como limitación en el tiempo, un tope acaso al siglo XVIII, acota al trabajo de los biógrafistas y limita sus biografados a personajes relativamente inmediatos. ¿Por qué? El interés de una figura no depende de su proximidad a nosotros, sino exclusivamente de su valor o magnitud. De modo que convendría, ya que disfrutamos de un período biográfico, que los cultivadores del género, al menos en España, pasaran del XIX al XVIII, para continuar por el XVII... He aquí una modesta idea editorial, por ello mismo amante de la cultura; que brindamos a la Empresa Española encargada de ofrecernos las mejores biografías del XIX. Drinkwater, con su «Cromwell» (1599-1658), nos da el ejemplo.

Pensamos en ello (el interés que tendría para nuestro público una buena biografía articulada, trabajada novelamente, pero exacta en su documentación, de Lope, Góngora, Quevedo, Garcilaso...) a la vista de esta biografía de Mariano Tomás, «Vida y desventuras de Cervantes». Existencia desgraciada si las hay, la de Cervantes se presta como pocas a revelarnos cuando puede la fuerza creadora de un hombre contra los embates adversos de un destino. Es un espectáculo realmente conmovedor, emocionante por su desnivel, el de esta figura genial, a quien la vida se complace en vestirlo de los colores más vulgares y miserables. Mariano Tomás procura en su biografía purgar a Cervantes, por decirlo así, de algunos de aquellos tonos, para darnos una imagen por completo pura. Le ajusta a la perfección sus cuentas como alcahalero, lo redime de su vida en Valladolid. Acaso esté en lo cierto. Pero si fuese de otro modo, ello no tendría otro valor que no fuera el de cargar las tintas en la desgracia de Cervantes, puesto que la ética del hombre está sobradamente palmaria en su obra.

La importancia del biografiado y lo ceñido del relato prestan interés a esta obra de Mariano Tomás. Escrita con buena documentación, ofrece su relato la medida justa de la vida de Cervantes, al propio tiempo que el sabor de la época. Lástima que este sabor haya querido obtenerlo el autor a costa del estilo, a costa de la sencillez, engolando la voz y adoptando un empaque cervantesco de circunstancia.—E. S. y Ch.

**DON ANTONIO GARCÍA REYES Y ALGUNOS DE SUS ANTEPASADOS.**

El cuarto volumen de la interesantísima obra que don Miguel Luis Amunátegui Reyes, está publicando sobre el ilustre escritor, político y estadista don Antonio García Reyes, es uno de los trabajos más dignos de alabanza entre cuantos ha producido este laborioso historiador.

El volumen que acaba de aparecer comprende el período agitado y dramático desde la designación de don Manuel Montt como candidato a la Presidencia de la República hasta la batalla de Loncomilla. Es aquel año 1851, uno de los más fecundos en gra-

ves sucesos decisivos para la suerte de Chile que ha habido después de la independencia. Toda la historia de Chile debía llegar ese año a una curva en que se decida su rumbo futuro. Los últimos resplandores del caudillismo iban a ser extinguidos por el criterio de orden y legalidad constitucionales que imperaría en Chile por tantos años.

La obra del señor Amunátegui tiene un plan sencillo, pero que ha debido imponer al autor un trabajo enorme. Los hechos están narrados en forma clara, sintética. Pero su narración se enlaza a cada paso con una serie maravillosa de documentos de la época elegidos con gran sentido crítico y presentados con observaciones que los aclaran, los completan, les dan vida. Los personajes viven y hablan por sí mismos.

Son singularmente valiosas las cartas de García Reyes escritas en el estilo elegante y nervioso que traduce la impetuosidad de su carácter, su pasión patriótica, su nobleza, su generosidad, su invariable adhesión a ideales altísimos de bien público, y su lealtad caballeresca.

Pero a su lado hablan en cartas bellísimas sus corresponsales, los amigos a quienes sin cesar se dirige, y estos amigos de García Reyes son Manuel Antorrio Tocornal, Antonio Varas y otros de los grandes obreros de la grandeza de Chile.

Desde que García Reyes parte al sur como secretario del General Bulnes en la campaña para combatir la insurrección promovida por el general Gruz, el señor Amunátegui usa admirablemente el prolijo diario de García Reyes, documento de valor histórico y literario. La refinada cultura de García Reyes da a este diario el carácter de una obra que por sí sola podría constituir un orgullo de las letras nacionales.

El señor Amunátegui ha realizado un verdadero «tour de force» literario en la composición de su libro. Rara vez se puede hacer uso de tanto documento sin caer en la monotonía y comprometer el orden y animación del relato. Cartas, diarios, artículos de la prensa de la época cobran en el libro del señor Amunátegui una vida nueva, se engarzan en la narración, aparecen a la vista del lector como parte animada y lógica de la sucesión de hechos y van revelando, no sólo los sucesos, sino además la psicología de los personajes, a quienes se oye hablar y en cuya intimidad entramos sin esfuerzo.

Por nuestra parte, podemos decir que por primera vez nos hallamos en la incontable literatura chilena histórica con un libro hecho en gran parte de documentos y cuya lectura es amena, fácil y seductora.

Así nos damos cuenta del carácter admirable de García Reyes, de su enérgico patriotismo, de su disposición para sacrificarse por el servicio público. Este hombre de letras, civil por temperamento, sigue al ejército, contribuye con su consejo sagaz y siempre bien equilibrado a las mismas operaciones militares, tiene una visión de estadista que jamás nublan las pasiones del momento, trabaja sin ambición personal, sin odios, generoso siempre, caballero sin tacha hasta en

los más pequeños detalles de su actividad, de sus pensamientos, de sus afectos.

Y de todo el libro se desprende como un perfume la sensación de que los hombres de esa época, conductores de este pueblo de Chile que les había confiado su suerte, eran caballeros, es decir hombres con un profundo sentimiento del honor personal y el honor de la patria, con amor ardiente a la justicia y al bien, con un desprendimiento absoluto de todo interés mezquino. Hay en ellos raza noble, raza, y sus cualidades morales y su cultura intelectual bastarían para explicar la gloriosa historia de nuestros país en esos años y los que les siguieron. Ellos fundaron una tradición de la cual ojalá supiéramos los chilenos hacer una religión.

Bulnes y Cruz, frente a frente en el campo de batalla, cambian cartas que los revelan como hidalgos igualmente puros en sus intenciones y limpios en sus procedimientos. García Reyes y don Manuel Antonio Tocornal, encargados de pactar con el vencido de Loncomilla, parecen los emisarios de algún cónsul de la antigua Roma por la austera y generosa actitud que asumen.

El señor Amunátegui ha hecho un libro consolador en medio de las melancolías del presente turbio, un libro estimulador en las horas de desfallecimiento, un libro cuya lectura deja al doblar la última página este pensamiento que tonifica nuestras almas: Tiene el derecho de vivir una limpia existencia política en el pleno goce de libertades democráticas, en el orden y el progreso, una nación con esa historia, con esos hombres, con esa tradición.

Y es mérito extraordinario de la labor de investigación de don Miguel Luis Amunátegui que tenga perseverancia y fe y entusiasmo a pesar de haber perdido casi por completo la vista. La luz interior que alumbraba su espíritu lo guía en su esfuerzo y este trabajo, cien veces más penoso y más paciente que el de cualquiera, aparece para nosotros cien veces más admirable en su precisión, su prolijidad y su valor histórico y literario.—C. Silva Vildósola.

**LA QUIMICA DEL  
CANCER,** por  
Angel H. Roffo y  
Joseph Thomas.  
Buenos Aires.

El nombre del Dr. Angel H. Roffo está tan profundamente ligado al estudio de todo lo concerniente al problema del cáncer,

que sería virtualmente imposible en cualquier centro científico mencionarlo sin recordar al mismo tiempo la intensa y fecunda labor de investigación realizada durante tantos años en Buenos Aires por el prestigioso director del Instituto de Medicina Experimental.

El aporte del Dr. Roffo ha sido una vez más valioso al editar, juntamente con el Dr. Joseph Thomas, de París, un importante volumen dedicado a «La química del cáncer». El problema del cáncer, según los autores del referido libro, ha ido más allá del estudio histológico de los tejidos, cuya descripción ha

apasionado tanto a los anatomo-patólogos contemporáneos. La concepción actual es más profunda y, por ende, más compleja; analiza los fenómenos que el microscopio no puede percibir y describe la anatomía química, que constituye la orientación actual de la ciencia médica en el estudio de los hechos biológicos.

El libro consta de ocho capítulos, dedicando sus autores los cinco primeros a tratar los constituyentes químicos de la célula, los procesos fermentativos y tóxico de los tejidos: Abordan el tema dando muestras de un profundo conocimiento de la cuestión, refiriéndose especialmente a la química del terreno canceroso, los factores predisponentes, herencia, la influencia de los regímenes alimenticios, las defensas del organismo contra la incasión: tumoral, la acción aceleratriz o inhibitoria de las glándulas de secreción interna y por último, la terapéutica general, con prescindencia de la radioterapia y la cirugía.

Completa este importante volumen, destinado en especial a los estudiosos, una extensa bibliografía moderna relacionada con el tema.

**LAS INVESTIGACIONES CIENTIFICAS EN NUESTRAS EDUCACION,** por el Dr. Moisés Mussa B.

El autor de este interesante cuaderno pedagógico, continuación de otro. «Nuestro Problema Educativo», que

tan favorable acogida tuvo de parte de la crítica y en los círculos científicos y educacionales, ha recibido del Dr. Guillermo Mann, ex-Director del Instituto Pedagógico, las siguientes encomiásticas líneas:

«Guillermo Mann, saluda atentamente a su estimado colega y amigo Dr. don Moisés Mussa B., y habiendo terminado la lectura del folleto intitulado «Las Investigaciones Científicas en nuestra Educación», felicita a su autor por esta nueva y magnífica contribución al encauzamiento definitivo de la educación chilena.

El cuadro de problemas, que se expone en el libro, representa un concienzudo trabajo preliminar, absolutamente necesario, que servirá de provechoso itinerario para la realización de estos estudios, cuando, algún día, ella se emprenda en forma sistemática.

¡Lástima que los tiempos se presenten poco favorables para una obra de tan vasto alcance, como lo serían estos estudios! Pero siempre será posible e indispensable iniciarla, mancomunando, en forma racional, alrededor de esta trascendental tarea, a los varios organismos ya existentes y que pueden utilizarse para el mismo fin y se obtendrán los resultados, hoy deseables solamente.

Esperemos que pronto se dé este gran paso hacia el progreso educacional del país y entonces, será posible aquilatar los méritos del valioso estudio sobre «Las Investigaciones Científicas en Nuestra Educación», por sus frutos ulteriores y completos.

**TESTAMENT PHILOSOPHIQUE EN FRAGMENTS**, por Félix Ravaisson. Precédés de la noticia lue en 1904 a l'Accadémie de Sciences morales a politiques, por Henri Bergson. Paris.

Este libro recopiló las notas que en papeles sueltos y no sistematizadas halló en la mesa del autor, después de la muerte súbita de éste, un amigo de él, y publicó, 1901, Mr. Xavier León.

Este libro es la ampliación de aquel trabajo.

Para comprender la elaboración del «Testament philosophique» y de los «Fragments» precisa saber que Ravaisson existió desde 25 de Septiembre hasta 18 de mayo 1900; que vivió entre los hombres más ilustres del pensamiento francés en todos los órdenes y que tocó personalmente a muchos de esos órdenes; a los ocho años mostraba afición y aptitud para las Matemáticas, para la Historia y para la Arqueología; después, en el Colegio Rollin sobresalió en el «Estudio de la Metafísica de Aristóteles» por él fué premiado, a los veinticinco años de edad, en un Certamen de la Academia francesa de Ciencias Morales; en 1847 publicó el segundo tomo de la moderna materia, y anunció otros dos que no llegó a imprimir ya, casi seguramente, ni a redactar. Por entonces, en el «Beone de métaphisique» de Enero de 1848, Michelet lo señalaba como a uno de los cuatro espíritus críticos de Francia; los otros eran Letronne, Boumonf y Queicherat.

Pero a la vez y desde niño, era artista; aprendió la pintura con Broc, el dibujo con Chasseriau, discípulos de David y amigos de la familia materna de Ravaisson. Pintó retratos y los expuso firmados «Laché», primera parte de su apellido paterno; él era Laché Ravaisson, y, por su madre, Mollin; de 1835 a 1845 estudió Arte italiano y Filosofía del Arte; señaladamente, la incluida en el «Tratado de pintura» de Leonardo da Vinci.

En 1838 escribió su tesis doctoral de Filosofía: «Las costumbres», que es una tesis filosófica de la naturaleza.

Salvandy, Ministro de Instrucción Pública lo hizo asesor del Departamento; después, Inspector de Bibliotecas; en este cargo trabajó mucho de 1841 a 1862. Ya en 1849 ingresó en la Academia Francesa, sucesor de Letronne, el otro gran crítico.

En 21 de Junio 1853 fué nombrado Presidente de una Comisión encargada de presentar al Ministro un proyecto de enseñanza de Dibujo. La formaban Delacroix, Ingres, Flandrin; él redactó el Reglamento de 29 de Diciembre de 1853; caso análogo al proyecto de Cánovas, para cuya realización Cánovas hizo venir de Italia al aragonés Pradilla; pero Cánovas fracasó ante los derechos adquiridos de los profesores de Dibujo, los cuales no sabían dibujar pero eran funcionarios inamovibles.

En 1867, Duruy, su condiscípulo del Colegio Rollin, Ministro entonces, lo hizo presidente del Jurado de la Exposición de París.

El instaló el Museo Campana; enterado de su acierto en aquella labor, Napoleón III lo

nombró, 1870, Conservador de Antigüedades y de Escultura moderna en el Museo de Louvre. Poco después, sitiado París, Ravaisson hubo de transportar a subterráneos todos aquellos tesoros para librarlos del golpe y del fuego. Restablecida la paz, se dedicó minuciosamente a la depuración de las restituciones de lo antiguo; él corrigió la colocación de las piezas de la Venus de Milo y de la Victoria de Samotracia; y depuró también, en una Memoria leída en 25 de Octubre de 1900 ante las cinco Academias de Francia, el significado primitivo de los mitos, rebajados después para pasto del vulgo.

Pero mientras realizaba todos esos trabajos continuaba estudiando, con preferencia, Filosofía. Su muerte, casi repentina, a los ochenta y siete años de edad, lo halló en esa labor, y lo último de ella forma este libro de la col. Boivin.—J. M. P.

**ARTE DEL ANTI-GUO ORIENTE**, El segundo volumen de la monumental «Historia del Arte» que publica la Editorial Labor está dedicado al arte del antiguo Oriente y es

el quinto que aparece de la espléndida serie de diez y seis que formará la obra completa.

Como se dijo en ocasiones anteriores al reseñar los tomos relativos al arte en la India, China y Japón, y el de arte en el Islam, la espléndida iconografía que acompaña al texto, breve en comparación con aquélla, constituye una de las mayores victorias del arte tipográfico al haber logrado desviar la enseñanza y crítica de las artes plástica de sus cauces habituales. Por la inmensa capacidad de ejemplificación objetiva que las artes tipográficas tienen hoy, los autores prefieren apuntar suscitadamente sus tesis, dejando que el lector, a la vista del caudal de ilustraciones, haga la comprobación oportuna. En este sentido, los libros modernos de historia del arte son, más que tales libros, algo semejante a la conferencia del profesor en el museo o ante los lugares donde las obras de arte se exponen al aire libre.

Tal género de explicaciones «sul loco» ha sido reemplazado en la enseñanza y estudio crítico de las artes plásticas por conferencias con proyecciones y películas cinematográficas. En efecto, de las primeras, el libro moderno, tal como los volúmenes de la Historia del Arte Labor lo muestran, es muy preferible a ese género de conferencias ilustradas, porque en éstas el ejemplo desaparece rápidamente de la vista del auditor, quien no tiene tiempo suficiente para comprobar la tesis del disertante, ni apenas encuentra lugar para pensar por cuenta propia, resultado este último que es el único eficaz.

El libro, en cambio, deja ante la vista del lector los ejemplos suficientes para que él proceda comparativamente ante los casos presentados como ejemplares y sus variedades. El texto del autor expone concisamente hechos y fechas y su relación (sin lo cual unas y otros carecen de nexo y de coordinación suficiente), y saca, consecuentemente,

el principio teórico, es decir, el fundamento espiritual, que ha dado por consecuencia un determinado aspecto del arte, habida cuenta de las circunstancias exteriores en que se produce. La historia así concebida participa de la crítica, y el resultado es, en ambos aspectos, la más alta concepción crítica e histórica.

Modelo de esta manera de enfocar la filosofía del arte en sus perspectiva histórica es el capítulo de Heinrich Schaefer sobre el arte de Egipto que constituye la primera mitad del volumen en cuestión. Sobre todo, el ensayo preliminar es sustancioso, dedicándolo Schaefer a mostrar la manera peculiar a los artistas egipcios de considerar ideológicamente su representación de los objetos, no como a partir de los griegos ocurrió, acomodándola a las normas visuales de la perspectiva. En éstos, la representación plástica tiende a reproducir las cosas «tal como se ven» es decir, tal como se pintan en la retina, y desde ese momento surge en la plástica el arte del excorzo. En todo el arte anterior al siglo V antes de Jesucristo, el artista tiende a expresar plásticamente su idea de la cosa, es decir, la imagen que se pinta en su imaginación, no en su retina. Sin categorizar las artes, lo mismo cuida la exquisita manufactura de una cabeza de reina que la pata de una silla. Así todo el arte egipcio, que parece dictado por un sentido decorativo, se mueve en un plano de valoración espiritual equivalente, y por intuitiva compensación, si las figuras vivas se estilizan hasta convertirse en escritura simbólica, las que representan objetos parecen dotadas de una espiritualidad misteriosa, que, en resumen, proviene tan sólo del punto de vista, punto de partida, del artista, ya que cosas y personas son, estrictamente, «ideas» de unas y otras; por lo tanto, verdaderos destellos del espíritu creador.

Schaefer divide su cronología del arte egipcio en cinco partes: desde los orígenes conocidos al año 3200, o sea la Prehistoria hasta el comienzo del período primitivo en el Imperio Antiguo, y de aquí hasta el año 3000, en que termina ese período, llegando hasta 2270, lapso de tiempo en donde se levantan las Pirámides. El Imperio Medio se desarrolla entre los años 2100 a 1700, aproximadamente, al que sucede el Imperio Nuevo, entre 1580 a 712. La época final transcurre entre esa fecha hasta fines del siglo IV de la Era Cristiana, deteniéndose aquí el estudio de Schaefer.

Walter Andrae trata en la segunda mitad del volumen del arte del Oriente anterior: esto es, de los países enclavados entre el Mar Rojo y el Mar Negro en sus primeras civilizaciones históricas; época primitiva y edad de oro en Mesopotamia, época final en Babilonia y Elam, época final en Asiria, arte de los hititas y arameos, arte de los ajemidas y arte de los partos.

La realización tipográfica honra a los Talleres Gráficos Iberoamericanos, donde se ha llevado a cabo la tirada. La traducción ha sido hecha con exactitud y esmero por Luis Boya Saura.—S.

**LA LINFOGRANULOMATOSIS SUBAGUDA BENIGNA**, por el Prof. José Gay Prieto. Madrid.

En el campo de la Venereología ha quedado definitivamente consagrada como entidad patológica la llamada enfermedad de Nicolás y Favre.

No se trata de un proceso de reciente aparición a catalogar entre los ya clásicos de origen venéreo. La linfogranulomatosis inguinal tiene su ciclo histórico, como lo tuvieron todas las enfermedades que por su homogeneidad clínica con otras análogas vivieron muchos años sin lograr la individualización, a la que por su etiología, su clínica y su tratamiento tenían derecho.

Sólo el incesante progreso de la medicina, fruto del trabajo de los experimentadores, arranca al confusiónismo los nuevos tipos patológicos. Esta singularización abre el camino recto, por el que la ciencia médica ha de cambiar hacia su eterno ideal de luchar y vencer rápida y eficazmente a todo agente morboso.

El doctor Gay Prieto, profesor de la Facultad de Medicina de Granada, acaba de publicar una interesantísima monografía sobre la linfogranulomatosis inguinal subaguda. Monografía, por lo limitado del tema. Verdadero libro, por la amplitud de su exposición y por el pródigo caudal de conocimientos que avaloran el ameno texto.

El libro de Gay resume todo lo publicado hasta la fecha sobre la enfermedad de Nicolás y Favre. En ese compendio de publicaciones forzosamente ha de figurar en vanguardia la experiencia del autor, claramente patentizada en seis años de singular trabajo en los problemas clínicos y de laboratorios anejos al nuevo proceso venereológico.

Como dice el profesor Covias en el prólogo de la obra, el trabajo de Gay «pone al día una enfermedad de conocimiento relativamente reciente, y en la que se han realizado en muy próxima fecha grandes avances».

Si para los venereólogos el libro de Gay adquiere categoría de indispensable, los médicos generales, y especialmente los cirujanos, encontrarán en esas páginas la explicación de algunos errores diagnósticos y de los subsiguientes fracasos terapéuticos.—Dr. S. B.

**EINIGE METAPHERN IM AZTEKISCHEN DES P. SAHAGUN** (Algunas metafóras en el azteca del P. Sahagún), por Georg P. Hoeltker. St. Gabriel - Modling bei Wien.

Alegando las definiciones de algunos filósofos especializados en filosofía lingüística define el autor el término «metafóra» Reproduce algunas de las metafóras sumamente interesantes que abundan en la obra de Sahagún, las traduce e intenta explicarlas. Este artículo es el primer paso hacia la solución del problema del por qué y de qué manera se sustituyen unas palabras a otras, unas o otras locuciones. En un libro más extenso que el autor anuncia ya se propone buscar las fuentes re-

ligiosas y etnológicas que desempeñan papel tan importante en estas modificaciones y, en general, en la formación de la lengua primitiva, y entre las cuales predomina la ley del Tabú.—Georg Sachs.

**VIDAS SIN SECRETO**, por Vicki Baum. Empresa Letras acaba de prestigiar su colección los

Grandes Escritores con una nueva obra de Vicki Baum, la novelista austriaca que tanto renombre alcanzara entre nosotros con «Grand Hotel», uno de los mayores éxitos editoriales del presente año.

«Vidas sin secreto» es fruto de una larga estada de Vicki Baum en Hollywood, mientras dirigía la filmación de su novela Grand Hotel, ella pudo observar la vida agitada de los astros del cine y darse cuenta de las pasiones y de las miserias de aquellas estrellas que el público juzga felices, indolentes, despreocupadas. Toda la vida en Hollywood, con su infinita cadena de ilusiones y esperanzas, retratada con el talento que Vicki Baum sabe poner en sus obras.

Los personajes principales de esta novela son Oliver Dent, un actor joven, hermoso, atrayente, con toda esa simpatía que caracterizaba a Valentino, a quien por cierto Dent recuerda poderosamente; y Donka Morescu, de rasgados ojos de gitana, de negros cabellos de azabache, gentil y pasional. Para el trazado psicológico de este personaje, ¿se inspiró Vicki en Pola Negri? Hay en Hollywood muchos que lo creen así...

Como en Grand Hotel, en «Vidas sin Secreto» obra que ha sido traducida especialmente para Empresa Letras, la acción es movida, rápida, casi cinematográfica. El argumento de aquellos que apasionan y los personajes está trazados para llevarse desde el principio hasta el fin toda la simpatía de los lectores.

**LENA KEMPT, CONFECCIONES**, N.º 26 de Biblioteca Letras a la obra de un joven autor que en Alemania ha

triunfado con sólo la publicación de una novela. José Breitbach se llama el autor y «Lena Kempt, confecciones» la novela.

Obra de acción rápida y movida, los personajes de Lena Kempt pertenecen a aquella joven generación alemana que ha despertado para conocer las miserias materiales y espirituales de la post guerra. Una muchacha amargada que piensa que el único ideal de su vida es luchar junto al partido Comunista, pero que pronto debe convencerse de que, como todas las jóvenes de su edad, vive para el amor, sufre por el amor y desea que llegue el amor. Ella, Lena Kempt, empleada de una gran tienda es la protagonista de esta obra de Breitbach, de la cual ha dicho Stephen Sweig que es «el más importante documento de la nueva generación».

Novela nueva, concebida y realizada según procedimientos modernos, creemos que logrará gustar extraordinariamente al público, al mismo tiempo que tendrá el mérito

de dar a conocer un gran escritor germano, como es José Breitbach.

**NIETZSCHE**, por Genevieve Blain. Colección Maitres des Littératures. París. Con una claridad analítica y expositiva que no excluye la vehemencia cordial, el autor de este libro traza el extraordinario

paisaje mental de Federico Nietzsche de una manera tan notable que constituye, sin que de ello se haga mención expresa, un real homenaje al autor de «Así hablaba Zarathustra», en el momento en que se cumple el cincuentenario de la primera parte de ese espléndido poema.

Ambas cosas claridad y cordialidad, eran necesarias para hablar de un hombre como Nietzsche, en quien el pensamiento se convierte en materia poética al empaparse de las más íntimas sustancias vitales. Filósofo y poeta, en quien la sabiduría, que es la más alta norma de conducta humana, es como un vino embriagador que exalta todos los poderes vitales y conduce a un estado de supremo lirismo. El hombre, ebrio del jugo que derraman los frutos del árbol de la ciencia, ve en la vida y en el Hombre el supremo espectáculo y comprende que toda ciencia y toda moral consisten en facilitar su juego, en hacerlo más alto, más noble, más claro y más apasionado. Libertad como bien supremo; emancipación de falsas leyes, que someten al Hombre bajo el yugo de la común Humanidad; liberación de las normas morales basadas en la miseria y en dolor. No es el abrazo plural de Schiller a los millones de seres que pueblan el mundo y que Beethoven cantó después de haber exaltado al Héroe durante su obra entera. Pero se sabe que hay en esto una interpretación esotérica. Schiller juega con el equívoco de «Friede» y «Freude», libertad y alegría. Aunque el vocablo «Friede» no pudiera imprimirse por razones políticas, ¿cómo podría concebirse la alegría sin la libertad? Y cuando dice: «¡abrazaos, millones de seres!», ¿es que cantaba una fraternidad de esclavos?

En todo filósofo hay un físico o un poeta. Toda filosofía se resuelve en fórmula o en poema: última cifra. Supremo simbolismo, que al encerrar al espíritu en cárceles literales, al mismo tiempo lo universaliza. De la fórmula o del verso, la trascendencia irradia como un superior magnetismo, como una electricidad espiritual. Mil alas brotan en sus articulaciones y le comunican su poder trascendente. Psicoelectrones que cargan de fuerza espiritual al símbolo, verso o fórmula, o frase musical, o armonía cromática, que son como las llaves que abren las puertas del mundo superior del espíritu. Lámparas maravillosas que iluminan el maravilloso paisaje de la vida y de la inteligencia al Aladino que sabe manejarlas. Aladino, el hombre con alas. El super-hombre.

Mas la humanidad se contenta con poco. La riqueza espiritual es una carga. Toda sabiduría es un pecado social, como el capitalismo. La libertad de espíritu, un delito contra el Estado. Esa lámpara de Aladino se le antoja un utensilio de museo. Para sus usos

diarios le basta con un chisquero. El hombre moderno ha convertido la lámpara maravillosa en un encendedor automático.

Quizá pudiera hacerse una filosofía de los fumadores, como Carlyle escribió la de los sastres. Con qué pasión vería Zarathustra a los hombres que prefieren echar humo a echar chispas. Hacer humo en la boca y tragárselo, en vez de arrojar de pecho afuera el torrente de la palabra. Digerir el humo, como se digieren los libros, para soltar en seguida lo leído como lo fumado. Se conoce a algunos lectores, decía Nietzsche, por que la tinta, aún fresca, los ha embadurnado. En los cafés, en los periódicos, abundan estos embadurnados de ideas frescas.

Algunos libros, el de Genevieve Bianquis entre ellos, deberían estar impresos con tinta roja. Así darían un poco de color de vida al lector exangüe. Es un libro tónico, rico en fósforo, fácilmente asimilable. Simplemente por su «utilidad pública» debe ya recomendársele.—S.

**LA NOUVELLE  
CONSTITU-  
TION ESPAG-  
NOLE, por Adol-  
fo Posada. París.  
LA IDEA PURA  
DEL ESTADO,  
por Adolfo Posada.  
Madrid.**

Adolfo Posada, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, acaba de publicar dos libros de sumo interés para la mejor comprensión del texto constitucional hoy vigente en España. El primero

titulado «La Nouvelle Constitution Espagnole», apareció en la «Bibliothèque Constitutionnelle et Parlementaire Contemporaine» dirigida en París por Joseph Barthélemy y B. Mirkiné Guetzévich, y estos dos profesores de la Universidad de París presentan el libro de Posada con un sustancioso prólogo donde resumen la labor constante y atinada del profesor español, sus considerables aportaciones a la ciencia jurídica, que —como es bien sabido—obtuvieron el general aplauso. Hablan Barthélemy y Guetzévich de la «ciencia profunda», de la «erudición inmensa», de la «producción universalmente estimada» del autor; y subrayan la más preciosa característica de Posada, su difícil arte, primordial y necesario, de glosar los textos. «Aunque—añaden—lo que él ante todo busca es, más allá de la letra fría y muerta, la cálida realidad viviente». No es Adolfo Posada el frío y hosco jurista que expone y comenta, sino el hombre en todo momento comprensivo que sigue con la máxima atención las ondulaciones de la vida individual y colectiva. No basta—dicen los prologuistas—el mecanismo perezoso de la lógica abstracta; hay que penetrar en la vida política del país, observarlo objetivamente, con el doble antejo del hombre de ciencia y del hombre sensible a cualquier oscilación imposible de registrar en aparatos clínicos.

Estudiar cómo las instituciones reaccionan al contacto con los hechos, investigar la influencia de los textos. Ciencia difícil que muchos autores desdennan, esos autores que, en vista de los esfuerzos que supone, se vieron obligados a renunciar a ella. «Puesto que él estudia la vida, Adolfo Posada, como

autor, tiene el interés de la vida». El libro, pues, «La Nouvelle Constitution Espagnole» es algo más que una lección jurídica, es una lección vital.

Es además un fino compendio de la historia política española a partir de las primeras constituciones. Y en una sabrosa introducción se exponen los orígenes españoles del régimen constitucional, las tradiciones, las ideas preliminares de nuestros grandes teólogos y juristas, la evolución que el autor llama acertadamente «dramática» del constitucionalismo español, los movimientos nacionales de comienzos del siglo XIX, la ineficacia de la Constitución de 1808, cuanto de interés se encierra en la historia española de esos años, como fermento de la nueva conciencia nacional, de los hechos últimos que han determinado—inevitablemente—la renovación, asimismo, de sus textos legales.

Profanos en ciencias jurídicas, nuestra misión se reduce a presentar el libro, a subrayar el juicio que mereció a los ilustres jurisconsultos que lo prologan y editan. «Nuestra publicación—dicen—pretende ser de la más alta utilidad para los lectores, estudiantes, profesores, hombre de Estado de lengua francesa. Pero quiere ser también un testimonio de viva y profunda estimación hacia uno de los más altos representantes de la España intelectual. Quiere ser también un homenaje de fraternal simpatía hacia la joven República...» Por nuestra parte, añadiremos que el libro goza de la amenidad suficiente para hacernos asimilable el plato jurídico más hurraño. Al fin es producto del espíritu. «¡Ah! Y el espíritu en todo y sobre todo». Así termina el libro. Durante todo él, en efecto, siempre el espíritu había estado presente.

El segundo libro a que aludíamos se titula «La idea pura del Estado». En él, Adolfo Posada bosqueja una nueva doctrina del derecho político sobre la base de una «recisión total de la significación misma del término que señala el objeto de la política: el Estado». Una nueva doctrina—añade— «mediante la colaboración de lo que podríamos llamar la idea pura del Estado, es decir la definición de lo que constituye su ciencia, depurada merced a la consideración crítica de las fórmulas políticas más contradictorias y más o menos aplicadas o vividas en los Estados modernos». El bosquejo ya publicado es de excepcional interés en estos días en que las viejas construcciones políticas se resquebrajan y urgentemente piden una eficaz renovación.—Benjamín Jarues.

**ETUDES DE PA-  
LEOGRAPHIE  
MUSICALE BY-  
ZANTINE. LES  
IDIOMELES ET  
LE CANON DE  
L'OFFICE DE  
NOEL, por el R.  
P. J. D. Petresco.  
París.**

Da a la estampa el R. P. Petresco las idiomelas y el canon de Navidad según los manuscritos griegos de la décimoprimer, décimosegunda, décimotercera y décimocuarta centurias.

Reproduce el padre

Petresco ediciones de la Biblioteca Nacional

de París, compulsadas con otras de la Biblioteca de Grottaferatta. Estudia además, en un prefacio realmente erudito, las tonalidades bizantinas de la era más remota. Cree el padre Petresco en la genuinidad de estas tonalidades, aunque no niegue tal vez reminiscencias o infiltración de otros modos. La originalidad no es absolutamente pura, pues que la inflexión del canto no cae del cielo ni brota milagrosamente de la tierra. La lectura, por otra parte, de los manuscritos del XII, del XIII y del XIV es en extremo difícil, porque en la notación bizantina hay signos que no se conocen con la justeza necesaria. Analiza los «enekhemas», que, en sentir de los versados en la liturgia, eran típicamente orientales, y comprueba que Occidente... ha usado. Este es un descubrimiento que desbarata conjeturas vigentes en la paleografía musical de la vieja Bizancio. Se detiene el investigador a fijar el sentido de las «martyrias» que faltan en los manuscritos del X y del XI. Minucioso es el examen que el lector consagra a los puntos diacríticos y a los «phtoras», que son los signos que denotan el paso de una tonalidad a otra. Reacredita el autor su autoridad en el mundo del saber cuando al tratar la semiografía bizantina nos ilustra sobre las reglas que presidían la lectura del evangelio, de las Epístolas y de otros pasajes de los libros santos. La explicación en el tratado de los signos simples y compuestos de la notación ekfonctica y de los signos de las notaciones paleobizantina y ñagipolita, sobre las que recapitula y aclara el debate de los eruditos es de las útiles del tratado.

Contiene la obra, además de lo indicado, ciento veintitres páginas de notación moderna. La transcripción de documentos fotográficos es perfecta. Nos ofrece el autor las idiomelas y el canon del oficio de Navidad tal y como se conocían en la edad más áurea del período bizantino. La obra es, en suma, notable y merece ser difundida a través de las fronteras.

Recientemente se reseñaba otro libro, salido de otras prensas, que versaba sobre las liturgias del rito bizantino: la de San Juan Basilio, la de San Juan Crisóstomo y la de Presantificados. La edición, facsímil del manuscrito más remoto de la liturgia de San Juan Crisóstomo, que es el de la Biblioteca Barberini, fué publicada por Brightman en su «Liturgies easter and weatern» (Oxford) y fué descrita aquí, como también la reedición veneciana del «Eucologio».

Asistimos al renacimiento de la liturgia, y son no pocos los sacerdotes españoles que están colaborando en él. La liturgia en todos sus ritos: los de Oriente—Constituciones apostólicas o Santiago, suiñaca o maronita, caldea o malabar, bizantina o armenia, griega marquesa o copta—y los de Occidente—romana o del culto ambrosiano, mozarabe o galicana, de la de dominica o céltica, etc.—P.

**LA CAPACIDAD CIVIL, por Mariano Aramburu,** Biblioteca Jurídica de Autores Españoles y Extranjeros. Madrid.

Debe D. Mariano Aramburu, profesor cubano, a la Universidad española buena parte de su formación. De las aulas universitarias españolas sacó el jurista su copioso caudal de historiografía y hermenéutica, con las cuales mantiene el profesor en América la mejor tradición jurídica de nuestra escuela. Muestra innegable de ello es este tratado, «La capacidad civil», escrito por el señor Aramburu apenas salido de la Universidad madrileña, y cuyo rico contenido obtuvo medalla de oro en 1893. Publicado aquel tratado en 1894, la juventud del autor no fué obstáculo para que las más altas autoridades en la ciencia jurídica lo acogieran con singular beneplácito, reputándolo sin rodeos obra magistral. Poco después de aparecer este estudio, el gran estadista D. José Canalejas, presidente a la sazón de la Academia de Jurisprudencia, lo elevó a testimonio de autoridad transcribiendo algunos pasajes de la obra para confirmar su propio dictamen. Han pasado treinta y seis años desde la primera edición (agotada rapidísimamente) de este libro del señor Aramburu, cuyo estudio jurídico ganó tanto crédito, que no hay obra posterior sobre la materia que no lo cite como fuente bonísima.

La presente edición, cuidadosamente revisada por el señor Aramburu, viene a facilitar la difusión de una obra tan estimada, evitando a la vez a los estudiosos la molestia de acudir a las bibliotecas públicas o corporativas para consultarla. «La capacidad civil» (estudio de las causas que la determinan, modifican y extinguen, según la filosofía del Derecho, la historia de la legislación y el Derecho vigente en España) constituye el más documentado examen sobre la materia. Partiendo en esta obra del concepto y las causas que influyen en la capacidad civil, el señor Aramburu estudia por separado el «nacimiento», el «sexo», la «edad», la «enfermedad», el «parentesco», la «prodigalidad», la «pena», la «religión», la «nacionalidad», la «residencia», la «ausencia», la «muerte», la «personalidad social». No hay causa que influya en el ejercicio de la capacidad jurídica que no esté analizada en la obra del señor Aramburu en sus diferentes aspectos: filosófico, histórico y crítico. A este análisis, por demás documentado y detenido, se agrega en «La capacidad civil» la comprobación de los principios de la filosofía jurídica, así como el acuerdo o desacuerdo en que tales principios se hallan con las leyes.

La Biblioteca Jurídica de Autores Españoles y Extranjeros, en la cual aparece este libro, «La capacidad civil», de D. Mariano Aramburu, ha publicado recientemente, siguiendo la amplitud de su plan, «Las relaciones de vecindad», por Pedro Bofan-

te (traducido y prologado por el señor García Valdecasas), y «La copropiedad», por Luis Donderis Tatay.

**THESES ON PAN AMERICAN TOPICS.** La colección bibliográfica de la Unión Americana de Washington se ha

enriquecido con una nueva obra que tiene la mayor importancia. Nos referimos a las «Theses on Pan American Topics prepared by candidates for degrees in Universities and colleges in the United States», que reúne en un total de 117 páginas 1111 colaciones bibliográficas de memorias, publicadas algunas, inéditas las más, que atestiguan el interés que existe en los Estados Unidos por tratar temas de la vida americana. Por las colaciones vemos que algunas de estas memorias o tesis son trabajos breves, de corto número de páginas, pero que no faltan entre ellas las que tienen material suficiente para llenar volúmenes bastante crecidos. Chile no es el menos favorecido de los países americanos. Muchos son los trabajos referentes a nuestro país que aparecen en esta lista de «Theses on Pan American Topics». Creemos de utilidad hacer una relación de ellos.

Alonso, Paulina: Civic education in Chile. 1923. 144 páginas; Bernholz, Paula Cecilia: The Bolivian-Chilean-Peruvian controversy. 1918; Browdy, Sophie: Tacna-Arica. 1930; Chirgwin, Henry G.: Social conditions in Chile. 1919; Cohen, Benjamin: The early constitutions of Chile. 1810-1814. 105 p. 1927; Dunn, Kathleen Lulu: An analysis of the works of Alberto Blest Gana, with an appendix showing the influence of Balzac. 161 p. 1922; Evans, Henry Clay: Chile and its relations with the United States. X más 243 págs. 1927. (Publicado); Fetter, Frank Whitson: Monetary inflation in Chile. XIII más 213 p. 1926. (Publicado); Gueffroy, Edna Mae: The agricultural regions of Chile. 101 p. 1927; Guerin, Mae Eleanor: The diplomatic relations between the United States and Chile. 62 p. 1915; Hamler, Julia: The Chilean spirit. 39 p. 1917; Hardy, Osgood: The United States and Chile: a study in diplomatic relations with special emphasis on the period of the Chilean civil war of 1891. 450 páginas. 1925; Hendricks, Frances Kellam: Church and state in Chile, before 1891. 241 p. 1931; Jacobs, John M.: The Christ of the Andes. A monument to successful arbitration of an international dispute. 42 p. 1925; Knoles, Edith: The Tacna y Arica dispute. 164 p. 1928; Montalva, Cleo Wakelfield: Andrés Bello, life and writings with special reference to their influence on Chilean life. 38 p. 1925; Noble, Dorothy Vernon: The distribution of the population of Chile; a geographic interpretation. 1926; Petty, McKendree: Some epic imitations of Ercilla's «La Araucana». 250 p. 1930; Petty, McKendree: The United States and the Tacna-Arica controversy. 70 p. 1923; Proctor, Robert Thomas: The diplomatic relations of the United States and Chile.

1811-1910. 122 p. 1924; Raymond, Ethel Gertrude: The historical basis for Alberto Blest Gana's novel Durante la Reconquista. 204 p. 1930; Recart, Horacio, jr.: A study of Chilean woods. 55 p. 1923; Reeves, Dorothy Lois: Juan Valera and Spanish American literature with special reference to the literature of Chile. 67 más II páginas. 1927; Sala Díaz, Darío E.: A comparative study of the normal schools of the United States and Chile. 88 p. 1907; Shaw, Paul Vanorden: The early constitutions of Chile. 1910-1833. 181 p. 1932, (Publicado); Sherman, William Roderick: The diplomatic and commercial relations of the United States and Chile. 1820-1914. 224 p. 1923, (Publicado); Trainor, Frederick J.: The future of Chilean nitrate. 30 p. 1929; Uliet, Andrew Monroe: Our diplomatic relations with Chile. 83 p. 1922; Wilson, William Charles: The historical elements in the novels of Blest Gana. 239 p. 1928.

Fuera de estos trabajos que hemos enumerado, hay o debe haber múltiples referencias a Chile en muchos otros que tratan en general de los países americanos, ya sea considerados desde el punto de vista político, ya sea literaria o social o industrialmente. La Unión Pan Americana podría completar admirablemente, por lo que a Chile toca, la tarea que ha cumplido al publicar esta lista, si enviara a este país copia de los estudios que hemos colacionado. Es seguro que salvo los que hemos indicados como publicados ya, casi todos los restantes no podrán en los Estados Unidos salir de la condición de inéditos, por razones que es fácil suponer. En cambio, en Chile hay muchos de esos trabajos que podrían ser publicados fácilmente. Suponemos, además, que la mayoría de ellos serán positivas adquisiciones en cada una de sus especialidades, ya que los procedimientos de trabajo a que se sujetan los estudiantes de establecimientos superiores de los Estados Unidos son por lo común sobresalientes.

Debe dejarse testimonio, también, de que en el índice de colegios y universidades que completa esta lista de «Theses on Pan American Topics», la Universidad de California, Berkeley, es la que figura con la más alta cuota. No en balde se la considera el establecimiento de educación superior que sigue más de cerca en los Estados Unidos la vida hispanoamericana.

Finalmente, anotemos que no es ésta la primera edición de esta lista, sino la segunda. La primera fué publicada en Julio de 1931, con un total de 502 colaciones.—Raúl Silva Castro.

**DISEÑOS, versos,** El clasicismo es lo actual; el romanticismo es la nostalgia, ha dicho con esa difícil facilidad con que analiza los más hondos problemas literarios o sentimentales José Ortega y Gasset, y el recuerdo de esta frase brota en nuestro espíritu al hojear este pequeño volumen de versos claros, transparente y clásicamente sentimentales.

Los versos de Julio Selph son de legítima honradez, histórica y sentimental; nada puede tacharse en ellos de falso o rebuscado; todo es profundamente suyo: aún aquellos himnos de las páginas 67 y 69, que—con mejor acuerdo—no deberían estar incluidos en esta obra de arte y de emoción.

No es difícil adivinar entre las bellezas de este libro que, junto al corazón emocionado del artista, vibra también el espíritu estudioso y profundo del maestro; su continuo recuerdo del pasado, la aplicación perfecta y medida de los adjetivos, el correcto decir, hablan del maestro que un soplo de emoción ha convertido en artista.

Esta impresión se convierte en evidencia al leer algunos de sus versos como «Sátira», página 72, en que el azote de Juvenal aparece fustigando la ineptia, la traición y el impudor del traficante del poder.

Ciega la multitud en su ansia viva de remediar su mal, no vió tus males, y a un tiempo fué tu reina y tu cautiva, y te encumbró entre aullidos infernales; y desde entonces gime temblorosa la Patria de Carrera y de Portales».

Pero esta dolorosa explosión de ira, clásicamente evocadora en el alma artista y patriota del poeta, se trueca a veces en una tormentosa disección anímica, en que procura, dentro de su espíritu azotado por la duda, buscar un rayo de esperanza, un anhelo de fuerte y digna serenidad:

«Ciega la humanidad, luchando gira sin rumbo ni concierto, como el loco que, no pudiendo nada, a todos aspira, Del Cristo la enseñanza tiene en poco, se mofa del honor y de lo bello: lleva en su pecho de impudicia un foco, y en su arrugada faz el negro sello de un egotismo exasperante. Nada le queda casi del astral destello

con que ornara su frente inmaculada en otro tiempo, el Hacedor Divino: ¡un sepulcro es sin fondo su mirada!»

(pág. 44)

Y por si fuera poco el culto a lo clásico que demuestran estos versos, podemos admirar el corte impecable del terceto, hoy desterrado del arte poético y que fué, no sólo en el tiempo de la literatura latina, sino en nuestro Siglo de Oro, el metro dilecto y preferido de nuestros grandes poetas.

Pero no es solamente esta cuerda de la duda, elegante y en cierto modo artificiosa, o de la sátira de carácter social y político, oportuna y patriota, la que vibra en esta colección de versos. También Selph canta los íntimos y dolorosos ensueños, las subjetivas y reidoras esperanzas:

«¿Será que mi dolor conmigo lloras?

¿O será que te aqueja

el lánguido recuerdo de otras horas?

¿O acaso que en tí mi alma se refleja

con desnuda verdad, y que en tí siento

vibrar mi propia queja,

debatirse mi propio pensamiento?» (pág. 39).

En realidad ante este poeta enamorado de la corrección, purista sobre todas las cosas, el ánimo del lector se agita con emociones olvidadas por lo escasas, pero honradas y legítimas como oro de la mejor ley. Y es que Julio Selph elige con pasión de hombre culto y selección de enamorado de la belleza, vocablos, términos y giros para llenar la oquedad de estos vasos con el agua pura y cristalina de su espíritu y su arte.

No hay perfección donde no hay elección» dice el selecto Gracián en sus «Tratados»: Julio Selph, poeta y gramático, ha seleccionado y escogido en su espíritu las más bellas emociones y en su lenguaje las palabras justas y bellas: he aquí lo mejor de su obra.—C. M.

# REVISTAS

**Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción (Chile).** Tomos V y VI. Año 1931-1932.

ver Schneider, Carlos. Observaciones Psico-biológicas acerca del Dromiciops Australis, Fd. Ph. vulgarmente llamado «Colo Colo».—Henckel, K. O. Contribuciones al estudio de la antropología chilena. I. La disposición de las crestas papilares de las falangitas en la población de la provincia de Concepción.—Herzog, Ernst, Estudios experimentales sobre la influencia de la nicotina y otros venenos sobre los ganglios simpáticos periféricos.—Rahm, Gilbert, Observaciones sobre los grupos sanguíneos en la Isla de Pascua.—Wilhelm, Ottmar, Los Helminthos parásitos intestinales en los mineros de la región carbonífera de Concepción (Chile).

**Aulos.** Revista musical. Junio-Julio de 1933. Año I, N.º 6. Santiago de Chile. Director Domingo Santa Cruz.

en Alemania, por Jorge Urrutia.—La formación del madrigal inglés, por Enrique López Lawrence.—Trae, además, interesantes notas sobre la vida musical del presente, tanto en Chile, como en Uruguay, Alemania, Austria, Francia, Italia, España, Bélgica, Suiza y Grecia.

**Meditaciones.** Año I, N.º 3. Julio de 1933. Santiago de Chile. Director: Norberto Pinilla.

novedoso: «La primera lección de un curso sobre el estudiar y el estudiante».—José Ortega y Gasset.—«Dos poemas».—Romeo Murga.—«La cooperación intelectual».—Samuel Ramírez Castilla.—«Hacia un jar-

Publicación auspiciada por la Universidad de Concepción.

SUMARIO:

Goetsch, Wilhelm, Estudios sobre Zoogeografía Chilena.

Observaciones Psico-biológicas acerca del Dromiciops Australis, Fd. Ph. vulgarmente llamado «Colo Colo».—Henckel, K. O. Contribuciones al estudio de la antropología chilena. I. La disposición de las crestas papilares de las falangitas en la población de la provincia de Concepción.—Herzog, Ernst, Estudios experimentales sobre la influencia de la nicotina y otros venenos sobre los ganglios simpáticos periféricos.—Rahm, Gilbert, Observaciones sobre los grupos sanguíneos en la Isla de Pascua.—Wilhelm, Ottmar, Los Helminthos parásitos intestinales en los mineros de la región carbonífera de Concepción (Chile).

SUMARIO:

La Sociedad Bach y su misión histórica, Editorial.—Apuntes sobre nuestro folklore musical, por Carlos Isamitt.—Aspectos de la educación musical en Alemania, por Jorge Urrutia.—La formación del madrigal inglés, por Enrique López Lawrence.—Trae, además, interesantes notas sobre la vida musical del presente, tanto en Chile, como en Uruguay, Alemania, Austria, Francia, Italia, España, Bélgica, Suiza y Grecia.

Hemos recibido el I, N.º 3 de esta publicación, órgano de la Sociedad Nacional de Profesores, con un sumario interesante y

novedoso: «La primera lección de un curso sobre el estudiar y el estudiante».—José Ortega y Gasset.—«Dos poemas».—Romeo Murga.—«La cooperación intelectual».—Samuel Ramírez Castilla.—«Hacia un jar-

dín azul».—Josefina Dey.—«Panorama del cuento chileno».—Clara Solovera.—«En sueño» (poesía).—Humberto Bórquez Solar.

**Revista Universitaria.** Año XVIII. N.º 2. Mayo y Junio de 1933. Santiago de Chile. Director: Francisco Vives.

gato, Pedro Lira Urquieta, etc.

**Revista Chilena de Historia Natural Pura y aplicada.** Año XXXVI (1932), Santiago de Chile Director y Fundador: Dr. Carlos E. Porter.

El Director de esta antigua revista, cuyas condiciones de investigador, publicista y catedrático son bastante conocidas tanto en el país como en el extranjero, ha logrado sostener, gracias a su entusiasmo y a su constancia, durante treinta y seis años, la publicación regular y periódica de esta acreditada publicación científica.

Para dar una idea de lo que es el sumario de la Revista Chilena de Historia Natural Pura y Aplicada, y en la imposibilidad de copiar su sumario completo, mencionaremos las diversas Secciones en que se divide su Índice: I. Trabajos Originales; II. Novedades Científicas; III. Crónica, Correspondencia, Variedades; IV. Instituto de Zoología General y Sistemática. V. Museos Fiscales y Particulares del País; VI. Corporaciones Científicas del País; VII. Bibliografía. VIII. Géneros y Especies Nuevos del presente tomo: Neurópteros, Criptógamas, Mastigóforos.

**Boletín de la Unión Panamericana.** Vol. LXVII, N.º 6. Junio de 1933. Washington.

Edición especial dedicada a rendir homenaje a la memoria del Generalísimo don Francisco de Miranda, con motivo de la inauguración en el Palacio de la Unión Panamericana, el Día de las Américas, del bus-

Publicación mensual. Órgano de la Universidad Católica. Con artículos de los señores: José María Cifuentes, Alberto Cumming, Ignacio Matte, José Miguel Barriaga, Pedro Lira Urquieta, etc.

El Director de esta antigua revista, cuyas condiciones de investigador, publicista y catedrático son bastante conocidas tanto en el país como en el extranjero, ha logrado sostener, gracias a su entusiasmo y a su constancia, durante treinta y seis años, la publicación regular y periódica de esta acreditada publicación científica.

Para dar una idea de lo que es el sumario de la Revista Chilena de Historia Natural Pura y Aplicada, y en la imposibilidad de copiar su sumario completo, mencionaremos las diversas Secciones en que se divide su Índice: I. Trabajos Originales; II. Novedades Científicas; III. Crónica, Correspondencia, Variedades; IV. Instituto de Zoología General y Sistemática. V. Museos Fiscales y Particulares del País; VI. Corporaciones Científicas del País; VII. Bibliografía. VIII. Géneros y Especies Nuevos del presente tomo: Neurópteros, Criptógamas, Mastigóforos.

Edición especial dedicada a rendir homenaje a la memoria del Generalísimo don Francisco de Miranda, con motivo de la inauguración en el Palacio de la Unión Panamericana, el Día de las Américas, del bus-

to de este ilustre patriota, presentado por el gobierno y el pueblo de Venezuela.

**Revista Hispanoamericana de ciencias, Letras y Artes.** Año XII. N.º 120-121. Abril-Mayo de 1933. Madrid.

La Dirección de esta revista hace un recuerdo cariñoso del gran poeta español, Salvador Rueda, muerto en Málaga el 1.º de Abril del presente año de 1933.

«Era—dice—en pleno apogeo de su fecunda producción, el poeta por excelencia, tan popular en España, como en Filipinas, en Cuba como en Méjico y la Argentina».

**Boletín de Agricultura.** VI. N.os 3, 4 y 5. Marzo a Mayo de 1933. Bogotá. Director: Carlos Durán Castro.

Con interesantes secciones agrícola, de entomología, de ganadería, de avicultura y de meteorología.

**Anales del Instituto de Ingenieros de Chile.** Año XXXIII. N.º 6. Junio de 1933. Santiago de Chile.

**SUMARIO:** Domingo Casanova: Constitución sin puerto; Oscar Tenhamm: Algunos datos prácticos de trabajos de rastras usadas en la conservación de caminos; Jorge Lira Orrego: Puertos Chilenos (conclusión); Raúl Simón: Economía Política (continuación). Cronica Bibliográfica.

**La Revista Económica Sudamericana.** 2.ª época. Año 35. N.º 7. Julio de 1933. Montevideo. Director: Dr. Octavio Morató Rodríguez.

Organo de la Unión Industrial Uruguaya. **SUMARIO:** Joaquín C. Márquez: Inconversión vitalicia.—Jan Sykacek: Partidos políticos en Checoslovaquia.—Sociedad

de las Naciones: Comité Económico; Informe al Consejo sobre su XXXIX reunión; Información Panamericana: La situación económica en la América Latina; Información del Extranjero: Las consecuencias del abandono del patrón de oro por Gran Bretaña; Información nacional: Unión Industrial Uruguaya; Sesiones de la Cámara de Industrias.

**Atenea.** Año X. Tomo XXIV. N.º 99. Julio de 1933. Concepción (Chile).

Revista mensual de ciencias, letras y artes. Publicada por la Universidad de Concepción. Sumario:

Clemente Palma: Recordando a una gran mujer; Marta Vergera: Montparnasse; E. Rodríguez Mendoza: La una han dado y sereno... (De América Bárbara). Stefan Zweig: Polifermo. El paisaje remoto; Valery Larbaud: Francisco Contreras; Aldous Huxley: Meditando en el Greco; R. Montaner Bello: Don José Antonio Irisarri.

**Revista de Ingeniería Industrial.** Asociación Central de Año IV. N.º 37. Ingenieros Industriales. Junio de 1933. Madrid.

Publicación de la Asociación Central de Ingenieros Industriales.

**SUMARIO:**

M. Freire Castilla: Saneamiento de las comarcas rurales; J. Somonte Iturriz: La destilación a baja temperatura y la fabricación de aglomerados; Felipe de Cos: Los enlaces ferroviarios y la electrificación; Pedro Aza: El problema minero y los ferrocarriles.

**Bulletin des Sciences Mathematiques.** Tomo LVII. Junio de 1933. París.

Publicada bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública.

**Societas Latina.**

Hace ocho meses se fundó en Munich (Alemania) una «Sociedad latina» que cuenta en la actualidad con más de mil trescientos miembros y que tiene por objeto la propagación del latín como idioma universal. Acaba de publicar dicha institución el tercer número de su revista denominada también «Societas Latina» que trae un sumario variado e interesantísimo. Siendo su principal objetivo demostrar que el latín posee todas las condiciones que se exigen de un idioma universal, la revista ofrece, en primer lugar, muestras de la gran adaptabilidad del latín a las necesidades de nuestra vida moderna. Así figuran artículos latinos referentes a las diversas ramas de la ciencia, una admirable poesía de un profesor alemán que obtuvo el primer premio en el Certámen Hoeffftianum de Amsterdam, hallamos muestras de la latinidad usada en los círculos médicos, una oda dedicada a Piccard con motivo de su audaz vuelo a la estratósfera, acertadas traducciones de algunas poesías famosas de Gothe, Dahn y otros; una serie de términos técnicos del automovilismo; noticias de la radioestación del Vaticano, etc.

Este movimiento en pro del latín que ha despertado tanto entusiasmo en toda Alemania y que ha hecho brotar una abundante literatura latina, ha venido a asociarse a uno análogo de otros países, como ser por ejemplo de Italia, Francia, Estados Unidos, España y Polonia. En Praga se está organizando una sociedad latina con idénticos fines.

Uno de los problemas fundamentales que va a discutir la «Societas Latina» en las páginas de su revista será el de la estructura de este latín moderno. Indudablemente éste tendrá que amoldarse al latín clásico en cuanto a la morfología. Será el latín que escribieron Leibnitz, Newton, Linné, etc., pues nunca se podrá pensar en un latín simplificado como el llamado «Latín sin flexión». Para solucionar las múltiples cuestiones lexicográficas—el uso de neologismos será inevitable—será necesario crear una Academia Latina Internacional semejante a la Real Academia Española que «limpie, fije y de es-

plendor», y decida si se debe decir «currus ferreus» o «via ferro strata» o «via ferrata» por ferrocarril, etc.

Entre tanto, vivat, crescat, floreat Societas Latina Monacensis!.—Dr. R. O.

**Archivos Latino Americanos de Cardiología y Hematología.** Año 3. Tomo III. N.º 3. Marzo y Abril de 1933. Méjico. Directores: Dr. Ignacio Chávez y Dr. I. González Guzmán. Artículos originales: Fernando Ocaranza: El sistema nodal del corazón, (Concluye). Ignacio González Guzmán: Contribución al conocimiento de las formaciones nucleolares de los endotelios vasculares sanguíneos. I. Chávez: Libros Nuevos. Fichero biblio-

gráfico.

**Revista de Psicología y Pedagogía.** Año I. Vol. I. N.º 1. Febrero de 1933. Barcelona. SUMARIO: E. Mira: Assaig psicológic sobre el dolor; H. O. N. Manning: Estudi psicológic del medit físic dels obrers; C. de Inza: La psicotecnia en los ferrocarriles; C. Soler Dopff: La importancia de l'autoestimació; C. Cardenal I. A. Granada: L'eficácia del consell orientador.

**Archivo de la Facultad de Ciencias Médicas.** Vol. II. Quito de 1933. SUMARIO: E. Mira: Assaig psicológic sobre el dolor; H. O. N. Manning: Estudi psicológic del medit físic dels obrers; C. de Inza: La psicotecnia en los ferrocarriles; C. Soler Dopff: La importancia de l'autoestimació; C. Cardenal I. A. Granada: L'eficácia del consell orientador.

**Archivo de la Facultad de Ciencias Médicas.** Vol. II. Quito de 1933. SUMARIO: E. Mira: Assaig psicológic sobre el dolor; H. O. N. Manning: Estudi psicológic del medit físic dels obrers; C. de Inza: La psicotecnia en los ferrocarriles; C. Soler Dopff: La importancia de l'autoestimació; C. Cardenal I. A. Granada: L'eficácia del consell orientador.

Primera parte: Dr. Manuel Arroyo Naranjo: Insuficiencias Cardíacas y Arstias Irreductibles; Dr. Julio Enrique Paredes: La Amíbiasis; Dr. Eduardo Bejarano: Lesiones renales y clima de altura de la ciudad de Quito; Dr. Julio Endara: Tumores del Cerebro; Dr. Aurelio Mosquera Narváez: Estudio patológico-clínico sobre las adherencias consecutivas a la perivisceritis; Dr. Benjamín Wandemberg: Etiología de las disenterias; Dr. Angel A. Terán C.: Operación Cesárea Suprasinfisiaria. Segunda Parte: Dr. Augusto Estupiñán M.: La Uta en el Ecuador; Dr. Carlos Andrade Marín: Síntesis Semiología de los aparatos respiratorio y circulatorio, del hígado y vías biliares y del dolor abdominal; Dr. Arsenio de la Torre: Ictericia, Insuficiencia Hepática y Hepatopatias; Dr. César Jácome M.: Posibilidad de la Menstruación durante el embarazo.

**Boletín de la Academia Panameña de la Historia.** Año I. N.º 2. Abril de 1933. Panamá. SUMARIO: Advertencia, por Juan Antonio Susto; El Baluarte de Jesús, por Samuel Lewis; Una fase del Gobierno del Coronel Carreño en el Istmo de Panamá, por Ernesto J. Nicolaru; Pichincha, por Enrique Gerardo Abrahams; Las riquezas de la Basílica de Natá de los caballeros, por Mariano Prados; Etnología y Población Histórica de Panamá, por Manuel María Alba C.

**Universidad de México.** Tomo V. N.ºs 27 y 28. Enero-Febrero de 1933. México. SUMARIO: Eulalia Guzmán: Caracteres esenciales del arte antiguo mexicano. Su sentido fundamental. Federico K. C. Mullerried: El Chichón: único volcán en actividad en el sureste de México.—Rafael Heliodoro Valle: El primer ingeniero mexicano; Francesco Cosentini: El régimen jurídico del Canal de Panamá; Vito Alessio Robles: unas páginas traspapeladas de la historia de Coahuila y Texas; Ignacio Chávez: Reflexiones para los aspirantes a la carrera de Medicina; Francisco Díaz de León: La Escuela Central de Artes Plásticas y sus nuevas orientaciones; Pablo Martínez del Río: Temas recientes de Prehistoria y arqueología.

**Anales de la Universidad Central.** Tomo L. N.º 238. Enero-Marzo de 1933. Quito. SUMARIO: Dr. Eduardo Ríofrio V.: Manual de Ciencia de Hacienda aplicada al Ecuador; Dr. Carlos Zalazar F.: Alcance jurídico y sociológico de la legislación de los hijos ilegítimos; Dr. Julio Endara: Semiología de la Esfera Psicoreceptora; Próximo Congreso de Radiología en Chicago; Dr. Pablo Arturo Suárez: Electro-radiología de la Universidad Central; Dr. Julio Arauz: Los carburantes a base de alcohol etílico, y en especial la mezcla de alcohol-acetona-acetileno; Augusto N. Martínez: Contribuciones para el conocimiento geológico de la región volcánica del Ecuador. El Cotopaxi y las montañas volcánicas que le rodean: Pasachoa, Rumiñahui, Sincholagua y Quilindaña; Abel S. Troya: Curso de Estática Gráfica; Luis Bossano: Notas sobre el campesino ecuatoriano.

**Anales de la Universidad Central.** Tomo L. N.º 238. Enero-Marzo de 1933. Quito. SUMARIO: Dr. Eduardo Ríofrio V.: Manual de Ciencia de Hacienda aplicada al Ecuador; Dr. Carlos Zalazar F.: Alcance jurídico y sociológico de la legislación de los hijos ilegítimos; Dr. Julio Endara: Semiología de la Esfera Psicoreceptora; Próximo Congreso de Radiología en Chicago; Dr. Pablo Arturo Suárez: Electro-radiología de la Universidad Central; Dr. Julio Arauz: Los carburantes a base de alcohol etílico, y en especial la mezcla de alcohol-acetona-acetileno; Augusto N. Martínez: Contribuciones para el conocimiento geológico de la región volcánica del Ecuador. El Cotopaxi y las montañas volcánicas que le rodean: Pasachoa, Rumiñahui, Sincholagua y Quilindaña; Abel S. Troya: Curso de Estática Gráfica; Luis Bossano: Notas sobre el campesino ecuatoriano.